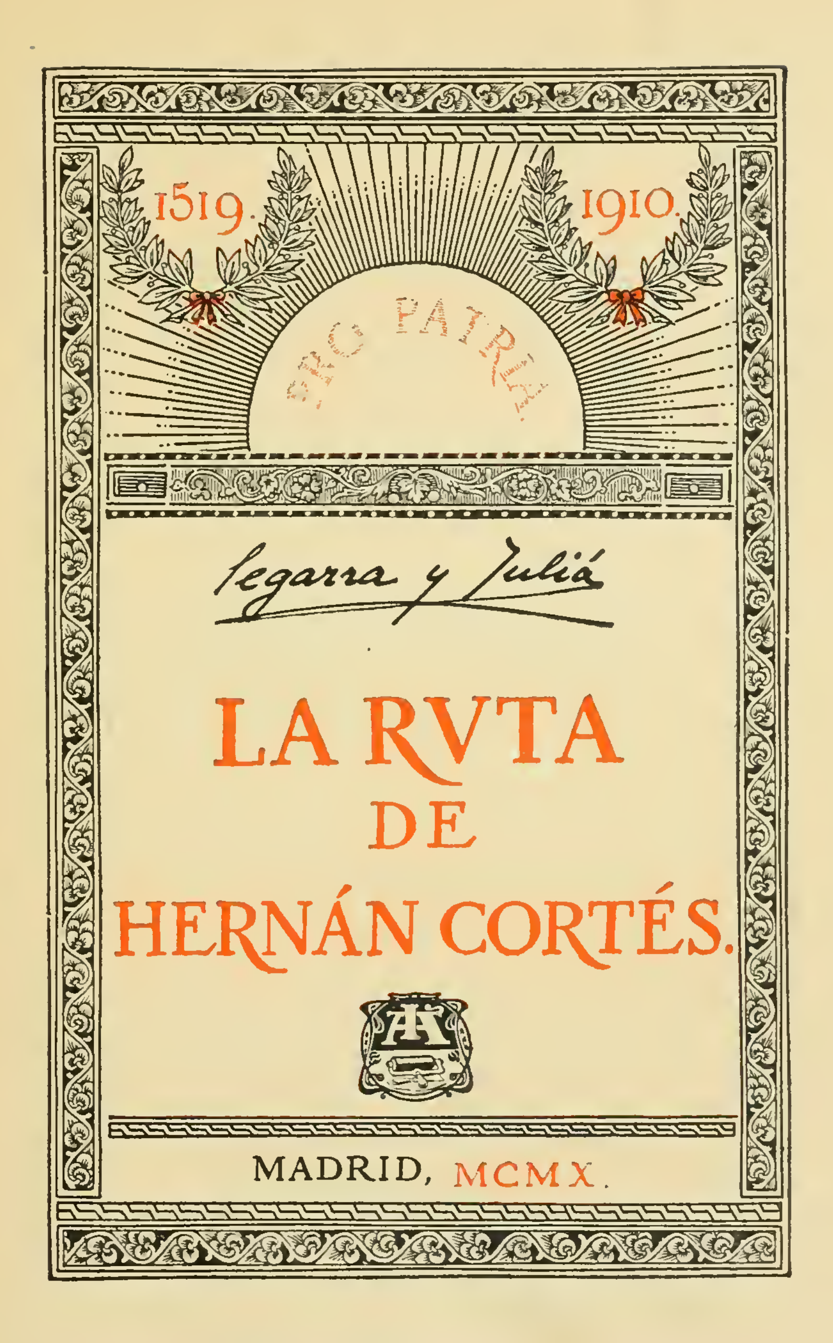

SEGARRA Y JULIÁ
LA RVTA
DE HERNÁN CORTÉS
1519
1910

LA RVTA DE HERNÁN CORTÉS

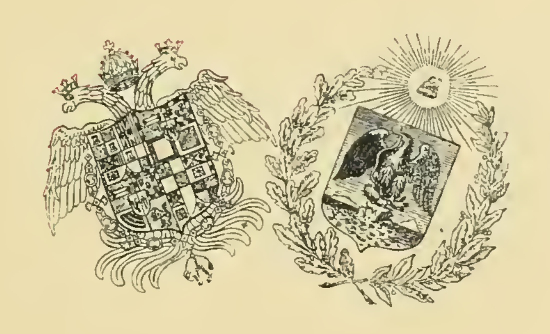


ILUSTRACIONES DE MARCO, GARCÍA Y DE FEDERICO


1519.
1910.
PRO PATRIA
Segarra y Juliá
LA RVTA
DE
HERNÁN CORTÉS.
MADRID, MCMX.

LA COLONIA ESPAÑOLA

Á MÉJICO



EN LAS FIESTAS

DEL PRIMER CENTENARIO

DE LA NACIÓN HERMANA

❧ PARA SATISFACER EL DESEO MANIFESTADO POR ALGUNOS ENTUSIASTAS BIBLIÓFILOS, SE HA HECHO UNA TIRADA EXTRA DE 10 EJEMPLARES ESPECIALES, QUE, NUMERADOS DE 101 Á 110, SE PONEN EN VENTA AL PRECIO DE CIEN PESETAS EJEMPLAR. ❧ ESTOS DEBEN PEDIRSE DIRECTAMENTE Á LOS AUTORES,

APARTADO POSTAL, 226, MÉXICO

(REPÚBLICA MEXICANA)

DE ESTE LIBRO
SE HA HECHO UNA TIRADA ESPECIAL
DE CIEN EJEMPLARES,
NUMERADOS DE 1 A 100

QUE HAN SIDO OBSEQUIADOS

A

SS. MM.

El Rey Don Alfonso XIII

Y

La Reina Doña Victoria Eugenia,

S. E.

El Señor Presidente de la República Mejicana

General Don Porfirio Díaz

Y LA EXCMA. SRA.

Doña Carmen Romero Rubio de Díaz,

Señores Ministros de ambos Gabinetes,
entidades científico-literarias, sociales y políticas,
y distinguidas personalidades

DE

MÉJICO Y ESPAÑA

ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
76	8	imprecar	impetrar
180	20	de tal título	del título
188	7	Choluca	Cholula
188	11	*metate*	*petate*
200	7	se llamaba	era el llamado
215	6	inundar la tierra	inundar á la tierra
224	13	Independencia:	Independencia...

TABLA

DE LOS CAPÍTVLOS DESTE LIVRO

PRIMERA PARTE,

Ó SEA
CAPÍTVLOS QUE FORMAN
EL PRÓLOGO Y PLAN DESTE LIBRO:

Páginas

SEGVNDA PARTE,

QUE TRATA
DE LA DERROTA MARÍTIMA
E JORNADA HASTA XALAPA:

TERCERA PARTE,

DONDE SE DICE
DESTE VIAJE HASTA LA GRAN CIVDAD
DE
TENOCHTITLAN:

PRIMERA PARTE



Ó SEA

CAPÍTVLOS QVE FORMAN

EL PRÓLOGO Y PLAN DESTE LIBRO

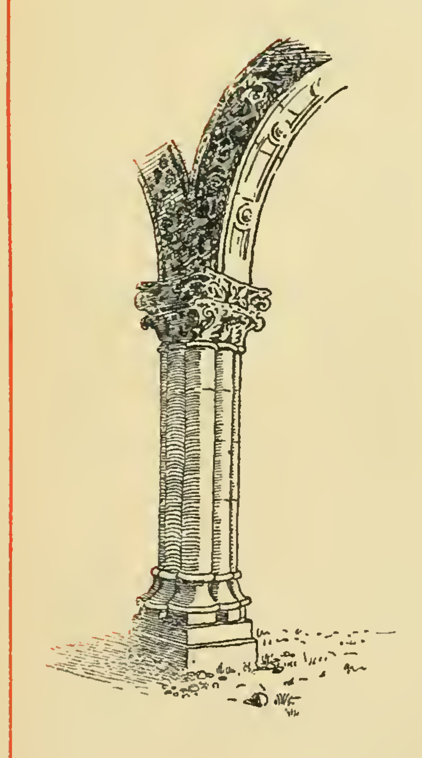


Los ríos, los arroyos y las fuentes
corriendo van, pero jamás alcanzan
volver á do nacieron sus corrientes.

. . . .

Tal es el curso de la vida humana:
Ayer no es Hoy, ni Hoy será Mañana.

Netzahualcoyotl.



Cap. I

CAPÍTVLO PRIMERO

DE LAS MEDITAÇIONES QUE NOS SUGIERE LA HISTORIA, AÇERCA DESTA EMPRESA



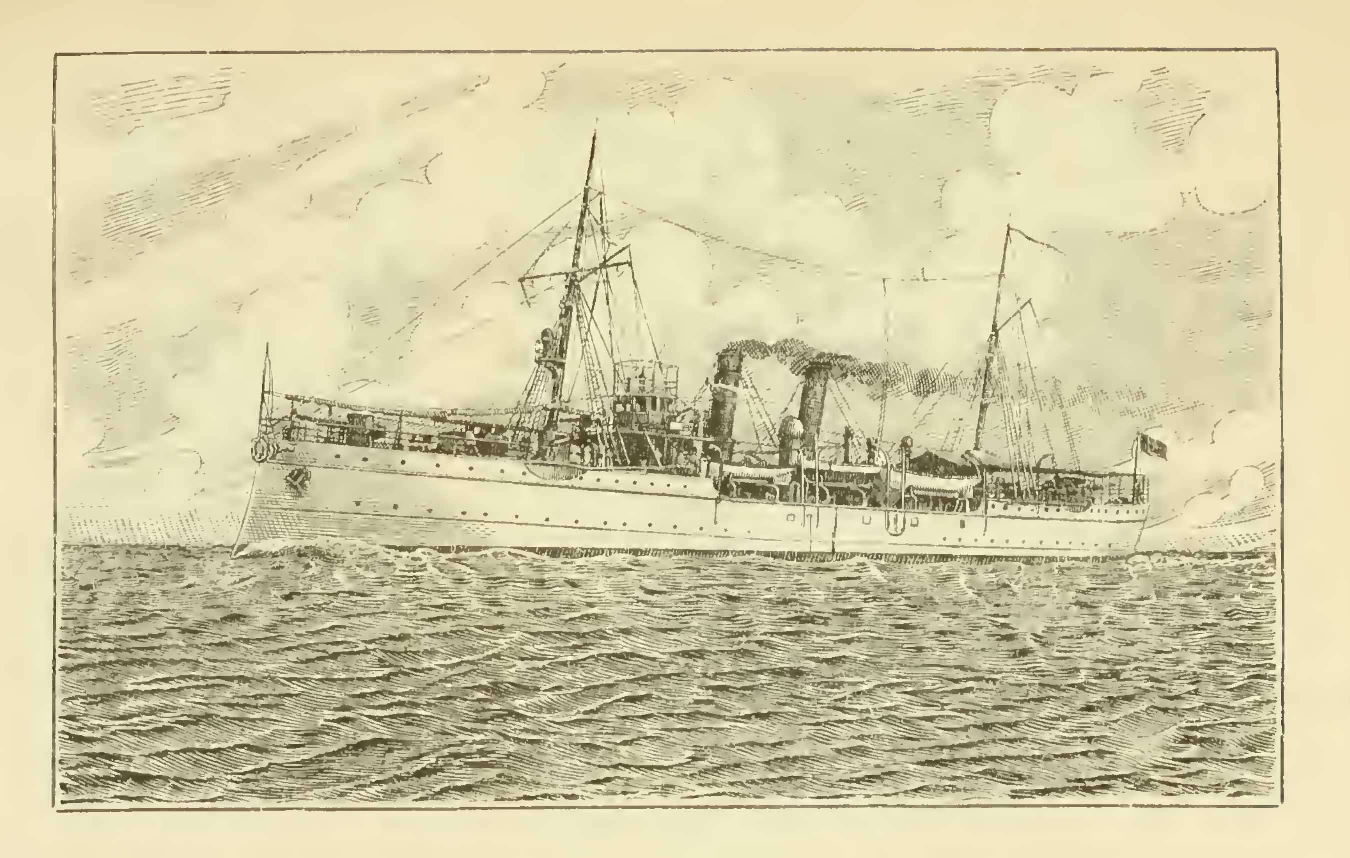
En posición abandonada, sobre un banco de la toldilla—á popa—en la paz de la noche muy avanzada ya en su curso de calma y de tibieza, yacen los viajeros en la muda compaña de libros cien que ha rato no consultan—relegados ahora á hacer las veces de inestable escabel que á los pies sirve de dudoso apoyo, y asimismo de duros cabezales también á la comodidad asaz dudosos.

••••

Libros de Clío augusta,. . .—para aquesta labor en la cual será bueno que, si no en nada, en lo menos posible se fatigue á la Historia.

¡Que hartas máculas sobre sus áureas páginas pusieron la pasión y la ignorancia!

Pues, si en tarea de paz y de concordia á ocuparse



CAÑONERO "MORELOS"

se aprestan nuestras fuerzas y nuestras intenciones, en paz dejemos—en paz con su conciencia y en paz con el respeto que á sí mismos se deben—á los tristes falsarios de unos hechos que, denigrando por vicio y por sistema, en ellos denigraron la memoria de sus padres y abuelos.

Y bastante castigo, duro y fuerte, es para esas deturpadas crónicas, cuando ellas son escritas en castellana lengua, ver que del honor nuestro y nuestra historia se hacen vocero otras gentes que sienten con otra alma y sirven á otra patria y escriben otras lenguas que son patria, alma y lenguas dijérase antagónicas de cuanto nos distingue y nos da sello propio á quienes de la llamada latina estirpe ser pretendemos allegados próximos...

E dejémoslo aquí, reanudando de la meditación el roto hilo.

◆◆◆◆

¡La Historia!

¡Diosa augusta, que, impávida, serena, inconmovible, asienta sobre bloque diamantino sus juicios eternos!

Y no guarda ni cuenta ni memoria de si el hombre respeta sus anales—tan sereno cual ellos—ó si, con nieblas en la mente y dentro el pecho fuego de pasiones insanas (llama quemante que alumbrar no suele) profánalos y ofende.

Ella, la Diosa, queda siempre inmutable, idéntica á

sí misma, en tanto que el mudable criterio del humano, ora acrece sus iras para luego amenguarlas, ora resurgen éstas envueltas en turbiones de rencores y odios, ora de nuevo aplácanse, enmudecen al fin... ¡tal vez para trocarse en loa y en aplauso!

Que el mísero mortal—juego del tiempo, la ocasión y el caso—acaba por entrar en los dominios de la razón en calma, viendo hoy luz y esplendores donde acaso vió ayer negrura densa, y abriéndose su intelecto y su alma á la angustiosa redentora inquietud—remordimiento—de acusarse de injusto con hechos y personas que antes juzgó vitandos, execrables, y hoy ve menos siniestros, para que luego—¡quién sabe si en un mañana próximo!—los haya de estimar merecedores de mármoles y bronces...

••••

Puede bien en su templo de augusta majestad quedar la Historia—no desdeñada á fe—cuando Amor, señalándonos la vía, guías no pide de Sapiencia al númen.

Amor y Sentimiento no han menester copiosa erudición, ni crítica sutil, ni habil dialéctica ingeniosa:

Que ellos tan sólo—Sentimiento y Amor—son las banderas que haremos ondear al meridiano sol y al viento puro de las cumbres altísimas, sobre el florido campo do Méjico y España van á hermanar sus glorias y grandezas—siempre hermanas...

••••

Las grandezas y glorias que ya nimba, mirífica, de la Paz y Concordia la aureola.

••••

Las glorias y grandezas, de las cuales vense al conjuro confundir en abrazo y en ósculo fraternos—que atan su pacto con guirnalda de laurel y oliva—dos banderas, dos pueblos, dos historias que son, por sobre mil tristuras y dolores pretéritos, un solo étnico sér, una bandera y una historia, hechos UNO á la sombra del Lábaro bendito que hermanara el plumado penacho al férreo capacete, y por virtud del sonoroso idioma en que aprendieran vírgenes y madres, tiernos infantes y viriles hombres de todo un continente á elevar en suavísimas plegarias sus almas á lo Alto—místico incienso de ideal perfume, cuyas albas espiras ascendiendo de Anáhuac hacia el cielo, purificáronlo del vaho de la sangre derramada por siglos sobre las negras aras del siniestro huitzilin.

••••

Tal hermandad en la idea y el habla es lo que triunfa, al fin.

Ella es lo íntimo, lo esencial, lo cierto.

Es lo que esplende alentador, risueño, dando consuelo y esperanzas dando.

Ello en sí lleva la victoria más lejos, más á lo hondo, de á do pudo llevarla en momentáneo triunfo la pasión exaltada que ulula su risa de demencia, su ronca voz

de encono, cuando—de ese sentir hidrófobo al servicio—la crítica sutil, la habil dialéctica, escarban en dominios de la Historia—por sí fría y serena—á la busca paciente y sostenida de cómo avalorar tales empeños de triste exhumación de horror y fango.



Dícennos, pues, Inteligencia y Alma:

„Poco, ó nada, á la Historia se fatigue:

„Tratárase de sostener tal prejuicio, ó imponer tal criterio; persiguiérase el fin—no por justo oportuno ni fructífero—de vindicar serenos la memoria de hombres y sucesos que fué de moda con sobrado rigor vilipendiarlos; osárase el empeño de aducir argumentos en defensa y en loa de lo por muchos harto denigrado... ¿Qué pro conseguiríase en la brega? ¿Cuál pro lograron cuantos á ella fueron?:

◆◆◆◆

„Consiguióse tan sólo más ahondar en la sima que excavara el Pasado.

„Logróse únicamente recelos aumentar, herir delicadezas yofender opiniones ancestrales, nacidas—aunque erradas—al calor de exaltados patriotismos (por serlo, respetables).

„Y hacer que vigilante, suspicaz y aprestado á la defensa—sino siempre acertada casi siempre sincera—

cada criterio opuesto arrojase á la liza las armas que amor propio muy diligente afila... De espinas—sin un pétalo de rosa que aromase la arena—alfombrar la palestra do el orgullo excitado nunca suele confesarse en derrota... Y poner frente á frente montes y cordilleras de frío razonar é inmensidades de egoismos en pugna, preparados al ataque impiedoso, prontos á repeler los del contrario virulentos asaltos—y nunca ni por nada dispuesto el un bando á ceder al otro una hoja siquiera del lauro de victoria...

„El todo, para—al fin—que Clío augusta permanezca inmutable ánte el dolor inútil de la pelea airada:

„Pues, á vuelta de tantas sutilezas de ingenio vivo en la acometida—y así igual muy alerta á la defensa—allá, en lo más profundo é inviolado, en lo más blanco de la conciencia íntima y sincera de los ceñudos mílites, deja su acento oir la voz que dice:

„—Defectos y virtudes, aciertos y torpezas, glorias é infamias, esplendor y sombra, grandeza y mezquindad... Eso, no puede separarse en escogida de lo bueno y lo malo para á los unos dar aquella parte que de baldón les sirva, otorgando á los otros—completa y absoluta—la parte que les valga honor y prez:

„Que esa expresión: *los unos y los otros*—Estos y Aquellos—son indivisos componentes de un sólo, único, YO...

„Y con acento fuerte, un *sursum corda!*—„¡arriba

el corazón, la mente en alto!“—dice á entrambos los mílites el alma de la estirpe heredera de dos sangres muy rojas, bullentes, que caldean Sentimiento y Amor...

„Los defectos y errores, torpezas é infamias, prepotencias, tinieblas y espanto de tiempos que fueron, ¡al pasado, al olvido se dejen!—una vez que de ello sacamos bendita experiencia que nos guía á lo justo, á lo cierto, á la luz.

„Y gocemos visiones y anhelos de gloria y virtudes, de firmeza en el bien, de tesón y alma fuerte—que es la herencia que á entrambos (componentes de un mismo, indiviso, anímico YO) legaron los tiempos que fueron: esplendores de entrambos muy legítimo timbre de orgullo y de prez...

••••

De lo triste y lo negro que á la faz arrojarse pudieran á los unos los otros—ó bien éstos á aquéllos—ya la Historia ha dictado su fallo:

En el Tiempo y el Hombre, las causas y efectos, las gestas, se suceden fatales, reglados por leyes eternas.

Hay un foco—Progreso—á do tiende afanoso, casi siempre inconsciente, el humano rebaño, cuyos medios de lucha y de avance afirman que el débil sucumba al empuje del fuerte. Y hay fuerza no sólo en las armas: la hay mayor en el móvil secreto que de ellas se sirve sin ellas saberlo...

Ambiciones groseras de un césar, ó enemiga bastarda de un pueblo, ó instintos brutales de un hombre, ó mezquina cuestión de familia, ó el mismo noble afán—cuando no impuro—de amar á una mujer, ó la venganza, ó bien la sed de gloria, ó una simple lesión en principesca testa, ó los malos humores que inficionan la sangre de un caudillo, ora la envidia, la piedad á veces...

Ello repútase la causa y el motivo de las grandes empresas á Marte confiadas.

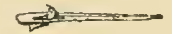
Y medas, persas, babilonios—¿quién los nombrará todos? ... De Jerjes los ejércitos... De Alejandro las tropas invencibles... Las lobas y las águilas de Roma... De Atila y sus hermanos las innúmeras huestes... La irrupción agarena... De la Cruz las mesnadas... Las barras de Aragón marcándose en los lomos escamosos de los peces del mar de la Poesía... El león de San Marcos volando con las velas de la potente flota veneciana... Doria y el Austria desgarrando verdes pendones y haciendo añicos argentadas lunas... Y el imperio do el Sol no tiene ocaso... Y el genio corso fragmentando un mundo para darlo en obsequio á hermanos, favoritos y sirvientes...

Esos, mil hechos más, cuenta la vida del mundo en sus anales, de sangre y llanto pestilentes páginas.

Mas hay que ver en ellas cómo con tanto horror, con tanta saña, con tales hecatombes y con matanza tanta,

ocultas entre vulgares odios y necias ambiciones, pleitos de dinastías, enfermizos delirios y otras lacras, fueron de unos pueblos camino de otros pueblos positivas corrientes de adelanto, oleadas de luz y nueva vida:

De Grecia y Roma el luminoso espíritu, saturando—y absorbiendo también—caducas ó dormidas sociedades ignotas hasta en el seno del Asia misteriosa... Pujante savia de las selvas nórdicas inyectándose en la linfa vital de los pueblos del sur... La sangre ardiente, la rica fantasía de los hijos de Islam enriqueciendo de los nietos de Focia y de Fenicia y los hijos del Lacio la sangre y fantasía, debilitadas ya después de tanto siglo de pródiga expansión de sus valores... De Cristo el código sentando el poderío en la Europa redenta de la amenaza afra... Y con la conmoción napoleónica, despertando conciencias, sacudiendo á la gleba, difundiendo ideas, expandirse el aura (no por oler á muerte menos vivificante) que llevaba en sus ráfagas de airado vendaval del Hombre los Derechos y nuevas concepciones más amplias y más justas de la Ley y el Deber...



Tal el proceso es de cómo avanza la humanidad terrestre.

Nunca un paso es atrás.

Siempre un „*¡anda!*" benéfico la impulsa y constriñe á marchar.

¡Siempre luz, siempre vida,... aun entre sombras, entre duelo y muerte!

Que es ley eterna.

••••

Y opulentos imperios y reinos, repúblicas, pueblos, civilizaciones, cayeron deshechos en polvo al embate-huracán de una idea más alta que aquella que fuera la base de tales poderes:

Idea triunfante—tal vez propugnada y en hecho tornada por fuerza visible menor que el esfuerzo que opuso el vencido á quien lo venció.

Pues, por el designio que impulsa incansable—sin tregua—sociedades, pueblos, civilizaciones, transfórmanse éstos, y suben, y acaso se estancan, declinan—no mueren—funden sus esencias á un grado más alto de la esencia humana, de la Humanidad, que en su marcha eterna tiende á mejorarse llevando al Presente savia del Pasado, savia de su Ayer:

Lo bueno, lo puro, valor efectivo de lo que avanzaron aquellos imperios, reinos, sociedades, civilizaciones, y dejando en tumba de escorias y polvo—bajo enorme losa que nunca será removida por el *surge et ambula* bueno á los „dormidos", nada á lo ya „muerto"—dejando en la fosa del Tiempo, sin memoria ni

eco, lo que aquellos conjuntos humanos llevaron consigo de lastre fangoso, de ese lastre que abruma y oprime á la gran familia ascendiendo lenta, fatigosamente, por grupos—unos antes que otros—en labor de siglos, hacia el sol de dicha, de paz y de amor.

····

Y así, estos infolios, todas estas crónicas—anales de Clío—nos hablan de España, nos dicen de Méjico, y de lo que dicen surge esta pregunta, surge el meditar:

„¡Méjico y España!... ¿Dónde ver el punto que aparte y divida y separe lo que liga íntimo, substancial y fijo, aquestos dos nombres: MÉJICO y ESPAÑA?„

(Vale la demanda sino es que los nombres más no representan y valen y son que meros caprichos y combinaciones de signos, sonidos—letras y eufonías—sin savia vital.)

····

Pues, que hay una vida, vida de alta esencia, profunda, marcada con sello de acero y de oro, que une esos dos nombres—Iberia y Anáhuac—lo dice esa Historia, lo afirma serena y briosa, incluso en las páginas rojas, más rojas, incluso en las páginas negras, más negras...

····

De las cuales, de sangre y de sombras, emergen triunfantes la luz y la vida que ver no supieron hábiles dialécticas y sutiles críticas al calor nacidas de es-

trechas pasiones y airados recelos y miras mezquinas:

Todo ello propicio tan sólo á la gran tristeza—sino fuera crimen—de que el pobre vulgo retrase su avance, forjando en el yunque de inconsciente encono las trágicas armas y férreas vestes mohosas que esgrime y que viste *Ignorancia*...





¿Por qué insensato el fuego de mis iras
procaz lanzo en el polvo de los muertos?
. . . .
¿Por qué si vencedores y vencidos
hoy como hermanos marchan al progreso
unidos para el bien, y de sus patrias
al porvenir de su ventura atentos?...

Guillermo Prieto.

Cap. II

CAPÍTVLO SEGVNDO

DONDE SE PROSIGUE Y ACABA EL DISCURSO DEL ANTERIOR

SE suelen memorar con harto empeño la prepotencia y saña del intruso aherrojando á pueblos hasta entonces señores de su tierra y de su suerte, imponiéndoles leyes—por extrañas á ellos reputadas tiránicas é injustas—y borrando, casi, los rasgos todos de su vida propia y su propia grandeza.

No es ocioso insistir:

¿Acaso cuáles otros los fastos son y del humano avance la eterna pauta, el desarrollo lento, gradual, por capas superpuestas y etapas sucesivas, la incesante marea de las culturas—las unas á las otras sucediéndose en choques continuados, luctuosos—despareciendo las unas al formidable empuje de las otras y éstas robusteciéndose con los restos vitales que de su sér legáronles aquéllas?

Tal—como en todos los pueblos y países, del planeta en las varias latitudes—ofrécese, en concreto, el caso que nos toca como tema destas meditaciones:

••••

Al acaso del vago recordar, sin rigoroso método, y entre pueblos ignotos é innúmeras familias, recorriendo del Norte hacia abajo, en fugaz ojeada la extensión de la tierra hoy objeto deste rápido vuelo mirando al pasado, hallaréis á los ópatas—en la guerra valientes y en la paz muy sumisos y dóciles; á los pimas—afectos cual nadie al triste deleite de embriagueces locas; y al yaqui arrogante, musculoso, bravo, sin par cazador de hombres y alimañas; los apaches—nómadas, maestros en robos osados; de la Tarahumara á los hijos fuertes, dados al deporte de largas carreras que no se creyeran no viéndolas; los huastecas—de incierta prosapia y fabla melosa; los totonacos—pacientes constructores de pirámides sacras; los ulmecas—aurifabristas y en algodón y arcilla artífices diestrísimos; los tarascos pelones, de aspecto fiero en sus vestes selváticas de fieras montaraces... Los mixtecos—refractarios á toda servidumbre; los zapotecos—á cuya estirpe otorga alta fama la espléndida hermosura de sus hembras; mijes—poco sociables;zoques—que absorbe el chiapaneco pueblo; los chontales, huraños—sometidos á prédicas suaves mejor que dominados por la fuerza; y los mayas—sembrando monumentos, de pas-

mosa cultura aun testimonio, por toda la Península tan querida y tan grata para el pío Zamná...

Y allí, y en edades do sólo á la leyenda, á la fábula, al mito, y al indeciso eco tradicional, explorar les es dado; en inciertas cronologías y pareceres varios, y en esta tierra á eventos prodigiosos reservada, ved sucederse—*amontonarse*, acaso fuera la expresión más propia—los fastos que en su misma confusa sucesión patente muestran lo infalible y seguro del eterno proceso—el mismo siempre en todas las edades:

••••

En los albores apenas esbozados que del mito y la fábula en la noche á la Historia iluminan su futuro sendero, vislumbráis—presentís, es mejor—entre las nieblas de tanta confusión é incertidumbre, cómo los otomites cedieron, resistentes, á la irrupción tolteca, que, por cuatro centurias arquitectos de un mundo, regaron á su paso soberbias construcciones—aun muertas, inmortales. Pueblo escogido que consigo traía la semilla de una cultura bien definida, con carácter propio y refinada asaz. La cual, los chichimecas—innúmeros y fieros, turbión de los desiertos y las selvas—hubieron de estrujar llegado el tiempo, como luego, en sus redes, el pueblo matlazinca los estrujó á su vez—cual desgranaba el oro alimenticio de pródigas panochas, lo mismo que, en sangriento amasijo tornado el prisionero, brindá-



COZUMEI

balo á sus dioses, insaciables de tan horrible ofrenda.

Sobre los unos y los otros, la familia nahoa aportó nuevas luchas, choques nuevos, y de Aztlán las familias peregrinas vertieron el torrente impetuoso de su expansión en triunfo:

Los xochimilca—de pescados y mieses amadores constantes. Los chalcas—siempre en airada pugna con quienes, sus parientes, sojuzgarlos ansiaban. Los tepanecas—padres del acolhua señorío, dominador del agua, produciendo más tarde el tezcucano esplendor, aun hoy asombro y maravilla grande de quien medita acerca de tal foco de luz destellando en las sombras circunstantes de barbarie y fiereza...

Los más lentos en su marcha hacia el Sur—aztecas aguerridos que guiara Tenoch,...—y es fuerza interrumpirse:

(Tenoch, primado portavoz del temible Mexitli—el dios Huitzilopoxtli. Deidad nacida de Coatlicue devota, que, sin carnal comercio, dió forma humana al celeste mónstruo de humanos corazones nunca ahito. Reflexionemos, pues; y meditad el caso, sin desdenes ni escándalo: ¿no sería aquel símbolo espantable—de comprensión vedada al no iniciado—el símbolo de un otro dios concebido también en vientre de mujer y sin la mancha del contacto carnal—de un dios que humanos corazones, asimismo, no chorreando sangre sino

de sumisión humilde dulces lágrimas, ansiaba por trofeo de su obra de paz y de ventura entre los hombres todos?... ¡Perdón se otorgue al atrevido simil— casi blasfemia en su apariencia impía!—mas dado no nos es ahogar el pensamiento en la grande verdad que nos enseña cómo de varios y secretos modos va con los siglos la Verdad Eterna hiriendo del mortal, antes que el alma, los sentidos é instintos más groseros... Y brinda á meditar en la pregunta, el caso extraño de que, casi al tiempo que en un rincón del Asia cuerpo tomaba del Señor la esencia en entrañas virgíneas por obra de mística paloma—soplo del Padre— en el gran continente misterioso, otra deidad formó su cuerpo humano por obra de la *esfera*—¡un ave fué, de fijo!—*revestida de plumas*...)

••••

Á aquellos, pues, aztecas aguerridos, los últimos llegados de su raza errabunda, tocó que dieran nombre y estable predominio—sobre tantas ruinas—al gran imperio, en armas y en victorias, en mando y fuerza respetado y temido de todos sus vecinos.

••••

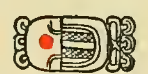
Hasta que, al fin, cumpliéronse los tiempos que anunciara—vidente—el pío Quetzalcoatl: el barbado patriarca, maestro en artes y en prácticas suaves, de luenga veste honesta y rostro amable.

Fatídicas señales del cielo airado y de la tierra en

furia, precedieron de cerca la llegada de una nueva grandeza—conducida por el carro del Sol—que savia nueva á inocular venía en la grandeza azteca.

Nuncio de ella, los astros, los volcanes, con signos luminosos espantables y aterrador estruendo, prepararon las almas y conciencias—formando la conciencia y el alma del indiano imperio cuya misión cumplido ya se había—á la gran sacudida innovadora de todo lo existente.

Y del Martir del Gólgota la enseña, de Castilla el pendón—unidos en el símbolo de aquella ola avasallante portadora de nuevas energías, de un espíritu nuevo, en sangre y en horror do fué preciso, en dulzura y bondad do pudo usarse—imprimieron su sello á aquel aspecto de civilización más progresada.



Por tres siglos, de Iberia el polen fecundante vertió el principio activo de su esencia en el caliz, dispuesto á recibirlo, de la flor nahualteca.

Y hoy vése y hoy esplende el fruto sazonado de tamaña fusión:

Un tipo humano, con carácter propio, distintivo de todo un mundo, lleva en sí los arranques bravíos de la materna savia—la indiana—amalgamada con el genio que, aquende el vasto Atlante, de Atenas y de Roma

peregrino llegó—no sospechado por ellos mismos, bajo las armaduras y bajo los sayales de quienes consumaron la inmensa, prodigiosa, nunca vista Aventura—buscando en tierras vírgenes el campo do expancirse pudiera (de aquel genio y espíritu de Atenas y de Roma) el tesoro de vida y sentimiento, mejor que se expandía en el vetusto solar de sus pasadas glorias—ya estrecho para dar cabida al secular milagro de la estirpe.

····

Consumóse el portento—cual todos los milagros, entre estupor, protestas y temores.

Y en éste, como sello—cual de Israel en el tremendo pacto—no escaseó la sangre...

Y de nuevo se insiste:

Esa es la eterna ley, y en vano es empeñarse mirar atrás fingiéndonos factible la que sería negación de vida—vuelta al Ayer.

Que el Presente contémplanos cual somos: producto del Pasado.

É inútil es y ocioso pretender la blasfemia de negarnos las luces adquiridas, á trueque de un anhelo pueril por lo que fué y no es...

····

Sangre azteca é ibera, confundidas, mezcladas, produjeron un tipo humano superior, que, sonada la hora, una patria formó sobre cimientos graníticos á prueba de sacudidas recias.

Y el grito sacrosanto de „¡Independencia y Patria!" señaló el nacimiento de una antes de aquello no existente nación:

••••

Súbditos de un poder llamado ESPAÑA, tan españoles—y no más ni menos—eran los hijos destas provincias de aquende el mar, cual lo eran los hijos de los del Rey peninsulares feudos.

••••

Los del lado de acá—cuando cumplidos fueron los tiempos y sonó la hora—conscientes de su fuerza y sus derechos, vinculáronlos con la fuerza y los fueros de la Libertad santa:

Flor aromosa y de matices vivos, cuyo campo mejor y más propicio Dios y el Destino decretaron que fuera el mundo de las selvas que fingen catedrales con sus ceibas, helechos y palmeras; el mundo de los ríos como mares; el mundo de los montes cuyas cimas se besan con el sol y las estrellas; el mundo de los campos prolíficos y ubérrimos, de las playas que alfombran no arenas sino perlas y nácares, y de los cielos tan ricos en celajes de apoteosis de luz y de colores...

••••

Y entonces fué—no antes—cuando naciera Méjico, con otros muchos pueblos: desde entonces naciones soberanas de sus destinos propios; hasta entonces nada más que parcelas del ibero solar, meras prolongacio-

nes geográficas del vasto imperio que rigiera el cetro del monarca español.

Que pensadores y héroes y caudillos de la gran epopeya de Independencia y Patria, jamás pensaron—ni pensar podían semejante dislate—en restaurar de Moctezuma el debil ó del heróico Cuauhtemoc el solio derrumbado, sino en *crear* la Nación, que á celebrar se apresta en fecha próxima la primera centuria de su edad como pueblo.

Así, pues, en la Paz nos abrazamos, en la voz de la estirpe nos unimos, del abolengo en la común identidad anímica nos sentimos hermanos... Y con la mente y corazón en alto, mirando al Porvenir que de las ramas múltiples de nuestro arbol frondoso reclama muy constante el esfuerzo viril para que de la gran familia la savia genial siga brindando al mundo flores y frutos de Idea, de Belleza y Sentimiento, mirando arriba, con gesto jubiloso, pensemos y creamos con el príncipe-vate—honra del reino tezcucano y clara gloria del indiano mundo—que

... del Eterno en los campos soberanos
todo es gloria y amor, paz y consuelo.
Y esos astros que tanto nos deslumbran,
lámparas son que su palacio alumbran.



Como triste princesa bajo la umbría
penumbra misteriosa de los jardines,
vaga del horizonte por los confines
la noche taciturna, la virgen fría.
Paseando su inmensa melancolía
va, con la negra seda de sus chapines,
hollando las estrellas — blancos jazmines
que abandonó en las nubes el muerto día.

Francisco M. de Olaguíbel.

Cap. III

CAPÍTVLO TERCERO

DE LA INVOCACIÓN QUE HIZIMOS EN EL MAR, PIDIENDO AYUDA PARA NUESTRA TAREA



RGÉNTEA, sutilísima hoz dejada por Apolo entre la flora centelleante de los vergeles siderales, la luna—así la fantasía nos lo finge—acompáñanos, pensamos que obsequiosa, marcando el derrotero.

El buque, al fatigoso acompasado resoplido de sus potentes pulmones, avanza suavemente, diríais que contento y sin fatiga.

Avanza, sin que el agua ni los vientos su marcha dificulten.

Y gallardo, seguro de su fábrica, se desliza sobre las dormidas olas—pensáis que cuidadoso de no ofenderlas con el peso y con el roce de su mole...

····

Sigue avante en su ruta la nave blanca y nadadora, apenas si mecida ledamente por estas aguas—ahora

al navegante propicias y apacibles, aguas de lago— del mar de las borrascas: del mar que tiene pacto de enojos y asechanzas con Aquilón el pérfido, pontífice de Eolo en las regiones del Caribe, vicario aquí de las furias que allá en el mar de Venus agitan sus melenas medusinas—que ciñen diademas ignicentes de Lípari y Strómboli—sobre los nautas á los cuales vedar quieren el paso hacia los esplendentes dominios de la helena pompa.

····

La calma, tan impetrada de la suerte y los dioses por cuantos con pavura afrontan las sorpresas de Neptuno, es,—por su encanto mismo—grata rémora al ansia de reposo y antídoto al beleño de Morfeo.

Que al inefable gaudio de esta paz tan serena y tan augusta, ríndense en homenaje el sueño que anhelaran el cansancio de recientes fatigas, y el tedio de esta vida del mar, tan aburrida, y aun la misma labor que en estando en vigilia nos requiere con exigente apremio...

Y quedamos aquí, sobre cubierta—á solas con la mente repleta de intenciones que son santas, á solas con el alma henchida de entusiasmos, rebosante de fe—y á solas con el mar y con los cielos, pidiendo á la grandeza de los cielos y el mar un Númen que en la empresa nos acorra, un Genio que en la lid nos dé su enseña.



Horas atrás, al despedirse el día, del cóncavo velario de cobalto desprendióse, solemne, majestuoso aun en su agonía, dispuesto á celebrar sus vesperales eternas nupcias con las salobres olas—el Astro que, diríase un camafeo enorme labrado en prodigioso carbúnculo oriental, resbaló, lento, del uno al otro azul.

Bajando—soberano igual que al ascender—del trono de su reino fulgurante, repartió, generoso, entre el eter—pálido y triste en el mudo dolor de aquella despedida—y el piélago, tremante de rubores gozosos en la dicha ingente de aquel beso de fuego, repartiendo—decimos—entre el agua y la altura su magnífica gloria de luz y de colores:

Hacia arriba, un surtidor de púrpura á modo de rico varillaje de un abanico de tisú de oro que estría de topacio el opalino colosal nimbo—cuyo arco luce á manera de encaje rizadas cabelleras de querube y nacarinas carnes de quimeras. Y hacia abajo, torrentes y cascadas de múrice diluído en esmeralda, desgranando su pompa sobre el mar: campo argénteo de líquidos temblores suavísimos, quebrándose en espumas cuyas crestas fugaces, juguetonas, salpica el triturado polvillo zafirino de las aguas y las iridiscencias del estupendo rubí que finge el sol...

••••

Ya sumergido el Astro, hácese más sensible el avance y dominio de las sombras.

Al principio vergonzantes y tímidas, las estrellas que primeras afrontan el peligro de lucir no advertidas cuando de tan reciente los elementos tienen el recuerdo de las galas diurnas, van dando poco á poco mayor intensidad á sus fulgores á medida que otras luminarias celestes osan con ellas compartir aquel riesgo de no ser admiradas.

Y, ya señoras de la región de velos cenicientos, con guiños de diamante parpadean su saludo á la luna—plateada sutilísima falce, que, tal vez por olvido, dejó Apolo entre la flora cintilante de la rica pradera sideral...

◆◆◆◆

Nautas apuestos, de alba vestimenta irreprochable; hombres de dura brega en menesteres manuales rudos, con las caras tiznadas en los hornos, y los músculos de bronce que doraron fuego y sol, y las ropas empapadas en el sudor del trabajo y en la grasa del reluciente atalaje de este hipogrifo marino; mozuelos que hemos visto muy serenos trepar por el cordaje y correr confiados por las bordas y suspenderse de sutil maroma sobre el abismo que de amenazas salpica su osadía, ó bien vimos y vemos adiestrarse en el manejo peligroso de fusiles, cañones y machetes... Uniformes blancos, marinescas gorras, blusas azules, carnes pavonadas con pátina de hulla y que agrietó el salitroso aire de la mar y el vaho plutoniano del pañol de calderas...

◆◆◆◆

Toda esta sociedad entre la cual y con la cual vivimos, ha paseado su fatiga, y explayado su reposo, y atendido á sus faenas y sonreído gozosa á la brisa y á la calma de la noche, sobre la limpia cubierta, hasta que uno de los rudos mas simpáticos imberbes—de gorrilla marinesca, pies descalzos, azul veste muy holgada y en el rostro juvenil esa expresión distintiva de los años venturosos: expresión que aquí no borra, ni con ella mal se aviene, la apostura seria y grave de una digna disciplina—arrancó á su clarín las notas largas, lentas, sostenidas, que recorrieron la nave trasmitiendo aquel mandato:

Toque largo y sostenido, toque lento—de *silencio*—que sonó allí, en el misterio de la hora y en la augusta majestad de aquella paz de los cielos y las aguas, sobre el buque-fortaleza cuya mole va amparada por la enseña tricolor... Por el pendón prestigioso que en su faja blanca ostenta—como símbolo de un Pueblo y de una Patria—el águila, sosteniéndose arrogante en su gallarda apostura de señora de los aires, sobre el nopal distintivo de las tierras del Anáhuac.

····

Sonó el toque de *silencio* con el acento solemne, lento y grave, de algo que impone y se acata por virtud más imperiosa que la fuerza imperativa de ordenanza ó reglamento: por virtud no definida y sí existente en el recóndito seno de los hechos, de las cosas y los casos.

Claquearon, sobre las blancas maderas que pavimentan la tolda, algunos pies trotadores en carrera jubilosa: golpeteo que en seguida suena á metálico opaco, cuando, á poco, se produce sobre herradas pasarelas, al promedio de la nave, allá hacia el puente...

••••

Sombras blancuzcas, fugaces, se borraron tras de los ocrosos tubos de ventilas y fumeros... Sombras que pronto tragaron las angostas escotillas y las breves escaleras...

••••

Dos, tres, cuatro luces pálidas han danzado misteriosas en la lejanía próxima, entre lanchas, chimeneas, tras los palos y al través de la aérea red que forma el embreado cordaje...

••••

Y aun persistía vibrando la última nota solemne, grave y lenta, quejumbrosa, del clarín, y el silencio de los hombres hizo mayor el silencio con que la hora y la calma envolvían en el manto de la paz nuestro viaje.

Dijérase que allí, á bordo, sólo alentaba la vida impulsora de la nave:

Energía del vapor aprisionado y de esa chispa diabólica—dominada por el hombre pero todavía ignota en su *porqué*—imprimiendo actividad al mecanismo complicado, prodigioso, del mónstruo cuyos múscu-

los de acero—y de cobre las arterias y las venas y los nervios—generan y multiplican y transmiten la energía de aquel sistema vital que del pañol de calderas y motores y dinamos, rige las potentes hélices—al igual que da la esencia de su vida á las frágiles bombillas cuya rúbrica sutil, incandescente, es ornato en camarotes y salones y es aviso muy prudente en las farolas de las bandas y los mástiles...

◆◆◆◆

De este centenar de hombres—marineros y soldados—ya los más se han entregado en los brazos del descanso que harto ha ganado y requiere su fatiga.

◆◆◆◆

Quienes velan, no producen ni una voz ni un cuchicheo.

◆◆◆◆

Con andar acompasado—es un péndulo viviente, que describe un amplio arco su silueta vagarosa en la calma del silencio y la penumbra—pasa y repasa, en ir y venir medido, matemático, uniforme, por la faja luminosa, allá en el puente, el fantasma blanquecino del oficial vigilante, en el que—en sus repetidas y breves apariciones que regula la costumbre—adivináis ambos brazos que se cruzan á la espalda, y la mirada explorando en la negrura, ora al frente, ora á popa, por el lado de babor, por la banda de estribor...

◆◆◆◆

Tan sólo, de rato en rato, da la hora una campana de sonido atenorado, que contesta, repitiendo sus tañidos, otra campana que diríais es más jóven, más alegre—femenina—por su acento más vibrante y más intenso...

····

Y, esto sí:

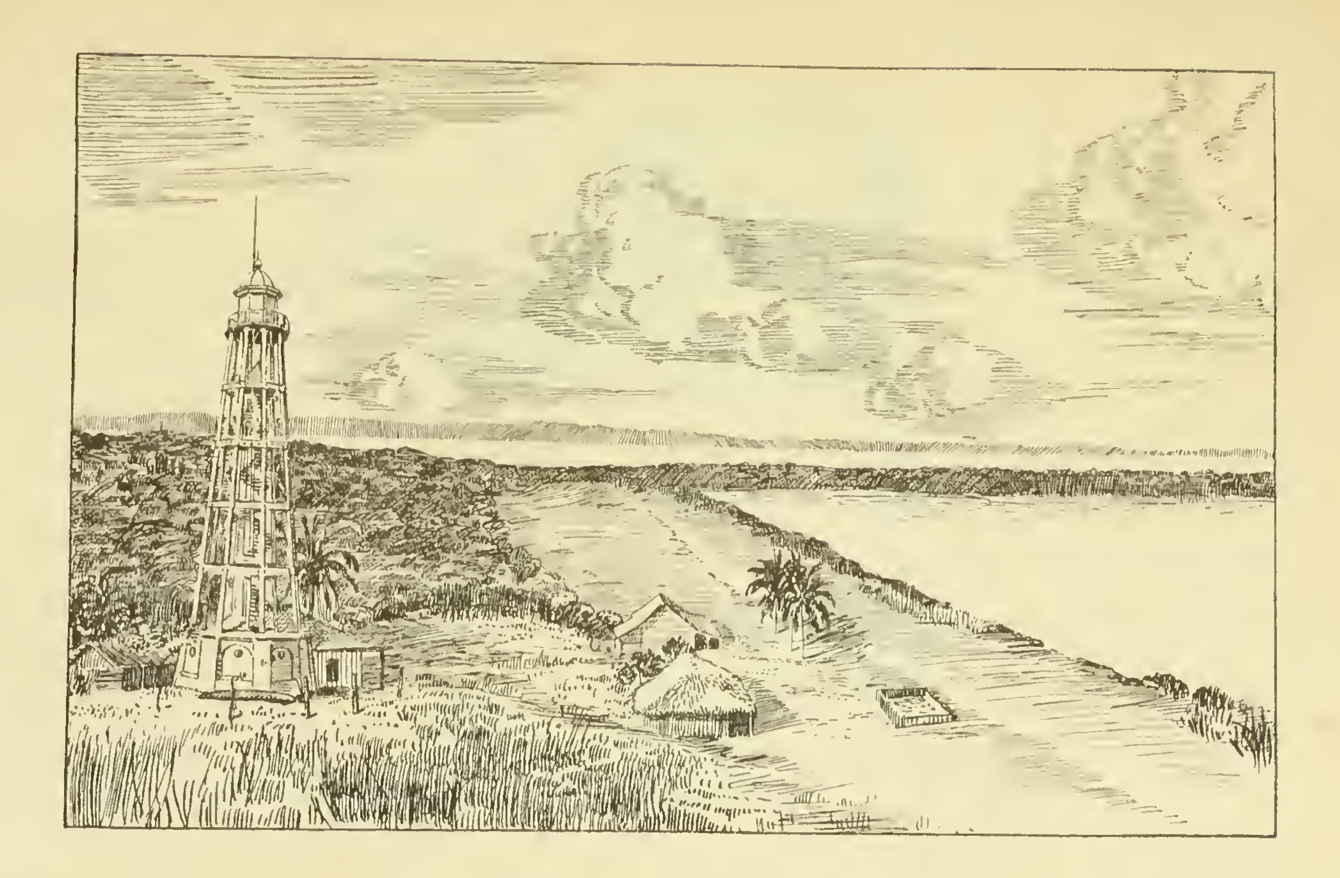
Constantemente, sin violencias ni desmayos, siempre el mismo en su medida trepidante, el estruendo—no excesivo, no molesto, y que pronto se os hace arrullador—el estruendo, los mugidos de la máquina incansable:

Leviatano nunca ahíto de ingerir y transformar las energías de que vive y que produce, expeliendo de su cuerpo sudoroso y jadeante—de sus músculos de acero—sobre el mar, por ambas bandas, agua hirviente, escorias negras; y hacia el cielo, apacible y estrellado, bocanadas de humo denso, que, cual *pino* vesubiano, va dejando en la gran calma del espacio sus columnas suspendidas entre el campo cintilante de la altura, y las aguas que creeís también dormidas, en el sueño de la tregua que en su furia habitual se han concedido—propicios al navegante y propicios á nosotros—la corriente ecuatoriana, el *Gulf Stream* y los vientos tormentosos favoritos de este mar...



Y solos en nuestro banco, en la toldilla de popa, meditativos y mudos, gozando la somnolencia de ese estado favorable—sino es que necesario—para que funcionen libres de influencias exteriores las más íntimas potencias del pensár y del sentir... En tal goce indefinible de esta soberana paz cuyo manto nos envuelve y nos protege, es cuando mejor—á solas con el alma rebosante de entusiasmos, pletóricos el cerebro y el espíritu de amor santo por España cuya esencia nos anima, de sincero amor á Méjico cuyo afecto nos da alientos—allí, á solas con el mar y con los cielos, es donde mejor podemos impetrar de la grandeza de esas dos inmensidades, la asistencia guiadora de un Númen que en nuestra empresa nos acorra y de un Genio que en la lid nos dé su enseña...





DESEMBOCADURA DEL RÍO GRIJALVA

¡Salve!, la voz del patriotismo austero
jubilosa y solemne se levanta...

Rafael Nájera.



CAPÍTVLO QVARTO

DONDE SE VE DE LA MANERA QUE FUÉ EXAUDIDA LA INVOCAÇIÓN DE QUE SE HABLA ENANTES



PALIDECEN, á la luz más intensa del amanecer, las cintilantes lámparas que alumbran los palacios del Eterno.

En la tensión mental del meditar intenso y en el ambiente tibio de esta noche tranquila, afortunada, transcurre el tiempo sin que el sueño nos reclame á la comodidad de la litera, sin sentir el fatigante peso de las horas lentas—más lentas y monótonas, creemos, en el mar que en parte alguna...

Y en posición abandonada sobre un banco de la toldilla—á popa—y á guisa de duro cabezal é instables taburetes los volúmenes varios (diremos ambulante biblioteca de estudio y de consulta) que en esta expedición nos acompañan, gozamos de esta paz venturosa—emanada, de fijo, de la paz interior en que se envuelven los nuestros pensamientos y nuestras sensaciones.

Y ya el día se acerca arrebujado en claridades, si bien aun los hombres, habitadores de este pequeño mundo flotante que nos sustenta y nos conduce, rodean de silencio sus faenas, y sólo, allá en el puente, la blancuzca silueta del oficial de guardia recuerda que un poder inteligente y siempre en vela cuida y dirige el funcionar sin tregua desta máquina que nos es casa y vehículo...



Alguien, ó Algo, sopla junto á nosotros, ó dentro de nosotros, un hálito de altísima, robusta vida soberana, excelsa.

◆◆◆◆

Respuesta á la sentida evocación que poco antes—con la mente y espíritu de hinojos—hicimos reverentes, suplicantes, oye—clara y distinta—oye el alma la Voz de un héroe insigne que, cual nadie, en sí encarna y representa, por manera más alta, el esfuerzo de Méjico surgiendo á la vida esplendente de pueblo y de nación.

◆◆◆◆

Dice la Voz que escuchan nuestras almas—voz vibrante y de muy solemne acento, voz de Fantasma genial, inmenso, cuyas líneas de indómita energía también perciben claras y distintas, en la crepuscular

penumbra con que su desperezo baña el día, los ojos del espíritu, videntes:

....

„—En Dios que fue mi culto en los altares del sacrificio incruento, y en la santa Libertad que fue mi diosa en el ara sangrante de la Patria, y en la Paz y el Amor que nos sonríen á cuantos raza é ideales aproximan y unen, ¡salud y grata compaña los cielos os deparen!„...

....

Apostura y gesto de héroe, tallado en el bloque penthélico en que tallados fueron los grandes estrategas.

Fiel „doble" transmarino del típico—legendario casi—guerrillero hispano, cuya modalidad característica más alta y más perfecta, se formó y moldeóse entre los pliegues de las vestes talares.

Complicado compuesto anímico, de rara aparición en los siglos y en los pueblos:

Ternuras infantiles, transportes de dulzura femenina, voluntad férrea, intelecto clarísimo, dura mano y muy duro—como de roca—corazón, cuando el caso lo requiere: para, tal vez en el mismo caso é instante, por transición posible únicamente en fino y exquisito temple rarísimo de alma superior, trocar de furia el lampo en destello apacible de la luz de bondad suave y dulce.

Trazos y rasgos de lineamiento enérgico que acentúan los músculos potentes, la morena color y las cejas y el mento y la mirada. Contextura maciza: el hombre-bloque... Y en la frente espaciosa tales claridades, en la boca tal pliegue de serena franqueza, que en ello el complemento traslúcese diáfano del gran carácter: el alma-diamante—en brillo, en lo compacta y en lo pura... ¡Oh, sí: tanta luz en la frente, y tan intensa, que á velarla no es nada el pañizuelo—distintiva toca de la cabeza del colosal Fantasma!...

••••

Que en nosotros, muy dentro de nosotros, habla y lo hace en el tono sereno con que hablaran—de fijo, si lo hicieran—quienes, habitadores de las altas cumbres, no saben al idioma de la verdad ponerle velos llamados *presunción*, ó bien *modestia*, ú *orgullo*, y otros que califican nuestro lenguaje y tono aquí en la tierra.

Así, pues, quien supo ser tan grande que declinara un título de *Alteza*—satisfecho considerándose *siervo* de su Nación y de su Patria—bien puede, cuando habla al alma del cronista, hacerlo en son robusto, "masculino", sin *modestia* ni *orgullo:* sinceramente—muy serenamente—como los genios hablan en la Gloria.

Y así, en nosotros, muy dentro de nosotros, dice la Voz:

••••

"—En las en paz serenas, etéreas regiones de la Inmortalidad (tan elevadas por cima de este valle de míseras pasiones, que allí conviven en fraternal consorcio cuantos aquí, por servir á una Idea, tal vez fueron mílites fieros en campos encontrados, enemigos) y donde para gozar el mismo galardón sólo se pide que los ayer rivales lo fueran á serlo constreñidos por dictados sinceros é imperiosos de su conciencia más íntima, más pura y más honrada; allá, en la altura azul, en la esplendente esfera reservada á los grandes—mártires unos, otros triunfadores: los unos y los otros en su tiempo y su caso obreros del Ideal y del Progreso—hállanse congregados en asamblea magna de común regocijo, cuantos exultan con quienes aquí abajo á celebrar se aprestan de Méjico-Nación el primer centenario.

"—Viérais allí al gran monarca azteca compartir la ventura y el gozo compartir de la paz inmortal con el héroe extremeño—aquí en la tierra de su hazaña de fábula victimario de aquél, por el rigor incontrastable á veces de los hombres y de las ocasiones, que ser suelen el más fiero enemigo de toda pulcra fama...

"—Y allí, con ellos, en la magna asamblea, también sombras que de airones de luz empenachan sus frentes...

"—Y sombras de barbados caballeros, sacerdotes y próceres, é inteligencias claras en cobriza envoltura de indígenas progenies...

"—Y allí, asimismo, los pensadores, almas piadosas, mentes elevadas, corazones de fuego, los remotos videntes de la patria futura...

"—Y los caudillos, los mílites directos de la gran epopeya, á quienes cupo en suerte laborar en el campo de los hechos en pro de tal idea de "Patria", que llegara á su plena sazón merced y gracias al calor fecundante del ansia universal de libertad que agitaba á los pueblos... Son los que dieron vida, fortuna y calma—con generoso arranque—puesto todo como homenaje en la cuna de la nación naciente.

"Todos allí, en fraternal congreso, los rivales de ayer—héroes lo mismo y lo mismo inmortales, pues á todos cobija la redentora y siempre augusta, tres veces santa enseña de "POR LA PATRIA": pues por ella cayó el estóico príncipe de bronceada tez y alma de acero, y por ella también hubo el conquistador con la fama de hábil capitán y sagaz gobernante la negra abrumadora sentencia de que pesasen por siglos sobre su nombre y sus gestas y memoria montes de vilipendio é ignominia; y aun por ella, del atrio de una iglesia salió camino del luminoso palacio etéreo de los grandes hombres un cura humilde, y en pos de él cuantos por más de una década con sangre y exterminio y duelo y fiero encono y abnegado heroismo y sacrificios mil, laborando PRO PATRIA durable pedestal de la gloria que gozamos ahora supimos erigir..."

En nuestro soliloquio que inspirado creemos por el Héroe, se abre el breve paréntesis que exige el siempre nuevo—siendo eterno, cotidiano suceso—grato espectáculo de la luz naciente:

La sábana plomiza de las aguas, que arruga en desperezos suavísimos la brisa matutina, se festonea en la gran circunferencia de su aparente límite con sutil faja de ópalo diluído en malaquita, cuyo tono verdemar atenúa una discreta esfumatura de amatista y de turquesa combinadas, que en el arco del oriente intensifica un brochazo de granate arrebolado de topacio y de zafir...

La hoz de plata—Selene—ha cedido su efímero dominio en el sideral vergel de flores cintilantes, casi todas ya agostadas por la claridad creciente de la aurora, á la Estrella Matutina cuyos destellos parece que se aumentan á medida que se acerca el momento de su fatal eclipse en nuestro cielo.

Vuelve de nuevo el pensamiento nuestro hacia los inmortales de una patria, aprestándose á unir sus exultanzas al júbilo de quienes heredaron el fruto de tan intensa gestación que tres centurias cabales exigiera.

Y de nuevo, muy dentro de nosotros, habla—y lo hace en el tono sereno con que hablaran, de fijo, si lo hicieran, cuantos, habitadores de la esfera altísima, no saben (ni han por qué) al idioma de la verdad ponerle velos.

Dice la Voz:

····

„—Yo el primero, pues que la fama muy justamente á mi nombre vincula y en él contiene el símbolo más alto y más perfecto de la empresa *Pro Méjico*, yo el primero recoger quise la demanda humilde que hicísteis hace poco, pidiendo un Númen que os acorra y un Genio guiador que os dé su enseña.

„—Otros en esta ayuda han de seguirme y alientos y favor habrán de daros: que á ese objeto, en la playa vecina ya os espera el nauta diligente—de estos mares modesto cuanto animoso explorador por varias veces. Y luego, compaña amena habrá de daros el castellano capitán—veraz cronista de la magna empresa—cuya ruta evocando, queréis con fines ideales, nobles, de amor y de concordia, aportar por pretexto en homenaje fraterno del alma ibera al gran gozo del alma mejicana.

„—¡Qué!: ¿un esfuerzo más en la lid generosa mirando á que se entiendan, se comprendan, se unan, se confundan, reconozcan y abracen cuantos—en ambos mundos—comunes han el alma, el lenguaje y la fe?

„—¡Loado el empeño sea!; que en él no hay que medir categorías, ni prestigios, ni títulos, y sí sólo tomar en cuenta los propósitos, la intención, la voluntad y esfuerzos puestos en la labor.

„—Harto gozo leyendo en vuestras almas cómo ellas

presienten y comprenden que de mi sér más íntimo gran parte se contiene en este trozo de tierra mejicana—en estas tablas, en la nave esta—que, sobre el mar cuyas espumas festonean de plata el lido atlántico de mi adorada patria, os sustenta y conduce.

„—Y eso que de mí, secreto, alienta en la vida secreta que por virtud ignota á los mortales se contiene y encierra en el misterio que anima á algunas combinadas letras formando un nombre, eso, se aumenta, adquiere mayor fuerza y potencia mayor, ahora que revélase á vosotros cuando desde la Gloria viene mi voz á daros animosas voces de aliento y de esperanza.

„—Y en este acento de ánimo y de fe en vuestra tarea, ved que Méjico acepta complacido el sincero homenaje; ved que Méjico hace suyos los vuestros pensamientos y el vuestro meditar en esta noche—víspera del comienzo de la *Ruta* que „pro Paz y Concordia" va á rehacer la Sombra del inmenso Don Hernando Cortés, representando al genio augusto de la Madre Patria que complacida mira los progresos de esta Nación, su hija predilecta.

„—¡Muchachos!: el saludo que os doy es éste—mi *brindis de Acapulco*:

„¡VIVA ESPAÑA, YA NO DOMINADORA, SINO HERMANA DE AMÉRICA!. . . „



Y en la luz que ya esplende triunfadora sobre los grises velos del matinal crepúsculo... En las notas alegres de la vida sonriendo en el cielo y en las aguas... En la jocunda animación de la gente de á bordo saludando la tierra ya cercana... En cuanto nos rodea, en cuanto meditamos y en cuanto nos sugiere é inspira el solemne momento, vibra y se expande—uniéndose á la voz del gran Fantasma habitador de nuestros pecho y mente—la voz del bardo ibero diciendo al Nuevo Mundo, que si "oprimióle España al engarzarlo á su imperial diadema,"... *también clemente—le dió su sangre, su robusto idioma —sus leyes y su Dios. ¡Se lo dió todo,—menos la libertad!... Pues mal podía— darle el único bien que no tenía...*

....

....

◆◆◆◆

Y en marinescas gorras, relucientes cureñas, en la dentada rueda del timón de popa, en aros-salvavidas, en botes, por doquiera, se ostenta el nombre prestigioso de este buque de la marina militar de Méjico, que el ilustre caudillo y estadista—Jefe de la Nación—brindó con espontáneo ofrecimiento entusiasta para dar prez y honor á esta empresa PRO UNIÓN DE RAZA, POR MÉJICO Y ESPAÑA...

Que, MORELOS, llámase esta nave que nos lleva

sobre las aguas, estos días en calma, del mar de las corrientes tormentosas y airados huracanes.

Y, MORELOS, el nombre es del radioso fantasma del héroe más insigne de la epopeya nacional de esta patria que va á cumplir cien años de vida propia...

⁘

Y en la mañana espléndida que nimba de arreboles risueños, polícromos, este rincón del trópico que de marco y de cuadro sirve á nuestro entusiasmo, triunfa en su gloria eterna el sol de oro, vertiéndolo á raudales sobre el lago—no mar, por lo apacible—de linfas transparentes...

⁘

Y sobre el buque (cuya mole tremante en la ya sostenida, atenuada marcha disponiéndose al inminente, seguro anclaje) sobre la nave y en el colosal nimbo del éter hecho un ascua, presta su *rojo* el astro, su *verde* el lido ubérrimo en manglares y palmas de esmeralda, su *blanco* de bruñida plata el mar cuyo tisú reverberante se extiende en pliegues luminosos hacia la tierra firme—á nuestra derecha...

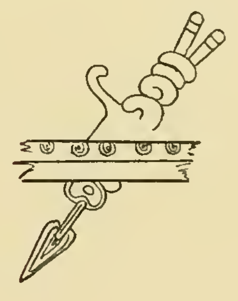
Y finge tal conjunto una *bandera tricolor*—prodigiosa é inmensa—„aumento" por milagro de luz, „extensión" por capricho de mirajes del alma y la retina, de la enseña que acábase de izar del Mayor en el *pico:*

La simpática bandera que en su faja blanca ostenta,

como símbolo de un Pueblo, como escudo de una Patria, el águila—sosteniéndose arrogante en su gallarda apostura de señora de los aires—sobre el nopal distintivo de las tierras del Anáñuac...

....

A bordo del Cañonero *Morelos*, á los 13 días de Abril del año del Centenario.



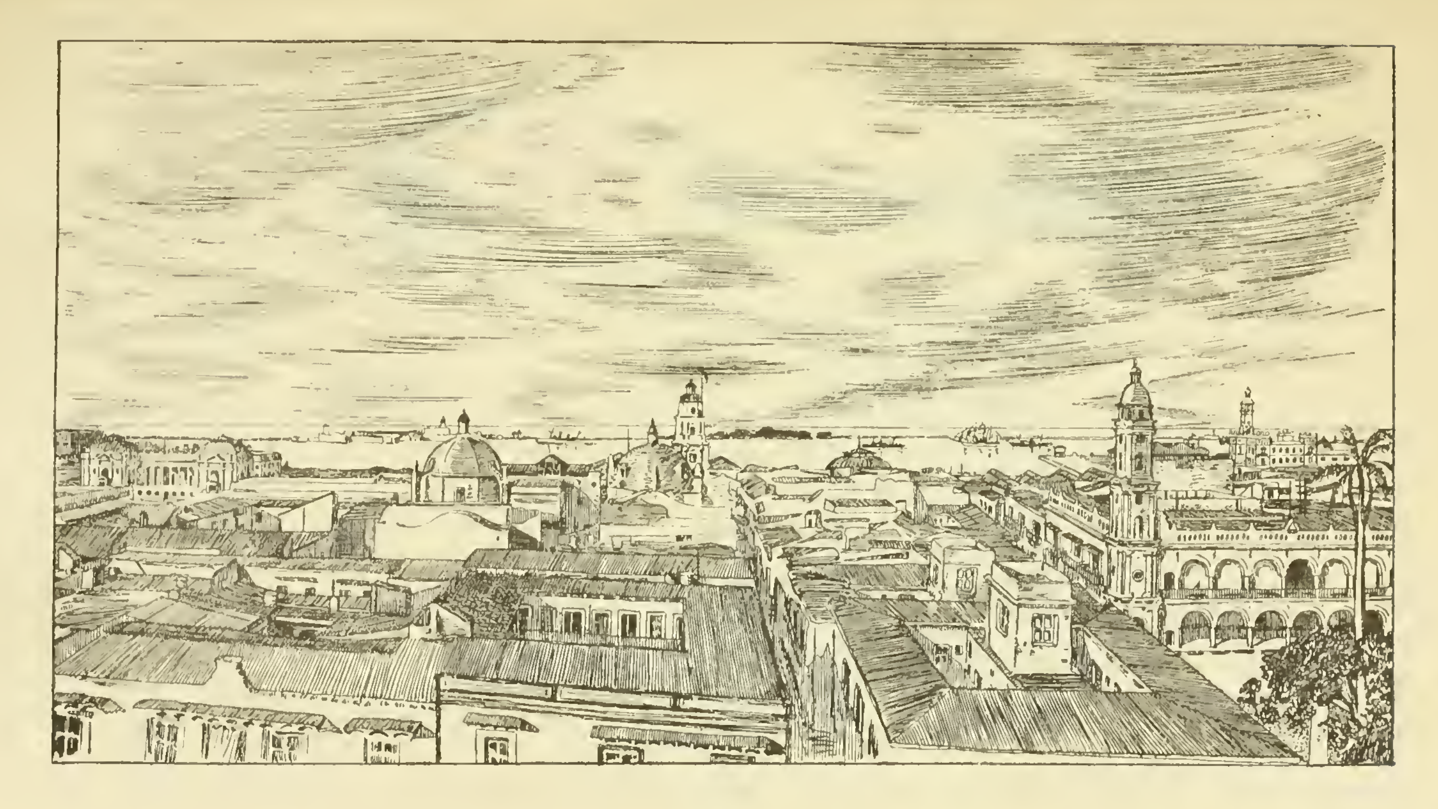
PARTE SEGVNDA

QUE TRATA

DE LA DERROTA MARÍTIMA

E JORNADA HASTA XALAPA





VERACRUZ



El ponto es de azogue y apenas palpita.
Un pesado alcatráz ejercita
su instinto de caza en la fresca.
grave y lento, discurre al soslayo,
escudriña con calma grotesca,
se derrumba cual muerto de un rayo,
sumérjese y pesca.

Salvador Díaz Mirón.

Cap. V

CAPÍTVLO QVINTO

EN EL QUE LLEGADO QUE HOBIMOS Á LA YSLA COZUMEL, COMIENÇA LA NUEVA RUTA DE DON HERNANDO CORTÉS.



A fondeado el barco.

El silbato de un molino de nixtamal da la bienvenida al *Morelos*, cuya sirena contesta al obsequioso saludo.

Fondeando en la ensenada de esta ínsula, inauguramos hoy nuestra evocada remembranza del camino que siguió el Conquistador.



Tratando de seguir aquella ruta, no se pretende, ni por asomo, hacer labor de ratificación ó rectificación histórica:

Ello compete á los hombres doctos, á los hombres de ciencia y competencia en tales menesteres, y nuestra tarea no va ni aspira á ir más allá de á do alcancen

las fuerzas y lleguen los alientos de dos humildes „aprendices de todo y maestros en nada“, que en el caso presente hacer quieren á menos incluso de lo poco que saben, pues que no acometieron la empresa de que trátase para regresar de ella con un *Informe* de erudición que brinden á ilustres Academias, ó con una *Memoria* bien aforrada en datos, citas, notas y documentos varios, á la prueba de si el de Medellín siguió tal derrotero, ó si tal cerro pasólo por la derecha y si la tal cañada cruzóla por la izquierda.

Y no es que falte razón á un tal trabajo, pues los doctores están en desacuerdo en más de un punto y dos de este viaje; y sobre ello digamos desde ahora—por ahora y por siempre—que esa cuestión al gremio egregio por derecho compete; pues quienes, cual nosotros, desprovistos de toga, de muceta y de título y sin ciencia, talento ni aptitudes, de autoridad carecen para tales empeños, es bueno se contenten con hacer de esta *Ruta* el pretexto á fin que nuestras almas—como almas españolas—al alma mejicana brinden un abrazo de hermanos, haciendo que se abracen en fecha memorable sombras augustas de dos gloriosas razas, cuya fusión determinó una raza hoy viril y pujante, un pueblo heróico, una patria ilustre.

••••

Así pues, seguiremos de cerca, lo más fielmente—siempre que posible—en su ideal trazado y grandes

líneas, la vía que siguieron las mesnadas—piadosas, rudas, fuertes—de la Cruz y del Rey.

Y en aqueste comienzo, hoy saludamos de Cozumel la playa luminosa.

····

En todo su esplendor se nos ofrecen del tropical paisaje los encantos:

En el mar, diafanidades de lago de leyenda; un azul tan intenso y transparente, que á gran profundidad se ve su fondo—que finge la color pavimentado de lapizlázuli—cual si á la mano ofreciese sus conchas, sus moluscos y algas arborescentes.

En la faja arenosa que del agua separa la tierra vegetable, el centelleo de nácares y cuarzos triturados: polvillo hechos los diamantes que tallara en facetas lucibles, microscópicas, el arte lapidaria de las olas puliendo eternamente—en purificadora labor constante, eterna—rocas y cuarzos, nácares y perlas. . .

En seguida, á lo largo de la costa, desplegada la guardia de palmeras que esponjan sus penachos elegantes por cima de la anárquica maraña del rebelde boscaje, donde mézclanse y atropéllanse y unos sobre los otros se disputan el suelo y el espacio, yerbas y matas de hojas charoladas con barniz de esmeralda, sarmentosas de flores embriagantes, las cañamiel de lanzas amarillas, el banano de pencas quebradizas, y arbustos y lianas, cactus y agaves varios: la rica, in-

comparable vegetación de esta tierra de ensueño, fecunda hasta el prodigio, fertil hasta el milagro...

Y en un espacio breve robado á la prolífica lujuria de la selva que al cielo se derrama en montes de verdor—como protesta de que el mar la estreche—el poblado, de casas todas blancas, cual blancas gaviotas sesteando en la playa...

¡Oh, cuán simpático, cuán risueño á la vista y cuán grato al espíritu aqueste paraíso en miniatura, no sospechado por los grandes centros—donde la vida es fiebre—bien apartado de las grandes rutas, bajo un cielo esplendente, siempre puro, en el lido del mar más azul y más limpio que nunca vieron los ojos—ya no propensos á entusiasmos fáciles—del viajero cronista!...

Que este rincón de paz, para gozarlo todo (con la paz de su ambiente, con su sol y su cielo y sus perfumes y deliciosas frutas y su miel regalada y sus riquezas que le brinda el bosque y le brindan las aguas) muy justa fama ha de ser del trópico el *sanatorio* ideal—posiblemente la excepción más notable en estas latitudes.

Pues de epidemias no guárdase memoria, y nos dice un isleño, que, quien de Cozumel no haya salido, ignora cómo sean los *moscos*—leed mosquitos: el espanto mayor de estos parajes do el cínife inocula el virus de mil muertes en mil formas de envenenar la sangre.

••••

Pronto se contarán los cuatro siglos desde que gentes blancas, de nuestros tipo y raza, llegaron á estas playas.

Mas del tiempo apesar, á la isla en llegando, aun hoy compréndese y repítese la impresión jubilosa que gozaron, de cierto, aquellos remotísimos parientes que aquí nos precedieron:

La calma ambiente, los sabrosos frutos, hacen de esto un oasis en la líquida estepa, do hasta ahora—durante cuatro días de lento navegar—tan sólo á veces un ocroso islote, una mancha plomiza muy lejana ó un trozo de abrasada estéril playa, nos fueron espectáculo entre el eter y el agua centelleantes bajo un sol impiedoso, en la vasta hornera del cielo y mar hirvientes, cegadores.

Visitando el poblado, recógense dos notas que al presente os recuerdan del pasado dos notas señaladas —sin pretender, de fijo, un rasgo dar de observación aguda, de crítica etnológica—por algún casualmente narrador de remotos viajes:

Notóse que en la isla abundaban la cal, los albañiles. Y recordáis la cita, al ver las casas coquetuclas y pulcras, luminosas en su encalado irreprochable, á nuevo, luciendo su blancura y pulideza, su construcción correcta, demarcando anchas vías cuyo piso no macula un yerbajo ni afean suciedades.

Y en la expresión simpática, despierta, de la gente

obsequiosa, de abierto espíritu y clara inteligencia— revelados en el trato franco y en el hablar agudo propios de los isleños — á menos no podéis que del antiguo cronista recoger el retrato que del ingenio vivo y lógica nativa de estas gentes da muestra la respuesta—de altísima y en libros y en maestros nunca aprendida, filosofía—dada por los indígenas idólatras en defensa del culto y las creencias que habían de sus padres heredado...

Hoy, el mayor, muy legítimo, orgullo de estas gentes habitadoras de Cozumel—un oasis perdido, ó poco menos, en el vasto desierto de esta región apenas frecuentada—es decir lo primero, al visitante, cómo en su soledad y en una población total que un millar y mitad apenas cuenta, la *capital* (darémosle este nombre), San Miguel, donde estamos, con no más de ochocientos habitantes, sostiene cuatro escuelas...



Visitamos allí, en la ubérrima selva, los restos, carcomidos por el tiempo, de la iglesia que diz fué levantada en el mismo lugar do la primera vez, de Nueva España en tierras, el culto celebróse de la fe nueva por el Padre Olmedo.

Y al volver á la nave que presto ha de zarpar, junto

á las escaleras se topan y se empujan, en la chillona brega del mercado, innúmeros esquifes ó canoas—inverosímil fábrica marítima, burlesco alarde de osadía náutica—labrados como artesas ó zuecos, en un tronco, atiborrados de cestos y cajones con panes, cocos, piñas, plátanos y pescados, huevos, tortillas de maíz, y miel sabrosa de estos panales (cuyo regalo gozara el paladar de los soldados de la Conquista) y anonas y mameyes, vainas de tamarindo y ciruelas silvestres y varas de preciosas maderas: cuanto allí da la tierra y la industria doméstica, tentando de la marinería y la gente de tropa el deseo infantil de compras no precisas y de atracarse de frutas y viandas que á bordo no escasean y que á bordo desdeñan...

Junto á aquellos productos, los más caros, los *finos*, importados por el comercio indígena con la Honduras británica y más cercana costa de Yucatán: licores de fantásticos precios y sabores, chocolates de Mérida, jabones y perfumes de Belize (dícelo la etiqueta) hamacas, abalorios de carey y nácar, sombreros de palmito—¿quién recuerda la variada quincalla y comestibles de aquellos sobre el agua bailadores bazares diminutos, que tripulan muchachos picaruelos de esbelta contextura, ojazos negros y rizados cabellos, y viejos zorros prontos al dicharacho, á la frase picante, y harto diestros en las mil socaliñas del regateo y venta?...

Y como típico, característico producto, del que todos—unos más, otros menos—acopio hacemos, una gran variedad de caracoles de extrañas formas y diversos tamaños, con nácares de iridiscencias raras y matices quiméricos en rojo y tornasol.



Dispuesta ya la marcha, al medio día lévase el ancla.

En la reverberante faja arenosa de la limpia playa, figuras blancas saludan la partida, y otra vez el silbato del pequeño molino lanza su nota aguda que distiende su espiral sonorosa en la quietud ambiente.

El remolino de espumas que las hélices levantan en el agua, es ingente oleaje de tormenta para la parda flota de piraguas minúsculas, que encabritadas chocan entre risas y chistes y denuestos de los isleños nautas-comerciantes que baten en la ola con los remos: los *canaletes,* al parecer esas pequeñas palas usadas en sajones deportes de pelota.

Y cuando atrás dejamos el albo caserío enjalbegado que van velando cortinas, pabellones, encajes y mamparas de follaje, de la calina el sutil centelleo envuelve en ténue gasa de fuego hecho vapor, el cocotal de palmas desmayadas cobijando clementes en su copa las nueces deliciosas que encierran alimento y refrigerio, los bananos de pródigos racimos que amarillean entre

el verde esmaltín de hojas enormes, los arbustos constelados de polícromas flores, y los árboles de frondas lujuriantes que se adornan de orquídeas, de musgos y bejucos.

Y—cual viéralo el vate, sino en este lugar no en demasiado de aquí remota playa—el mar de azogue que no se agita ni mueve ni palpita en la bochornal calma de esta hora de asfixia, es el cuadro propicio de una vida caótica—formándose en inmenso hervidero de luz y de calor—en la cual sólo, el primero, organizada forma adquirió el alcatráz, que, entre el fuego del cielo y de las aguas, navega lento, inmóviles las alas, en grave giro amplísimo, hasta que, de repente, *cual herido de un rayo se derrumba*, y sumerje su pico en el vasto fusor reverberante de estaño licuado...



Ni el nombre de los númenes que un día
efímeros vivieron, hallaréis...

Ignacio M. Altamirano.



Cap. VI

CAPÍTVLO SEXTO

DE LA GUÍA DESTE MAR Y DERROTA, QUE NOS HIZO EL PILOTO ANTÓN DE ALAMINOS



. . . .

IEN advierto, Señores, que avreis plazer de que mi ynſpiriençia os acompañe; y por eſo, yo, Antón de Alaminos, vezino que fuí de Palos de Moguer y por muy muchas vezes Piloto de embarcaçión en eſtas aguas, hoy dellas vueſtro Guía si aſsí os plaze, vos vengo á dar ayuda, E al efeto é tomado lugar y acomodo conviniente en eſta nao, luego de imprecar la divinal bondad del larguíſsimo Criador E diſpensador de todo Bien; pues todo lo que en mi Tiempo fuí harto entendido y de no flojo ánimo en eſtos meneſteres, soy agora en grand sobreſalto á cauſa deſte Navío, cuyas fermoſsísimas hechuras que son admiraçión verlas por la disformidad hermoſa de sus maquinarias E tan variados E numeroſos compartimientos, no

dexan de tenerme temeroſo sin remedio, por no haver practicado deſtas induſtrias en los tiempos que hobe de paſar navegando al serviçio de Sus Altezas E de la naçión Caſtellana.

„No fue en demaſía llanamente y sin esfuerço que logré açertar á darvos compañía en la Jornada primera deſta empreſa de tan grande ymportançia, por que vierais en la Junta de que os tiene ya hablado el gran Cura dom Joſef de Morelos y Pavón, digo que vierais allí á Solís y al Pinzón, los cuales á preteſto de haver sido ellos quienes los primeros aviſtaron las coſtas deſtas yslas E tierras firmes, lo meſmo que el hidalgo Hernández de Córdova su descobridor e aſsí el Capitán Grijalva que más largamente las reconosçió, y aun otros de no tanta nombradía, que todos ellos hizieron su tantico de violençia sacando quenta de sus meresçimientos E títolos para vos moſtrar la ruta deſtas aguas, dándovos diligente compaña E util rrelaçión fasta que llegáſedes á Ulua y surgidero de la Vera Cruz.

„Hobo nesçeſidad de que yo entonçes levantaſe la voz para decilles que ya no más acataba la sinrrazón de que Ellos y aun otros llévenſe siempre E tengan la gloria de todas quantas fazañas fizimos en nueſtro Tiempo y cada qual en aquello que mejor pudo hazer; y tengan baſtante con la merçed que hobieron del Cielo E su buena ventura, pueſto que los auctores de chrónicas y rrelaçiones E otras hyſtorias llenan dellos

sus libros y á mí si acaſo me nombran de paſsada y á manera de graçiosa dádiva por favor.

„Y por todo lo qual, en eſta conmemoraçión harto y debidamente juſto sería que yo que más que nadie alguno corrí muy muchas vezes las malas Aguas y los ferozes vientos deſta derrota, viniese á vos guiar, para de tal manera tener también la mía parte conſiguiente en vueſtro rrieſgoso intento y afanoſa Jornada.

••••

„E agora, Señores, arreparad que todos eſos baxos E ysletas por la banda de la Coſta que es la tierra firme y provinzia de Yucatán, fueron los lugares de Yndias deſcobiertos por el armada del Françiſco Hernández de Córdova, que yo regí como Piloto el más prençipal con otros dos pilotos que havian nombre el uno de Camacho y el otro de Joan Alvarez, en el viage que començamos deſde la Havana en ocho dias del mes de hebrero del Año de mill y quinientos y diez y siete, quando siguiendo nueſtra navegaçión, y paſados que fueron los veynte dias y aun uno más, llegamos al grand pueblo de Cotoche, que era en eſa miſma punta ó cabo Catoche, que es como eſtá en las Cartas de marear.

••••

„Y antes que se me paſe la ocaſión, pueſto que agora eſtamos en eſto de Yucatán, yo vos pido liçençia para dezir algunas pocas rrazones que harto me pe-

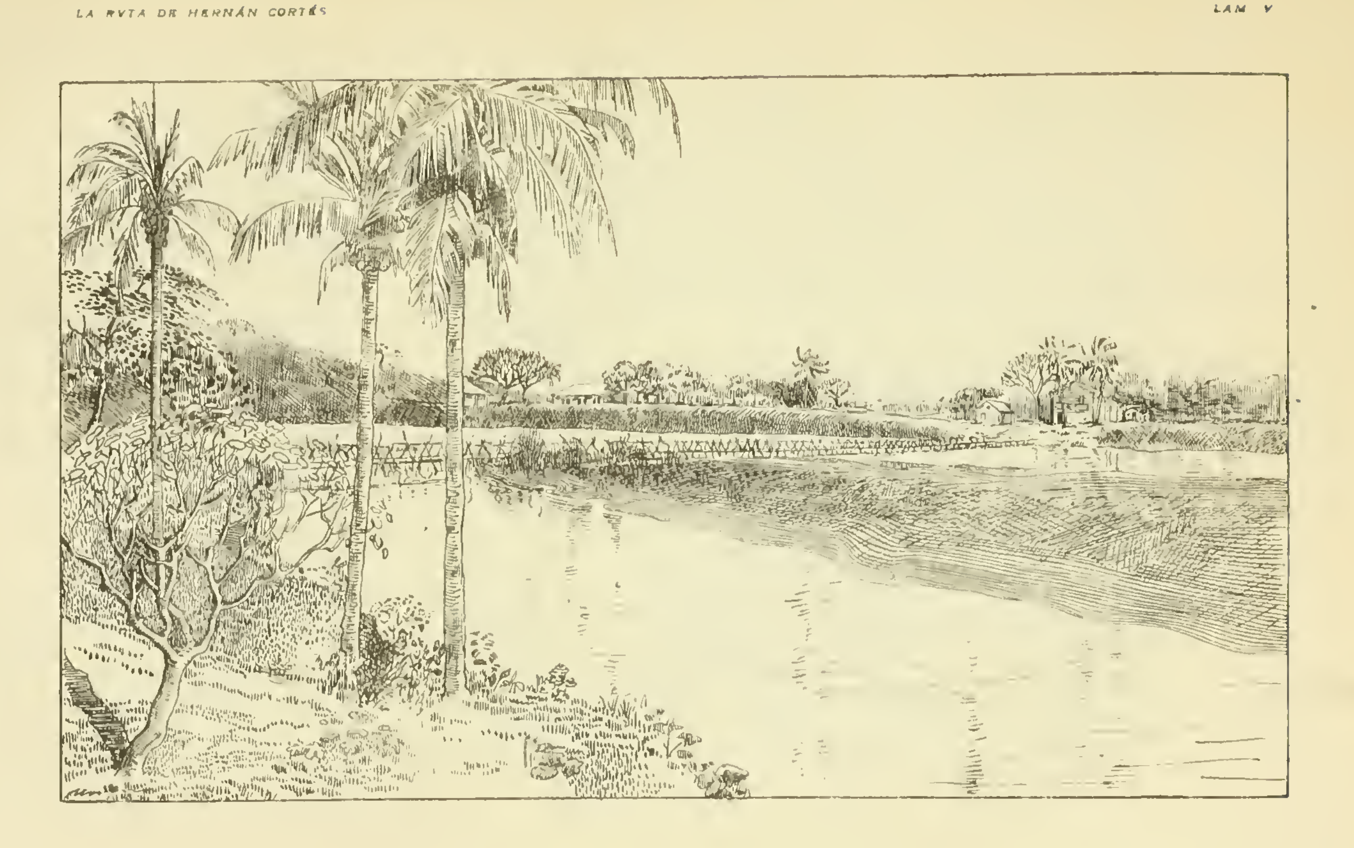
ſan en el Anima y en la conçençia, y el cuyo peſo me malogran en parte la Bienaventurança, E la beatitud que por grazia de Dios y largos padeçimientos mios me fueron otorgadas para gozallo lo más del tiempo sin fin, vagando por sobre deſta Mar en donde yo paſsé los mis trabaxos E fatigas mayores durante mi vida mortal y pereſçedera en eſte mundo.

„E al efeto diría de cómo unos hombres son más fortunados que otros con los miſmos mereſçimientos, y los hay favoreſçidos de la buena ventura E aſsí de la buena opinión de la Hyſtoria, en tanto que los otros son como carroña de que todos ſuyen por que apeſta y es dañoſa á los buenos humores de la Salud.

„Y eſto digo, por que bien savreys, Señores, que de mi diligençia y ofiçios en el viage del illustríſsimo e muy glorioſo Almirante, poca ó denguna quenta se haze de memorar la mia calidad y el nombre; acaeſçiendo lo miſmo en lo del Descobrimiento deſta coſta E la Florida, y de que yo fuí el primero que navegó la canal de Bahama; E dello más me duelo por que á contraſte de lo dicho aviene con frecuenzia que los Chroniſtas que paresçe como si no quiſieran deçillo, mas no se olvidan de traer siempre á su pluma de si yo porfiaba en que eſte Yucatán era una ysla, y vuelta E torna á rrepetir que el Piloto Alaminos dezía ysla es; como aſsí poner en sus eſcritos las mormoraçiones de ciertos Capitanes y soldados quando lo de Cortés, que

á caufa del tiempo contrario yo ymportuné para no surgir en aquella Enfenada del paraje. del pueblo de Potonchán, donde ellos se empeñaban en yr á dalles su buen caftigo á los yndios por la guerra que nos dieron quando lo de Córdova, tan bravos y ferozes que le pufimos entonces al lugar aquel *la Cofta de la Mala Pelea*; donde en la ocafión que eftoy diziendo, baftantemente y aun harto y muy airados me maldezían la gente de los navíos colpándome á mí por los haver llevado á defcobrir E á sufrir defcalabros, como ellos dezían, en aquello de mi infistençia que hera ysla y hera ysla. Tambien en eftas quejas que hago, diré la porfía sin Caridad de un çierto Auctor de hystorias que dize y rrepite a manera de dura rreconvençion, como si el herrar no fuefe cofa humana, la parte que yo tube en oyr las ymportunaçiones del Françifco Montejo para que lo guiafe á su estançia de Cuba quando nos fuymos de la Villa Rica y Ulua como Embaxadores del Don Hernando y sus Capitanes y soldados, para llevar á Su Magestad el Emperador el oro avido en el rrefcate con los yndios y las rrelaçiones y Cartas que le enbiaban; con lo qual tuvo cognofçimiento dello el Governador Velazquez, que no querían que supiefe el negoçio.

„Yvolver he á mi rrelaçión, pues eftas cofas digo por que paréfceme no ser bien ni muy jufto que de los unos se lleve tanta quenta de alabanza y cómo eran



LA ANTIGUA

de rrostro y cómo se engalanaban la perſona y quánta era su graçioſidad en el dezir y su diligençia en el governar y su esfuerço en las peleas, y en tanto de los otros se tenga á gala no memorar apenas sus mereſçimientos y serviçio E continuadas fatigas.

„Y baſta, aquí con eſtas rreconvençiones, que vos darán indiçio de que tambien quando se ha la gloria no del todo queda perdida la memoria de haver sido hombres vivientes en la tierra; pues digo que de otra suerte, no moriríamos creaturas mortales, antes bien seríamos Angeles puriſsimos deſde el prençipio de las coſas, e desta manera no havría sido la Redempçión del género humano por la Preçiosiſsima sangre de Iesv Christo Nuestro Señor.

„Y no tocaré más en eſta tecla, soplicando que no me lo tengan por prolixidad y eçesivo deſcontento con los tales chroniſtas.

„Déxalo aquí sin te alargar más, y volvamos á nuestra Relaçión:

••••

—„En eſtos dias de navegar que ya contamos y los dos que nos faltan para llegar al Puerto de deſtino, más que la guía deſta Coſta, será bueno, Señores, y de provecho, que conſidereis deſde mi tiempo los adelantos que ha preſençiado esta Mar, y yo en ella, como Teſtigo de tales e tantas maravillas.

„Las familias de hombres moſtrudos en ydolatrías

E otras fealdades, hánſe mudado agora en grandes poblazones de gente de muy lindo acatamiento, aſsí como son tanto sin engaño y tan liberales de lo que tienen, que no lo creería sino el que lo vieſe, y digo que los dichos pueblos y çibdades se enriqueçen con muy variadas y diverſas ynduſtrias de habilidad E provecho grande y muy notable.

„Lo que primeramente vos quiero señalar, son eſas admirabiliſsimas luminarias de faros que sirven de aviſo y anunçio deſtas Coſtas, cuya illuminaçion meresçe ser alabada juſtamente. E yo mejor que otros, de todo ello he tomado quenta en el traſcurso del tiempo, devido á la vigilante Vida eternal que Dios, que es el mayor y Summo bien fue servido me dar con su santa licençia, otorgando al ánima mia la Grazia de tener divagaçión plaçentera E de mucho agrado por eſtos lugares donde en vida paſé tan crudeliſsimas fatigas y grandes sobreſaltos.

„Con lo qual, quiero dezir y que noteis, Señores, que pueſto que yo havía buena ynſpiriençia en eſtas coſas de navegar, es de maravillarſe grandemente en viſta de semejantes ingenioſidades, cómo los de mi Tiempo y oficio deſconoſçiendo á vezes la derrota E sin señales de ninguna suerte, nos metíamos en contra del viento feroz y las corrientes fortiſsimas en demaſiado grado; y aſsí, por el grand Ánimo y el ningún miedo ó temor con que se acometían las empreſas, salíamos en bien

quando no dábamos de través con las naos y con el Armada e con la vida, ó quando nueſtro propóſsito no lo íbamos llevando á complimiento adereçado con hambres e fortíſsima sed por la falta de coſas comederas y agua E otras muchas incomodidades.

„Seguiré la plática á dezir que con el felíz Deſcobrimiento destas Yndias por el ynſigne y Esforçadíſsimo dom Christoval Colom, y luego las subſçesivas navegaçiones de otros muy valeroſos navegantes y atrevidos Capitanes, avino el hallarſe tan dilatadas tierras e provinzias, de campiñas grandisſimas donde criar ganados de todas suertes, y montañas con muchas minas de oro y de metales, e gente en iſtimable número; siendo muy de notar sobrello y otras coſas la quantidad de Eſpeçierías y plantas de aſombroſo provecho.

„E deſto diré aquello que pueda E como mejor sepa, en eſtas mis groſeras palabras sin primor ni policía y sin Eloquençia ni rretórica en el dezir con buena galanura.

••••

„Quando la Europa más lo havía meneſter, eſte Nuevo Mundo le ofreſçió en abundançia el prezioso algodón, tan neſçesario por no abaſtar á su creçiente uſo la produçión de España y la Siçilia y el Africa Setentrional, adonde fue traydo por los Moros. E aſsí en las Antillas E otras tierras de grande calor y muy mucha humedad, se hallaron los variados filamentos que dan

las çeybas y diverſas palmeras y el pie y coſtilla de la hoja del plátano, y las innumerables pitas y magueyes, como también para uſos más delicados y de luxo se havía de buscar más tarde la fibra de la piña, igual que en lanas se hobo la de la alpaca y la vicuña y la llama.

„Tanto y aun más que en las Yndias Orientales se encontró aquí el añil, y el tinte negro de la xagua, el palo de Campeche, el nombrado ébano verde, el achiote, la bixa, el laurel saſafrás, la capuchina, el palo brazil, y por sobre eſtos tintes aſombroſos, Mégico hobo el rrey dellos, el más grande portento en jugos de teñir, la cochinilla, que deſtronó al murex tan preçiado, y el qual tambien lo crian çiertos lugares deſtas tierras, en las Coſtas de la grande mar del Sur.

„En maderas, tambien la América iba á hazer competençia á los boſques de la Asia, con sus çedros y paliſandros, corales y panacocos y otras ynfinitas claſes de árboles, E muy notadamente la caoba.

„Y aſsí rresinas, açeytes, barniçes y copales y gomas; colofonías tan útiles como las miſmas claſes yndicas y africanas, asfalto como el de Syria y la Judea, el caucho ó goma eláſtica con grand ventaja sobre la gutapercha de Malaſia. Y en perfumes E bálſamos y unguentos saludables, la rresina copayba, el linimiento de Tolú y el liquidámbar, que hizieron olvidar á la myrra y al ynçienso de la Arabia, al benjuí, y al bálsa-

mo de la Meca; y en jugos curativos y en otros de regalo, la vainilla, el guayacán, la anona mofcada, el tabaco, la corteza de quina, la jalapa, la coca, las flores de magnolia, la ipecacuana, la cuafia; y en alimentos nuevos, la papa que ha havido quien la nombre manjar muy regalado y de gran Mifericordia, afsí como la yuca que nos dió el pan caçabi y que agora nos dá la tapioca, y el Mayz que es el trigo deftas Yndias.

„E afsí para no invidiar el privilegio que Dios y la madre natura dieron á rremotífsimas comarcas del Mundo Antiguo, efte Nuevo rrefçibió con muy grande ventaja sobre el otro quantos productos le truxeron dél:

„La caña dulçe, el gengibre, el clavo de efpeçiería, el café, y otros variados frutos de summa utilidad y muy grande rriqueza.

◆◆◆◆

„Estando embebeçidos en todas eftas Pláticas, no se me acuerda si habedes vifto en la pasada noche çentellar el grand faro de Progrefso, que es de los prençipales de toda la península y aun defta cofta de la Nueva España y fuera della en el Mar Caribe y este Seno de México, y más dentro de la tierra á caufa de los baxos de la sonda, eftá Campeche, que nofotros en nueftro tiempo llamamos Lázaro, y es una provinzia que toca con Guatimala y en ella eftá la grand laguna de Términos, que yo fuy el primero en la defcobrir quando

lo de Grijalva en el Año de quinientos y diez y ocho.

••••

„Por quanto agora ya haveis hecho costançia de vista en el gran rrio de Tavasco que hobo nombre del suso dicho Joan de Grijalva, yo vos doy el consejo de dexar estas rriberas E pantanos y volver en la canoa rremando rreçio para vos embarcar presto en la Nao, diziendo al piloto de seguir su derrota, tomando mar antes que se levante el Norte, que es viento travesía desta navegaçión, y que vos aseguro que soplará harto fuerte aun quando vos digan ser ya entrado el buen tiempo.

„Y en tanto se apareja e dispone lo conviniente para la partida, creo sea devido memorar que aquí en esta Barra y desembocadura más bien que en otra parte, se vió la clarissima señal, que en el dezir de hoy nombraríase el *símbolo*, de toda la Conquista:

„Arreparad, mirando atrás en el tiempo las chrónicas E historias, las gentes yndias de Tavasco con todos sus caçiques E papas mostrando no mereſçer el feo ditado de cobardes que les dieron en rrostro aquellos de Potonchán y otras poblazones comarcanas, porque no osaron nos dar guerra quando lo de Grijalva; y assí fue que al volver con el Cortés, se conçertaron aquellos de Tavasco enviando sus Escuadrones por el rrio y la rribera haziendo muy grandissimo destroço en nuestras gentes.

„Con lo qual se moſtró la defensa y el acometimiento de la pelea en favor de lapatria que á todos los pueblos y familias de gente señaló la Providençia.

„E al miſmo tiempo, con los aplacar y someter á la piadoſa coſtumbre de adorar y rreverençiar lá Santa Cruz y açetar el serviçio del Rey nueſtro Señor E le dar acatamiento y hazerse hijos sumiſsos de la Ygleſia nuestra madre, se complían los sapientíſimos deſignios de la Divina Miſericordia por la Redempçión y salvaçión de tanta Gentilidad.

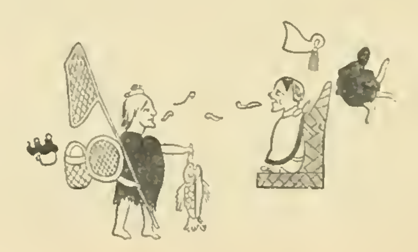
„Con lo que dicho queda, avreis de tomar quenta de lo muy providençial de aquello que avino luego, con la llegada de aquella muy ecçellente muger que por el Baptiſmo hobo nombre de doña Marina, la qual llegaba para nos ayudar y servir E hazer nos amables destas gentes, como si fuera un preſente de toda su Raza á la nueva ley y vasallage que por Chriſto y por su Magestad traya nueſtra Armada; pues que sin hablar agora de los mereſçimientos propios de tan valerosa yndia E señora de lindo pareſcer y caçica de rraríſimo Entendimiento, los suçesos poſteriores demonſtraron y provaron que sin Ella la grande e nunca viſta empreſa huviera sido harto más dificultosa y también diré que imposible entonçes.

„En todo lo qual se ve la mano de Dios Nuestro Señor cuya santa Cauſa era ganada en lo seguro deſque una muger daba la señal de que todas las muge-

res de su tierra y Naçión havian de abraçar la ynſignia de la verdadera Fe, con muy grandes deſeos de se salvar y tener por rreina á la santíſsima Virgen, y ello con grandíſsimo apreſuramiento como el que deſtos bienes se siente falto, y aſsí acaeſçieron con menos eſtorbos las novíſimas coſas que iban á suçeder en el imperio del señor Montezuma y otros rreinos veçinos deste que entonçes era muy fragoroſo mundo.

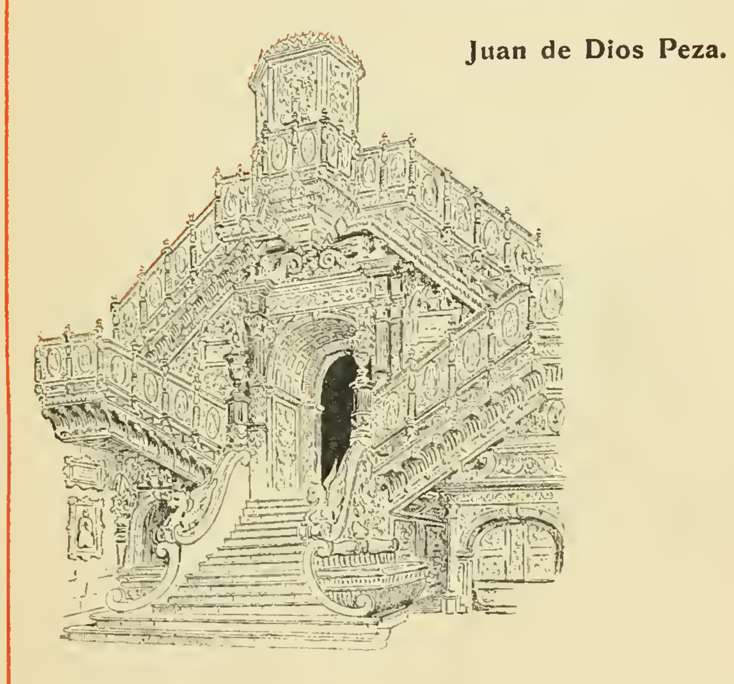
„Oh, E quan grato es deçillo, que eſta grande conquiſta de las almas y los coraçones y aquellos benefiçios de tan nuevas rriquezas deſcobiertas al mundo por la España, complidamente hayan sido loadas en aqueſtas palabras de un mexicano ynsigne, muy valoroso general de Miliçias, y poeta y eſcritor y Diplomático; que dixo:

„. . . y por eso, á pesar de que aun pueda tenerse por una paradoja, el historiador debe decir que el descubrimiento del Nuevo Mundo era una necesidad de la ciencia; su ocupación, un derecho de la humanidad, y la conversión de sus habitantes al Cristianismo, una exigencia ineludible de la civilización y del progreso.„



. . . en frente del porvenir,
Veracruz quiere decir
Puerta de la Libertad.

Juan de Dios Peza.



Cap. VII

CAPÍTVLO SÉPTIMO

DE LA LLEGADA Á ULUA
Y FINAL DESEMBARCO EN LA VERA CRUZ,
CON LO QUE SUS PRIMEROS ALCALDES Y RREGIDORES
NOS MOSTRARON
AÇERCA DE LA QUE SE LLAMÓ
LA ÇIBDAD DE TABLAS

Los empleados de la Estación Hidrográfica de la barra de Frontera—en la desembocadura del Grijalva, ó río de Tabasco—nos dijeron que el anuncio sobre el tiempo seguía favorable: un fuerte *norte* batió días pasados la costa del Pacífico, mas la racha detúvose, expirante, aplacada su furia, allá en Tehuantepec.

Fué, aseguran, la airada despedida del viento azotador—por siete meses—de estas regiones.

Ya es entrada, de días, la estación bonancible, de navegar seguro por el Golfo...

Y, sin embargo, hoy son insorportables la calina y la calma, que algo tienen de sombría amenaza...

El Comandante, muy serio y preocupado, dice temer que un mal concepto de su pericia lleguemos á formarnos, pues que hasta hoy ha sonreido irónico á nuestras infantiles temerosas preguntas sobre el tiempo... Y he aquí que desde anoche el barómetro baja, borrando de los labios del marino la irónica sonrisa con que antes contestara á nuestras temerosas infantiles preguntas acerca del peligro ó posibilidad de un *norte*, que, no sólo nos obsequiase un poco grato zarandeo con protestas del hígado y las tripas, sino que diese al traste con nuestros cálculos del tiempo disponible—harto angustioso, sin ni siquiera un día en la partida de lo „imprevisto"—para dar cumplimiento al programa trazado de la *Ruta*.

...Baja el barómetro; suben por la gola ansias y flemas; el bochorno asfixia; pegajosos sudores entumecen la piel; aumenta el balanceo, á cuyo ingrato compás, en el cerebro danza también una indecible náusea, hecha bola, que va de la una sién á la otra sién; chirría quejumbrona la obra muerta; cada cabello diríais se ha tornado un alfiler sutíl que el cráneo convierte en acerico; brama el agua, y asmáticas respiran chimeneas y válvulas; y el ventarrón á mugidos abofetea al barco, y éste, á veces—en la orzada violenta, no alcanzando á evitar que fuera del agua las hélices funcionen—en estruendo infernal de terremoto sacude de su cuerpo la osamenta, ¡y allí al batir de puertas,

campanear los vidrios, y, al menor descuido, volar hechas añicos las vajillas!...

Más tarde, ya en el puerto, sabemos la unánime opinión de que este *norte*—sábado 16 del mes de Abril—ha sido el más violento en todo el año...

La „despedida“, pues, no fué allá en el Pacífico. Gozámosla nosotros en el Golfo de Méjico. Y fué gran suerte: ya que así, no hubo en el viaje ni siquiera un lunar... No faltó nada para hacerlo completo y *bien documentado*: el mar benigno, favorable el viento, trato exquisito á bordo del *Mórelos* (de cuyos Comandante y oficiales hubimos atenciones y finezas sin cuento) deliciosas horas de estudio y de reposo y hondas meditaciones, salutíferas auras para el cuerpo y efluvios bienhechores á la higiene del alma... ¿No hubiera sido, pues, muy triste y doloroso—casi un fracaso—una „mala nota“, haber rendido la marítima etapa de esta empresa sin conocer, por experiencia propia, los trágicos encantos de un *nortazo* como el del día último?

Del cual, por cierto, dirían el andaluz piloto competente, de antiguas correrías por el Golfo, ó el viejo capitán—veraz cronista de aquellas aventuras—que „*tan subitáneo, tan recio* y *tan contrario se revolvió aquel viento, que todo en el navío eran trompadas, que nos pusieron los humores del cuerpo y el sentido en tal alteración y sobresalto, que no se nos asigura-*

ban en el cuerpo los alimentos ni el corazón tampoco con la grande temor de aquel suceso"...

••••

Por el guía indicados, más que vistos—el mareo y la „danza" para otras cosas nos quitaron el ánimo—los puntos principales de la costa señalemos al vuelo, de pasada:

Ayahualulco, el paraje donde los primeros hispanos que con Grijalva por aquí vinieron, viendo brillar de lejos los escudos de concha de tortuga que embrazaban los indios, creyeron fueran sendas rodelas de oro, nada menos.

Luego, señálase con una mancha terrosa en el agua costeña, la desembocadura del río de Tonalá—también llamado río de San Antón.

Más tarde, la ensenada que ha nombre de Coatzacoalcos—hoy *Puerto Méjico*, uno de los extremos del Istmo abierto ha poco, por el ferrocarril, á la tan deseada comunicación expedita entre los dos océanos—donde tradición pía dice que el dios-apóstol de la luenga barba y blanca veste honesta, el dulce Quetzalcoatl, despidióse de sus fieles adeptos, embarcando en su esquife de argentadas escamas, y dejando á sus súbditos á guisa de consuelo la segura promesa de que él y sus doctrinas volverían á señorear y hacer feliz á Anáhuac...

La laguna, puerto, ciudad y río de Alvarado, en la

barra del verde Papaloapan—*río de mariposas*—cuyos brazos, é isletas de flotantes acuáticas, y boscosas riberas, forman de la comarca el paisaje más bello: marco, guía y camino de Tlacotalpan, la culta, hospitalaria urbe *jarocha*, que ofreciera un día á los conquistadores—prenda de liberalidad no desmentida nunca en estas gentes obsequiosas y francas—los sabrosos pescados de sus aguas, y que, aun hoy, es para el visitante grata jornada que hacen inolvidable la gracia y veste típica de sus lindas mujeres y la amistad leal de sus hombres tan nobles y expansivos.

Del río de Jamapa el curso remontando mentalmente, entre bosques de plantas aromosas y huertas pródigas en frutas esquisitas, se esconde Medellín, que debe á Don Hernando su antigua fundación en homenaje de filial recuerdo á la villa extremeña donde el héroe diera su primer saludo á la luz de la vida.

Y entre las grises manchas de la costa, bajos, peñascos, acantilados, playas—sobre todo lo cual, sombras de nubes y brochazos de sol pintan un lienzo de raras perspectivas—y que van estrechando el horizonte á la proa del barco (¡valeroso, resistente *Morelos* que al furibundo *norte* la cara no volvió ni un solo instante, siguiendo la derrota sin desviarse una línea!) destácanse, más próximas, la isla Blanca de arenas relucientes, la Verde así llamada por su vegetación, y luego la del nombre siniestro: Isla de Sacrificios—

¡lástima no arraigase en la costumbre su nombre posterior, *Jesús del Mar*, expiatorio de la antigua ignominia!—cuyo suelo rojizo, y en la noche su fanal de luz roja, pensar hacen en la sangre vertida sobre el ara del „feo Tescatepuca", el ídolo *mostrudo* y *espantable*...



....

„Trefçientos y nobenta y un años menos quatro días son complidos cabales defque hize fondear aquí en Ulua, como prençipal Piloto della, el Armada del esforçado dom Hernando Cortés.

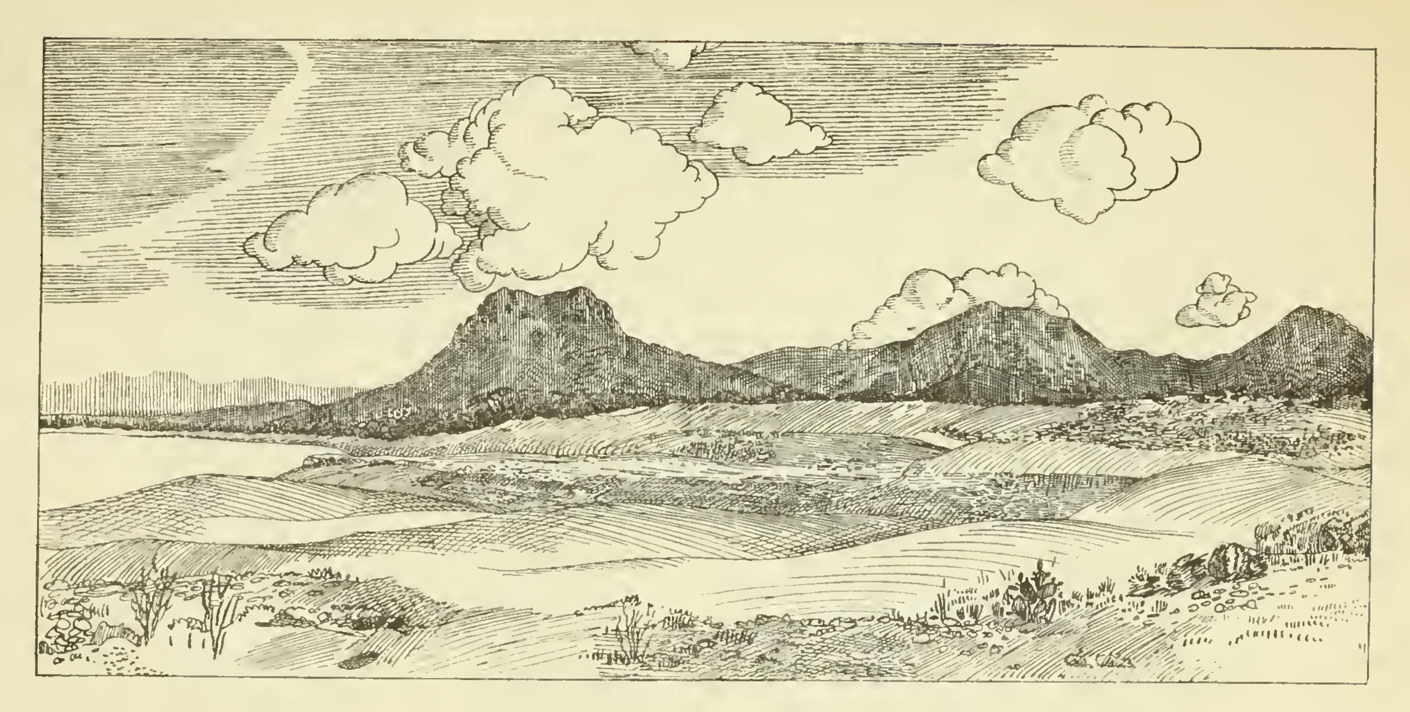
„E agora quiero enantes de me defpedir dexando Vos en manos del Cabildo que llega—ya los veis en las grandes canoas al alcalde Alonso Hernández Puerto Carrero y al otro alcalde Françisco de Montejo, al capitán de Entradas Pedro de Alvarado, y al maeftre de Campo Criftoval de Olid y al alguazil mayor Joan de Efcalante, al Teforero Gonzalo de Mexía, al contador Alonso de Avila, al fulano Corral que es el Alferez, y rregidores, el escribano, alguaziles, y afsí el Procurador y otros vezinos—digo, pues, que aquí en San Joan de Ulua donde efe Fuerte vos habla del empeño Efpañol por foftener su dominio de siglos, afsí, como eftos surgideros dizen haber sido el Puerto tan nombrado y famofo donde defde el prençipio vinieron á

desembarcar las mercaderías y bastimentos E las provisiones para la Nueba España y Mégico; aquí como lo voy diziendo, quiero Vos dar la mia despedida, acabando la plática y Discurso de lo que dixe enantes açerca de la grande y mucha y mereçida fama que dió á nuestra Castilla el fortunado Descobrimiento destas Yndias y yslas.

„En eso, por lo que aquí nos toca, al hablar del comerçio y de los tratos y rescates tan grandes y ymportantes en esta Villa Rica de la Vera Cruz nueba, se comiença con el trueque de Sartales de quentezuelas verdes y caxcaveles, camisas y diamantes azules y Espejuelos y piedras margaritas y demás baratijas, por joyezuelas de oro y Plata, y algodón y muy vistosas plumas, gallinas de la tierra y piñas y çapotes, y contemos también aquellas hachas de Cobre que una vez las tomamos como oro, y fue aquello de Engaño por engaño, E otras cosas que trayan los yndios que venían á tratar con nosotros.

„Antes de que fuese estableçido el Serviçio que se llamó de flotas, en el Año de mill y quinientos y sesenta y un años, quarenta después de la Conquista, no fue de mucha nota el giro comerçial por estas aguas y Puerto único de la Nueba España; mas desde aquella fecha hasta acabar el siglo, no baxaron de veynte las Flotas que arribaron aquí á esta Vera Cruz.

„En la otra çenturia siguiente, fueron sesenta y seis,



LUGAR DE LA SEGUNDA VILLA RICA

y en la otra veynte; deviéndose el ser tan pocas en el número, á las guerras que hobimos con la Inglaterra, y habiendo cuenta de que además de las flotas vinieron en dos períodos de una dozena de años cada uno, otros çiento y sefenta y quatro Buques en el primero, y mill y çiento y quarenta y dos en el segundo.

„Por cargo y quenta de Su Magestad afsí que de particulares y negoçiantes, trayan los Navíos de las flotas, azogue para minas, pólvora, cañones de bronze, Balas y granadas de mano, piedras de chifpa, Fufiles y piftolas, fierro en barras y lavrado, clavazón y herrage, Azero, alambres y hojas de lata, rrefmas de papel, çera, Canela, livros, aceyte, vino y aguardiente, fardos de Bulas y otras menudençias; y se llevaban oro en pafta y amonedado, plata en Cuño y lavrada, grana fina y sylveftre, Carey, tinta de añil, vainillas, cacao de Soconufco, garbanza y purga de Jalapa, bálfamo, çebadilla, Copal, zarzaparrilla, Azucar y achiote, meneftras, palos y tablones de variadas maderas, loza, jerga y algodón suçio, pimienta de Tabafco, palo Campeche y otras muchas E ricas mercaderías en grand valor y quantidad notable.

„Si hazeis, Señores, que vos mueftren la última *Balanza* del Comerçio marítimo en la que por última vez se eftampa que se fizo *en complimiento de las Ordenes del Rey* [año de Mill y ochoçientos y diez y nueve años] avreis de ver en ella que se refumen afsí

y defte modo las notiçias que sobre la materia da el *Confulado de la Vera Cruz:*

„El comerçio total de Entrada y de salida, que se hizo en dofçientos y diez y nuebe Buques, fue de diez y ocho millones seteçientos y ochenta y tres mil nobeçientos y setenta y ocho Pefos fuertes; y para comparar el progrefo E los tiempos, tan solamente en el Mes de nobiembre del último año pafado ó séase el de Mill nueveçientos y nueve años, el movimiento de entradas y salidas por efte Puerto [rrefiero aquí tan sólo el Tráfico internaçional, no contando el nombrado de Cabotage] eftá reprefentado por treynta y seis navíos y çincuenta millones y uno más de quilos de mercaderías, con un valor en Pefos megicanos de ocho millones trefçientos y ochenta y ocho mil y çiento treynta y çinco.

„Es de notarfe para hazer más notable la Comparaçión defte tan enorme progrefo, que en los tiempos del Virreynato el comerçio se hazía cafi totalmente por efte Puerto de la Vera Cruz, y en nueftros días aun confervando la primaçía sobre los otros puertos de los dos Ocçéanos y afsí sobre las aduanas de la frontera Norte, su movimiento reprefenta á penas la quarta parte del Comerçio esterior total de la naçión de Mégico, que en el sufo dicho año pafsado afçendió á *treçientos y ochenta y siete millones* y muchos más miles de Pefos megicanos...“



El transcurso de los siglos no había de desmentir ni siquiera amenguar, antes bien todo lo contrario, la importancia que tuvo desde un principio esta Villa, cuya fundación y los móviles que la determinaron ofrecen uno de los ejemplos más notables en que se puso de manifiesto el gran talento político de Hernán Cortés.

Las sombras tutelares de aquel puñado de guerreros, convertidos en munícipes de la noche á la mañana, nos guían y acompañan en la rápida ojeada retrospectiva que traza el desarrollo y el progreso de esta ciudad.

Y, efectivamente: nadie mejor que ellos ni con mayor derecho, podían asistirnos, complacidos, en tal exploración.

Ellos—las sombras de Hernández Portocarrero, Montejo, Alvarado, Olid, Mejía, Escalante, Avila, y cuantos con los pocos citados asentaron aquí la piedra fundamental de la gran obra á que estaban llamados—los cuales, si es cierto que desde este punto de base y de partida habían de ir regando las prepotencias y horrores que abonaban la índole de la empresa, su oficio y el espíritu de la época, también es indudable, y es justo reconocerlo, que dejaron aquí la savia

fecundante de su temperamento tenaz y sostenido, de su carácter fiero y de su alma heróica. *Valores* todos, que no han dejado ni un punto, durante cuatro siglos, de dar sus frutos lógicos.

Tales frutos, vedlos en el diorama cronológico, ideal, de esta ojeada:

....

Unas cuantas chozas en la arenosa playa de Chalchihuecan; luego, algunas bodegas, que sirven de depósito á las mercaderías que no pueden ser llevadas prontamente al interior, tres ventas, una pobre capilla y varias casas; después, decretado el definitivo establecimiento de la Vera Cruz en este lugar, lentamente van agrupándose en las márgenes del Tenoya las construcciones de madera que forman lo que llámase la *Ciudad de Tablas.*

Este es el primer cuadro; y esto—dice un historiador veracruzano, muy amante de su cuna—puede llamarse su vida de gestación, cuando recogían los primeros vecinos, humildemente, maderos de las embarcaciones varadas y con ellos fabricaban sus ventas, sus casas y sus chozas...

El espíritu con que fueron desarrollándose el crecimiento y la importancia de la localidad, lo pone de manifiesto el hecho de que, á los pocos años de haber asumido, en cierto modo, el carácter de población formal, estable y con vida propia bien asegurada, me-

reció el título de ciudad y el rango de cabecera de provincia, y—añade el aludido cronista—á despecho de los envidiosos de su progreso que con desprecio la denominaban *de Tablas* aparece gallarda con su espléndida fortaleza, inexpugnable para el tiempo en que se levantó; con numerosa flota fondeada en su bahía y amarrado cada vaso á la cortina del fuerte; con su Casa de Cabildo, residencia también del Alcalde Mayor que regía la provincia; su Real Aduana, en que los oficiales reales con título de Tesorero y Contador despachaban las flotas y percibían los impuestos; su Casa de Inquisición; sus siete iglesias, todas con campanario de aguja; sus dos hospitales, y finalmente su extenso caserío, modesto por la construcción, pero tan ordenadamente distribuído que pudo llegar á ser, sin grandes reformas en el trazado, uno de los más regulares de toda la nación.

Esta ciudad que por su orígen, su historia y su carácter es la más española de todas las ciudades mejicanas, dió en el siglo pasado la floración más rica de aquel polen vital de empuje y heroísmo que la legó el pasado.

Como antes pagó, con valentía en la defensa y con estoica resignación en la desgracia, el tributo que su prosperidad debía á la codicia y al pillaje—sufriendo impertérrita las ofensas de ingleses y piratas—así en los tiempos modernos hubo de la historia y la patria

el galardón de merecer tres veces el diploma de *Heróica*:

El año 25, luchando denodadamente en pro de la completa independencia nacional, bajo los fuegos del castillo de San Juan de Ulua, donde durante cuatro años se encerró y se sostuvo tenaz el postrer testarudo esfuerzo del dominio español; el año 38, rechazando en las calles, cuerpo á cuerpo, á las tropas francesas que mandaba el hijo de Luis Felipe, en tanto que los cañones de la escuadra de Baudín convertían la ciudad en un montón de escombros, y el año 47, haciendo frente hasta el último extremo á la invasión yanqui, cuya flota de guerra vomitó sobre la población ríos de fuego y montes de metralla.

En cuanto á su progreso material—llamado justamente „el índice más expresivo del adelanto del país" —el paso más grande, gigantesco en verdad, dado en el camino de la transformación de la antigua ciudad de chozas, bodegas, almacenes y casonas de tablas, lo señala la historia de Veracruz en los últimos treinta años.

Mirando á aquella fecha, considerad el cuadro que pintan muchos contemporáneos no muy viejos:

La bahía, por lo desmantelada, era el espanto de la gente de mar, justificando plenamente la poco halagadora noticia que consignaban los libros sobre navegación, cuando decían que „intentar correr un norte

dentro del puerto, era en extremo peligroso, porque el viento soplaba más recio dentro que fuera", y aconsejaban que no se avistara el faro de Ulua sin la certeza de procurarse un fondeadero antes de la noche... Los buques de un calado mayor de diez y ocho pies, debían anclar frente á la isla de Sacrificios. Y esto basta á autorizar la suposición de que, en tal época, por el año 1880, las condiciones de seguridad del puerto no serían mucho mejores que las que éste tenía á principio de siglo, á que se refieren estas dos notas que extractamos de informes oficiales de la época:

„...Ha habido naufragios en el puerto por los impe„tuosos nortes, haciendo faltar las amarras á cinco em„barcaciones que se han ido á la costa, y perecido con „alguna gente. Los cables y calabrotes de henequén no „resisten tanto como los de cáñamo, pero sean de unos „ó de otros, necesitan venir los buques bien provistos „porque rara vez se les puede dar socorro„... (1804)

„Un furioso temporal que se experimentó en este „puerto en los días 8 y 9 de Setiembre último, y con „una mar tan formidable que subió por las murallas, „rompió las puertas que estaban cerradas y atrancadas, „doblando los cerrojos de bronce y haciendo otras „averías de bastante consideración, ocasionó la pérdi„da de varios buques; dos bergantines, cinco goletas, „dos paylebotes, tres bongos y un barcolongo, todos „costaneros, con más nueve barcos pescadores y pe-

„dreros, siete guadañas y la falúa y bote del resguar„do. A la fragata *O* y á los bergantines *Alerta* y *Saeta* „les faltaron los cables, y hubo en la bahía otros mu„chos descalabros...“ Total, *34 embarcaciones*, hechas pedazos la mayor parte de ellas. (1807)

••••

La población—nos referimos siempre á treinta años atrás—vivía como aprisionada en el recinto amurallado, fuera de algunas, pocas, casas que se levantaban en las barriadas exteriores de La Caleta y Los Cocos.

Los edificios, casi todos trazados con arreglo al patrón de una arquitectura impropia del clima y sobradamente mezquina, distaban mucho de dar á la ciudad el aspecto que requerían su importancia y su riqueza.

En las calles, horriblemente empedradas—las que lo estaban—se estancaba el agua en putrefacción y amontonaban las basuras, los detritus de las casas, y á todas horas se exhibía el espectáculo característico de Veracruz—cuya desaparición deploran, seguramente, los editores norteamericanos de tarjetas postales ilustradas, con las que hacen una tristísima propaganda del *Méjico típico*... y „bárbaro“ según esos amigos:

En las copas de los árboles que son el mejor y más grato ornato de las plazas de esta ciudad; sobre las azoteas, cúpulas y campanarios; en los aleros, por el arroyo y las aceras, se posaban ó discurrían en negras

asambleas al aire libre, cientos y millares de zopilotes, antipáticos pero después de todo beneméritos bicharracos á cuya insaciable voracidad estaban confiados los más eficaces servicios de policía urbana...

••••

Pocos renglones, son suficientes para evidenciar la magnitud de la transformación:

Comenzó ésta el año 81.

Derribadas las murallas, los arenales circunstantes se convirtieron pronto en populosos barrios, parques, paseos y amplias avenidas.

Las obras del puerto han extraído de él diez millones de toneladas de arena y madrépora, han construído escolleras y dado á los muelles una extensión de cuatro kilómetros y medio.

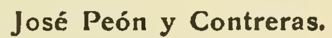
Y en los terrenos que se han ganado al mar, va levantándose la ciudad nueva, de la cual son ya una realidad suntuosa y magnífica los palacios del Correo y el Telégrafo y el de la Inspección de Faros.

El asfaltado de las calles, las obras de alcantarillado, el abasto de aguas, las nuevas construcciones, el saneamiento general de la población y sus alrededores, la victoria alcanzada sobre el terrible *vómito prieto*—fiebre amarilla,—y en suma, las condiciones todas de la vida de hoy en esta culta, noble y leal ciudad, que es "la puerta de Méjico que mira á Europa", hacen de Veracruz uno de los mejores timbres de justo orgullo

á honra del gobierno central, y el más acabado elogio que harto merecen su honorable Cabildo y su simpático vecindario, herederos legítimos y parientes directos de los primeros regidores y primeros vecinos de aquella Villa Rica, donde alentó primero — en un mundo que iba á salir de una tiranía para aguantar el yugo de otro dominio — el espíritu de la más democrática expresión de autoridad: el *Municipio*...



Flores y palmas y frondosos árboles
ostentan á mi paso su esplendor.



José Peón y Contreras.



Cap. VIII

CAPÍTVLO OCTAVO

DEL RRELATO QUE ESCRIBIÓ AÇERCA DESTA JORNADA
HASTA LA VILLA RRICA, QUE FUÉ LA SEGUNDA VERA-CRUZ,
EL ESCLAREÇIDO HYSTORIADOR
E VALIENTE CAPITÁN DE LA CONQUISTA
BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

....



RANDE cuidado de ánimo me da E mayor confusión al bolver ahora con la pluma En la mano después de los años mil como dizen, en cuio caso me amparo de la gran misericordia de Nuestro Señor que Es el socorro Verdadero, y diré que las Graçias muy cumplidas quiero dar Aquí á los auctores desta Crónica, que se las doy desde el Comienço de mi rrelaçión, pues que Ellos quieren y porfían que yo la Escriva. açerca desta primera Jornada A cavallo que con los dichos he venido haziendo por los acompañar en Este tan notable Viaje del çelebrado Año, y con motivo del subsçeso famosíssimo que Nos trae otra vez á la tierra á los Esforçados Capitanes de nuestro tiempo. E ansí,

diré que ahora venimos desde el rrio y parage del Antigua hasta el Poblado del nonbre de San Carlos, donde tan buen rreçibimiento Emos avido. Con lo cual se asiguran y demuestran ser çiertos los ynformes que ya dexé escritos En mi Verdadera rrelaçión cuando avino lo del descobrimiento E Conquista deste rreyno de México y la Nueba España, que dixe ser estas poblazones de la lengua totonaque muy buenas gentes y harto Afetuosas en su Trato y maneras. E aquí en este punto, es donde quiero dezir que sí doy grato oydo á la súplica de llevar Cuenta y hazer una ynformaçión de la Primera jornada deste Viage, lo qual haré con el ayuda de Dios muy llanamente. Y no me lo tengan esto que Estoy diziendo por sobrada prolixidad, porque yo he de dezir lo que pasó y no lisonjas vanas, que harto Es sabido que yo no soy Maestro en estas artes de Escrebir. como quien dello Entiende por ofiçio, ó disposiçión de su Natural ó don del çielo, que ellos conçiertan y hordenan sus escrituras y hazen primero un prólogo y Preámbulo, con rrazones y rretórica muy subida porque los Curiosos letores tomen melodía y sabor para podello dezir tan sublimadamente como es dino. Que si yo Es çierto que no lo puedo hazer de tan linda manera, tengo que la Verdadera puliçía y agraçiado conponer es dezir verdad. Assí que me lo disçimularán A trueque de la berdad, puesto que nadie como yo pasó á estas Tierras tres

vezes arreo, como Yo, y ahora la quarta vez con estos Coronistas, para ayudalles con mi ynspiriençia En todo lo destas partes de la Nueba España. De manera que dirán porqué el Capitan este buelve á buscar pan de trastrigo en tales Ofiçios de papel y tinta y Pluma, sepan y Entiendan que assí me plaze azerlo y es de mi boluntad por haberme lo pedido E rrogado con muy meliosas ymportunidades disque por me honrrar en la Buena yntençión y por grande rrespeto á mi nombre E modo de Escrebir rrelaçiones, que no lo hago para vuscarme otras ynvidias y Burlas y más hofensas como las que me izo en la dicha antigua rrelaçión que yo Escrebí, aquel perberso y mentiroso frayle de nuestra Señora de la Merçed, que tan contraria la hobo con la dicha Hystoria, llenándola con tales borrones y Mentiras que ojala no se hubiera Él muerto de su muerte Amén y Dios me lo perdone. Volbamos á nuestro cuento E quédese ahí el hablar más de las torpedades Que hizo en mi contra el nonbrado fray Remón ó rramón que sea hido con la mala bentura á hazerles conpañía en los ynfiernos á todos quantos los Coronistas no son Verdaderos, y en cambio son harto Invidiosos y maldizientes. E digamos como en lantigua fueron á nos Esperar por mandado y orden del Governador que está En Xalapa, unos soldados que se dizen Rurales y había allí también Cavallos para nuestro Serviçio y uso en el

biage, y un fulano señor Felipe Figueroa que he oydo dezir que ha sido Autoridad en estos pueblos Comarcanos y es muy Entendido y Conosçedor de los lugares y caminos destas partes, y un famosíssimo don Cruz de Acosta el qual no se crea que sea muger, sino muy ombre del Campo, y quando mozo fue En guerras y rrevueltas y Escaramuças. Del cual he dicho aquello de no es muger por si alguno lo pensaba assí por el nombre de Cruz, que es costumbre dezir la cruz y no el cruz, pero á exemplo de que en esto no ecsiste ley antes bien Es cosa de Costumbre verán que se dize también la Santíssima trinidad y hay don Trinitario, y fue un santo muy barbudo San Antonio abad y vean quántas mugeres se dizen antonias, como hombres Guadalupe y Margarito y Ynés, E déxalo aquí, que todas las maneras y modos de llamarse son buenas en siendo Christianas como enseña la Dotrina, y no nombres Gentiles y de Paganismos como uno que le dixeron en el baptismo Perigeo por que se vio que assí lo dezía el Calendario açerca de la Luna el dia del nasçimiento de la creatura, y otro lo nombraron Grito por haber naçido quando la fiesta y Celebraçion del grito que dieron en México para dexar de ser mandados por España. Estábamos diziendo, de la llegada al lugar de la Antigua y diré que salieron tambien el Alcalde y otras gentes Prençipales del pueblo á nos dar el parabien venidos con grande acato y demostraçio-

nes de muchas queriçias de que nos holgamos mucho, E al otro lado del rrio nos esperaban assí mesmo otros ymportantes Veçinos tambien con el Alcalde y alguazil y el Secretario y el Justiçia, todos del por mí ya mentado pueblo de San carlos que es obra de tres leguas distante de la Antigua en el camino de la Villa rrica. Todos nos hizieron grandes halagos E dixeron tales palabras y ofresçimientos que se lo tubimos en merçed. Y entramos con toda la compañía en el suso dicho pueblo de la antigua que bien se me acuerda de quando lo mandó fundar nuestro don Fernando Cortés, y está en la Orilla del lado izquierdo del rrio que se nombra del mismo Nonbre, y es lugar Ameno de muy buena vista con las Casas que aun estando muy çerca no sE logra vellas por causa de la viçiosa vegetación, con muchos Palmares de cocos y Arboles de naranjas y Limas. y otros que dan frutos de mangos Manilos y zapotes de los que llaman zapotes mameyes Y en tanto que tomaban los del Viage algun rrefrigerio, Muy amistosamente disputaron los dos Alcaldes, porque el de allí dezía donde van con la estremada Calor destas horas y Aquí tenemos muy gran Voluntad de los acomodar lo bien que se pueda y hospedar por Este dia, y ya señores se irán mañana descansados y el otro Alcalde á porfiar que se había dispuesto la Comida del medio dia en San Carlos, y el primero pues nos partirEmos el plazer de ha-



RUINAS DE CEMPOALA

ber á huéspedes estos Caballeros y quédense hasta la tarde que no hará tan rreçio sol y se irán Con la fresca y En mejor ánimo que ahora. Y á todo lo qual los dos señores Coronistas que llevan la disposiçión y ordenança deste Viage dixeron, graçias les damos por sus Enpeños de hazernos quedar pero ahora mesmo sin dilaçión nos emos de salir de aquí E no se hable más dello, que tenemos el tiempo muy medido para lo que tenemos de hazer, y assí vea el cabo de los Soldados que los Cavallos estén muy apunto. Con lo qual luego nos fuymos muy de priesa haviéndonos despedido Con grandes y muy afetuosos saludos de aquellas prençipales autoridades y Vezinos del Pueblo, y salimos con el assombro de cantidad de mochachos de Escuela que se maravillaban de ver tantos Caballeros con su Escolta de soldados rrurales y los que vinieron de san Carlos y el Alguazil que hiba delante por Guía y los demás de dos en dos con buen conçierto. E ansí mesmo salian los hombres á las puertas de las Casas y muchas mugeres llevando flores en los cavellos muy lucios y polidamente arreglados con Bálsamos de olor como por gentileza y á manera de galanía, que ansí Es de uso en aquella Provinzia de la beracruz que la gente es muy limpia y Aseada de su persona honbres y mugeres con sus rropas blancas y con mucha Conpostura. E ahora diré como híbamos adelante por un Camino de

arenal y assí por Ello de gran fatiga para los cavallos, marchando con el mesmo Conçierto de la salida y sin gran apresuramiento por ser la Jornada corta y sostener Conversaçión con los de la conpañía de san Carlos, que hera Gente de mucha liberalidad en el dezir y mucho Agrado con nosotros. como si toda su vida nos hobieran tratado, y todos Estábamos á oyr las alegres rrazones del don cruz de Acosta, que lo conoçen como rruda en todas Estas partes y no le dizen sino es don Cruz arriba y don Cruz abaxo, y ansí lo nonbraré En adelante, don cruz el jarocho que deste nombre les llaman á las gentes Campesinas de la Comarca costera deste Estado ó provinzia de la Vera-Cruz. El qual era Estremado hombre de Cavallo, algo Sordo que casi no oya haviendo nesçesidad de gritalle las cosas con grandes vozes, aunque él Entendía las rrazones y lo que le dezían por el movimiento de los lavios, y de sus años de Edad no sé qué me diga porque ya dizen Que quando el yndio encaneçe el blanco desaparesçe. Y era prieto de color y alto y Seco de las carnes, muy buen Dezidor de cosas graçiosas como Andaluz que assí ablan los nombrados jarochos siempre muy ponderativos y hasta un tantico Enbusteros no por Malizia antes bien por divertir la conversaçión, y de la cara y el rrostro Y las faiciones como si todo fuera no más la piel y los tendones, pero muy amable y Serviçial como No se puede Encareçer bastante. Y

siguiendo al paso nuestro Camino por la calor y el arena y cuidando de no adolesçer en el viage por tan Estremado sol, el señor rrubio y blanco que Era del rramo de la Justicia en el pueblo de San carlos donde ybamos nos hizo ver unos Montezuelos y médanos de tierra y Arena que por allí hay no muy altos y como hechos de Artifiçio, diziendo á mi se mE figura que esos son ocultamientos muy antiguos de los yndios ó casas ó Cues que dexaron Enterrados quando se despoblaron estos comarcanos de Çempoalla, y él tiene nonbre de ydolos Pequeños y otras cosas de Barro coçido que ha Encontrado en algunos lugares de montezuelos como estos, que hay Muchos dellos en la Montaña y monte baxo que no se ven por los muy tupidos Arboles y grandes malezas En maraña, y El no ha cavado más y con buen conçierto como se devía hazer por falta de tiempo y de Dineros que gastar. Y hablando assí destas cosas pasamos por unos buenos Prados que todo esto Está harto mudado de lo que era en mi tiempo, y allí nos topamos con unos pastores de Ganado que todos Ellos conosçian á los hombres de Autoridad que allí venían, E nos saludaron con muy buenos modos y meliosos saludos y uno á uno á darle la mano al don Cruz, y de que uno le dezía cómo le va Compadrito y qué tal Las milpas de aquel rrumbo no hazía sino abrazalle y mostrar gran rregoçijo, que lo Estiman y tienen En mucho acatamiento

al dicho don Cruz por saberse que él tiene trato y grande Amistad con al Ecçellentíssimo General que ahora es Presidente en la Gran çibdad de México como prençipal rresidençia del Govierno y capital de toda la nación, Pues quando el suso dicho General que se dize don Porfirio Díaz iba por Estas fragorosas soledades y lo perseguían y estaba en desgraçia de los que entonçes mandaban En el govierno, el dicho don Cruz entonçes le traya los aprovisionamientos de cosas Comestibles y dello se Acuerda siempre el jefe y se lo tiene En grata Memoria para reçibillo y lo tratar llanamente E igual que como Camarada y amigo viejo, E por no' me alargar más en estas pláticas diré como á cosa del medio Dia y aun algo después llegamos á San Carlos donde unos mozos jóvenes disparaban unos tiros á modo de Descargas como rregoçijo, que era muy de ver como aquellos disparos subian alto alto y Arriba hazían otro Estruendo con variadas luçes de muchos colores que no se vían bien por la eçesiva Claror del dia. Y una vez estubimos muy conbenientemente acomodados En la misma casa del Secretario, se dispuso allí de Comer con mucha Abundançia de vinos y Aguardiente y cosas de Dulçe y variadas viandas, y sirbieron en la mesa una Sopa de pan tostado y huevos de gallinas al uso que dizen á la beracruzana y que es del mesmo modo de Castilla y que yo oí dezir A los jóvenes del Viage que

ellos havian comido de aquella clase de Sopa en tierras de milán de Italia, que allí la llaman Pavense ó sea al uso de la çibdad de Pavía que es en aquellos rreynos, y Soy de paresçer que estas y otras Comidas las enseñarían allí nuestros Soldados lo mismo que acaesçió en todas estas Yndias del Mar oçéano, pero no fue quando Yo vine que las tres vezes bueno era el pan Caçabi y quando nos hazían presentes de gallinas no se estaba á Esperar los huevos ni Ellas llegaban á las manos cuanto menos A la boca de los Soldados. E no hablaré más desto, y bolviendo aquella tan rregalada Mesa que paresçia propio la del Señor rrey Montezuma, diré que sacaron assí mesmo pescados del rrio que pasa por Allí çerca y lo nonbran el rrio de san Carlos ó rrio de Atopan, y pollos Capones y carne de carneros y De toçinos y otras Legunbres, todo muy bien adereçado, pues el dicho Secretario se rregala de Buenas y copiosas comidas y àssí es él hombre de mucho Cuerpo, que en quanto que lo vide se me acordó de aquel Caçique gordo de Çenpoal que tantos buenos serviçios nos hizo quando lo de Cortés. E tambien quiero decir á perpetua rei Memoria que allí en aquel Aposento fue donde hobe de dar comienço á Escrebir esta rrelaçión que vengo haziendo ahora de todas estas Cosas, y fue aprovechando del Descanso y la siesta que tomaron los del Viage hasta la media tarde, á la hora que se dispuso

la partida y mandaron arreglar los cavallos que trayan en Conserva. Lo cual fue desta manera, El uno de los jovenes del Viage un cavallo Castaño zayno poderoso y de buena carrera, y el Otro coronista un Cavallo alazán Tostado gran corredor y rrebuelto, el don fulano Figueroa de los Espejuelos negros en los ojos por temor del rreflejo del Arena una yegua rruzia, el de Acosta que ya tengo dicho que era Estremado ginete Un cavallo propio, castaño Escuro labrado de las manos y que no parecía salir bueno para Cosa ninguna pero él lo tenía en mucha Estima y luego se vio que rresistió todo el viage hasta Xalapa muy valientemente, y los soldados de Escolta cada uno su Cavallo, y el Alcalde y Secretario y alguazil y el Juez ó del cargo que tuviera en cosas de justiçia, cada uno su cavallo, que quisieron todos nos Acompañar al sitio de la segunda villa Rica y Çenpoal. E assí partimos con el mesmo Conçierto de enantes y en amena y Plazentera conversaçión para no sentir tanto el Camino por aquellos Calorosos y abrasados Arenales, holgándonos de las cosas que dezía el don Cruz que Es muy grande hablador Y muy Ameno y sabe los nonbres de todas las pertenencias ó Estancias y del fulano que es el dueño de esta Sementera y de quién son Aquellos bueyes de acá deste lado y las mulas de allá del otro lado y el Potrero de acullá, y Es conosçedor de jacales y rrancherías y Veredas y pasos y todo lo demás de

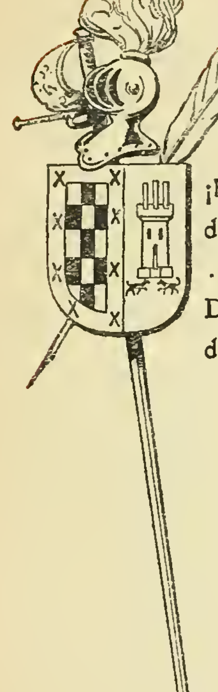
Aquellas partes. E aquí diré de un Mozo de guía y serviçio que trayamos de San Carlos, joven de mucha utilidad y probecho que harto me duele que No se me acuerde su Nombre, y es porque esta Parte de la rrelaçión ya la Escrivo algunos días después de todo aquello. Y el qual fulano mozo Que era guardia Gendarme y de tan agradable persona y buena presençia que oí dezír lo Mucho que lo querían las Mugeres que él hoy rrequería á una y Mañana á dos, digo que con la misma diligençia E buena voluntad arreglaba una çincha ó la Siila que se torzía Como cuidaba del pienso y el Aguada de los Cavallos y del rrepuesto de las viandas comestibles, Y trozaba la Maleza con su machete para abrir camino y fue el que más hizo limpiando de rramas y bexucos los templos de Çenpoal como lo diré después, y Atendía á todos los serviçios de Criado y page y Espolique á la vez. E ahora diré de un pensamiento, que lo pensé oyendo hablar A estos hombres de cosas de Cultivos y cuando se ven por tales Partes tan grandes rrios de mucha creçida y tantos arroyuelos que todos son de muy buena Agua y como hay Tan dilatadas tierras E campos de malas y viçiosas hiervas que habrian de ser legunbres y otros çereales y Mieses, por que no se lavran que son ecçelentes de Labor, por lo que produçen las que son cuidadas Convinientemente, y aun las otras selváticas Y no aprobechadas que dan tantas

hiervas y grandes malezas, yo dezía En el Pensamiento de mi cabeza oh qué buenas Cosas si hobiera acaesçido años luego aquella famosíssima vitoria de Granada y la Espulsión de tanta ynfidelidad de Moriscos como salieron de España, y hobieran Sus Altezas los Sereníssimos rreyes don Fernando y doña Isabela ynviado tan numeroso Gentilismo pagano á estas Yndias del mar Oçéano, y aquí los aver obligado que hizieran con su yndustria pues DEllo saven. aquellas notables açequias y azudes y otras fábricas Como las hizieron en los rreynos de Valençia y Murçia. E aquí lo dejaré por que tengo priesa de bolver á mi rrelaçión, y diré que la noche de aquel dia fuymos á Dormir en el poblezuelo de San ysidro, de donde salimos á la mañana del otro día, y todo era atollarnos En el arena tan movediça y pasar las Dunas que las hay en harto número, subiendo E baxando y mira el Mar á la mano derecha y mira á la izquierda Un muy lindo y prezioso valle con Cultivos y mucha verdor de Labores y matas y arboleda, al cuyo fin y límite Estan unos çerros de color como si todos de una pieça fueran grandes Chalchuvis que assi se llaman las Esmeraldas de la tierra, y detrás dellos se ve lejos la sierra Madre oriental, y como la Mar está algo movida assí la brisa Nos favoresçe mucho. aliviándonos del rreçio Sol hasta que llegamos á la Mancha, y enviamos á los mozos que adereçen Comida y busquen en la Agua de la laguna aquella de esos anima-

les Mariscos de concha que llaman ostiones y Ostras que las de aquí son las que más se Estiman en todo el país. E siguiendo Por una galería ó como Pasadizo de muy Espesas rramas y Arboledas cubriendo el Camino que es siempre arenal llegamos A la margen de otra Laguna más pequeña que la otra que se dize de Farañón. En cuyas claríssimas y Trasparentes aguas se mira del rrevés como en un Espejo que estuviera puesto en tierra el çerro de Bernalillo como Es mi nombre, y Desde la playa rreconosçemos el Seno ó puerto de la Villa Rica y el Peñol de aquel nombre fEíssimo que le puso nuestro piloto Alaminos, que Yo no quise dezir como hera en mi hystoria, y que las gentes de aquí dizen del mismo Nombre feo, que ellos piensan que se le diga á causa de los páxaros Marinos que sobre del dicho peñol hazen sus Suçiedades en muy Enorme cantidad que lo ponen blanco de ese guano que ellos dexan. E quiero memorar ahora que Aquí fue la famosíssima y çelebrada açión de dar de través con la Naves que nos truxeron desde Cuba, y fue Atrevida rresoluçión nunca jamás vista antes, tanto por el rriesgo de las chirinolas que siempre Le hazían A cortés los Capitanes y soldados de la parçialidad del diego Velázquez como para quitalles á la fuerza E sin rremedio contrario el Grande temor que A los otros les acortaba el ánimo de verse tan pocos christianos para Se defender de tanta multitud de Yndios, gente de Guerra y atrevidos y no collo-

nes, que poblaban la Tierra en ynfinito Número y sabían pelear bien Y acometer con harto denuedo. Y es çierto que aquella Estremada rresoluçión fue en aquellos de Nosotros que sabíamos del Caso, como los hechos eroycos de los rromanos, y en el Esforçado corazón de Cortés fue Assí como lo de aquel rrey ó Emperador Julián que combatió á las gentes Syriacas y como aquello Que ya tengo dicho que dixo el otro emperador Julio Çésar sobre el Rubicón, que echada Estaba la suerte de la Buena bentura. E volveré á lo que Estamos rrelatando. E dello diré en otro capítulo como Adelante verán.





¡Es un montón de escombros
donde crece la ortiga del olvido!

. . . .

Del antiguo esplendor, ¡ya nada existe!
de lo que gloria fué, ¡sólo despojos!

Federico Escobedo.

Cap. IX

CAPÍTVLO NOVENO

DONDE SE SIGUE LA JORNADA DEL ANTERIOR, HASTA EL LUGAR DONDE ESTÁN LAS NOTABLES RRUYNAS DE ÇEMPOAL



JUSTO después de lo que ya llebo dicho de como los del Viage memoraron y çelebraron aquello de los Navíos que han dado en dezir erradamente, Igual como cortés que quemó sus naves, Y no fué assí sino que se dió al trabés con Ellas, nos fuymos vagando por aquellos Médanos de arena y por los çerros y la Costa adentro hasta las primeras arboledas de aquel tan lindo valle, tomando luego otra bez por nuestro Camino á la vuelta de Çenpoal. E yendo Esta parte de la jornada, los dos del Viage que voy rrelatando fueron A ver ya çerca del lugar y rranchos de San Isidro que fue donde tengo dicho que dormimos la noche antes, el çerro que allí llaman cerro de malinche, Y como bolvieron á se unir y juntar A los demás dixeron de unas rruinas de un Edifiçio pequeño que

les paresçio haver sido cosa de çisterna de agua, y que han puesto aquello en estado abominable algunas gentes Cazadores y otras personas ordinarias que segun se supo por el don Cruz que de todo esto sabe van A cavar y rremover las piedras y destrozarlo todo. vuscando Tesoros de los yndios. E assi tambien truxeron rrelaçión de aver bisto un otro Montezuelo allí çerca con número de Señales de paredes Con adornos y otros debujos de obra muy dinos de notar, que es cosa de gran Estrañeza que nada digan dello çiertos y numerosos auctores de Ystorias E chrónicas que han escrito de cosas destas Partes, y será porque no tienen notiçia desto por vista de ojos y no los han creydo si por A caso les dixeron algo desto algunos yndios de la tierra ó supieron dello por alguna otra Gente de rrazón de los Naturales de aquí. E bolvamos á nuestro Cuento, que tambien los suso dichos del Viage vieron abaxo del montezuelo ó Cerro nonbrado y del lado del arroyo que dizen el Paso de doña Juana, que les fue mostrado por el tantas vezes dicho Don cruz un parage que nombran el Baño de la Malinche. E les viérais á Ellos se ymaginar en la sombra E la soledad del sitio y del lugar aquel de tan olorosas yerbas y muy lindas flores Y mirando las rruynas de una pequeña Casa y pedaços de losas y Colunas, que allí tal vez estubo el Conquistador alguna de las brebes horas del poco Descanso que avía para todos en los

trabajosos dias de nuestra Enpresa, huido de nosotros sus Capitanes y soldados y hasta los que le heran más Leales amigos tanto que nada dello averiguamos nunca jamás, y aconpañando á aquella diligentíssima y Esforçada doña Marina. E dezian los caballeros deste Viage, oh como acaso y quién sabe si don hernando y su discreta amante serian vistos En este rrincón de sus ydilios por algun Indio de ocultis en las matas, y pasada la notiçia por tradiçión entre Ellos la gente del Pais que luego llamaba del mismo nombre Malintzin á Cortés y á la doña Marina, guardaron este lugar En rrecuerdo de aquellas rrecatadas Entrevistas de fortunado amor Y descanso. E déxalo aquí, con todas las figuraçiones rretóricas destos Poetas, que se les perdonan por la juventud de su Edad y abrasada fantasía de ymaginaçión, y seguiré diziendo que ya Escurecido bolvimos al Suso dicho poblezuelo de san Ysidro y sin nos detener ni el tiempo de un dios te guarde, fuimos adelante, todos los de la Comitiva cansados que ni hablar podían, y Adelante con la gran fatiga y la muy lóbrega noche que ya hiba çerrando, por tan desiertos y perdedizos Caminos que todo pareçe Campo rraso unas vezes Y otras vezes Endemoniada maraña de bosque y terribilíssimo Labyrinto de árboles. E anda que andarás fue la Comitiva adelante y todos los de á cavallo con fuerte Mal de lomos que no se podían tener en buena postura sobre las sillas, hasta

que llegamos al Agostadero entre una muy Espesa selva y junto del rrio que por alli pasa, que si vimos la Agua fue por la claror de la luna Entre las rramas. Y por todo ello el ginete tan bueno y rresistente que era nuestro Don cruz dezía que los dos jovenes del Viage no eran floxa Gente para el cansançio de aquellas tan rreçias Jornadas, y que se havia llevado un gran Desengaño por berlos al prençipio en la casa del Governador como gente delicada de la Cibdad y hombres de nada que no serían buenos para Estas fatigas de grande violençia, y él pensaba entonçes cata estos señoricos qué buenos bisteques de Elote les voy á dar por aquellos rranchos, Y á estos Catrines presto se los juma un dolor de tripas y ya verán como al segundo dia los tengo de traer atravesaos en mi mula pa que me los compongan los tornillos del Cuerpo ca el herrero, y no que no que Ellos son juertes de verdá. E añadió el viejo jarocho quantidad de sus Dichos y rrefranes que no acababa nunca de hablar, diziendo hasta el sol de Hoy nadie se pué fiar de las aparienςias, Y no digas del jugador hasta que le haigas ganado los dineros, y tanto rriesgo hay de que á Nosotros los rrancheros nos maten estos jovenzuelos de una troteada, Y yo con Ellos no subiría á gatas ni á comer chocolate con mamón en Chapultepeque, y con estos corteses el más baliente se amuela, y Dios sea servido de que si Esto sigue como hoy no vayamos las bestias y

presonas A rrendir laliento por Estos arenales, E otras quantas cosas más que dixo el don Cruz, que yo no las pongo aquí por haver en los tales rrefranes hartas palabras feas y de muy mal sonido A las oyr. Diré también como en aquella Hazienda y caserío del agostadero también el Comisario con obra de veynte vezinos los más prençipales de allí nos hizieron gran Fiesta y rregocijo, y desque Amanesçió hiban los del Viage despertando á la Gente y todos ellos salian de los aposentos muy destroçados y trabajosos como Negros del sol y suzios de polvo hasta los cabellos, tanto que allí dexamos y allí se quedó la Escolta menos un soldado rrural que vino después hasta Atopan, que el otro tenía Calentura y bolvía el vientre diziendo que la causa era el perjuiçio que le hizieron los ostiones de que comió eçesiva cantidad en la Mancha y bebió mucha agua ençima dellos, pero más açertadamente hera su mal el mucho Cansancio de las bentidos leguas de ir seguido sin parar. con el trote de su cavallo que era Entero y muy rrebuelto en demasiado modo, por lo que otra vez dixo el don Cruz todos todos vamos desta drechos al pantión y A mí A ver si me sacan el rritrato con la Máquina de tografía que lleban los Señores, pa ponerlo En los diarios en quanto que Me muera, y no se pierda al menos la Fama de quantos emos benido á este Viage. E apenas se tomó el primer alimento de la Mañana todos nos fuymos á ver las



JALAPA Y PERSPECTIVA DEL COFRE DE PEROTE Y PICO DE ORIZABA

rruinas de Çenpoal. Donde yo dexaré ahora estas prolixidades de mi rrelaçion, porque es nesçesario que Le diga algunas rrazones y muy fervorosa Súplica con todo Acato y rrespeto al Illustríssimo gran Yntendente mayor de los palaçios y Museos y Monumentos que tengo Entendido se nombra ahora el Señor ministro de las bellas Artes. Y como esta pluma mia es tan rrebelde para las finas y bien Conçertadas rretóricas yo diré lo que tengo de dezir A estos jóvenes Coronistas para que Ellos lo pongan en el papel como rruego y plática de mi quenta, pero en Escritura menos basta y usando palabras más polidas de las que yo sé hazer.



En el vasto, boscoso, impenetrable recinto de un lugar donde flotan y se respiran hálitos de leyenda; en esta sacra selva de la inmensa planicie que vista al pleno sol y en estas noches de luna prodigiosa, incomparable, compréndese que un pueblo aquí adorara al aúreo Tonatiuh y á la argentada Mextli—luminarias del cielo; aquí, está cuanto en pie queda de lo que fué opulenta Cempoala—cuya importancia y limpieza y blancura de sus casas, *como de plata*, y la gente "que tenía á las flores por su mayor delicia" y el parecer su conjunto una urbe magnífica en medio de un vergel

de paraíso, la valieron un nombre de encanto y de prestigio como el nombre Sevilla...

Estos tres monumentos, restos gloriosos de un pasado grande, permanecen en pie sólo por un milagro, en el que nada corresponde á los hombres. ¡Y los milagros, culto señor y artista, nunca son permanentes!...

Por estampas muy fieles que mostraros podemos, veréis, señor, que estos adoratorios-fortalezas—que es justicia estimar notabilísimos entre cuantos tesoros en ruinas regó la historia pródiga en todas las comarcas y regiones de esta ilustre nación—se ahogan y se mueren oprimidas, prensadas, por mil brazos ramosos y abrumadoras tocas de entretejidas sarmentosas en tongas superpuestas: caperuzones de bejucos gigantes enlazados en la trama y la urdimbre de tallos espinosos y lanzas erizadas de púas y enredaderas de sarmientos voraces, que forman grandes pulpos vegetales cuyos tentáculos se aferran á las piedras de estas pobres pirámides, y de las piedras tiran, persistentes; y las piedras desgájanse; y en esas melladuras van á excavar sus cados alimañas innúmeras del bosque; y las aguas completan el desastre, y bórrase una grada, y cae un muro...

Los pobres monumentos, en su cúspide, en los escalones que labraron los hombres y en los tristes dentículos que labra el abandono, sostienen el tormento de árboles y arbustos que, de las grises, pé-

treas, olvidadas fábricas, tal vez chupan el jugo milenario del espíritu de una raza allí enterrada... Y los *Cues* se agrietan y revientan por la acción implacable de las cuñas de enormísimos troncos, de los que, las raíces, van con su esfuerzo de expansión constante hinchando las entrañas de las vetustas moles, que acabarán abriéndose, cual enormes granadas de cascote, cayendo derrumbadas...

¡Y aquí, señor, en estos monumentos, hay del alma de aquellos que asentaron su planta y su piedad en *el lugar donde abundan los dioses*, en el sacro Teotihuacán, tan grato con justicia al vuestro amor y vigilante empeño por salvar del olvido y la total ruina los venerables restos del pasado!... ¡Aquí, hay del alma del caudillo Umeacatl y también del alma del victorioso Tlaixchuatenitztli!...

En una de esas cumbres de artificio religioso y guerrero, más permanente su trono tuvo el signo por el cual una nueva cultura entraba—por la puerta totonaca—en el mundo mexica.

Aquí, por vez primera, hubo alianzas y pactos entre dos razas que luego formarían la gran familia del pueblo mejicano.

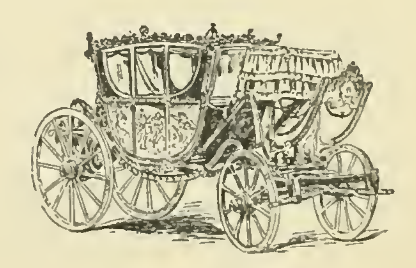
Y aquí tambien, en estas gradas por las cuales rodaron los ídolos cempoaltecas y rodó Narváez, aquí, señor, ¡hay del alma conjunta de Anáhuac y de Iberia!...

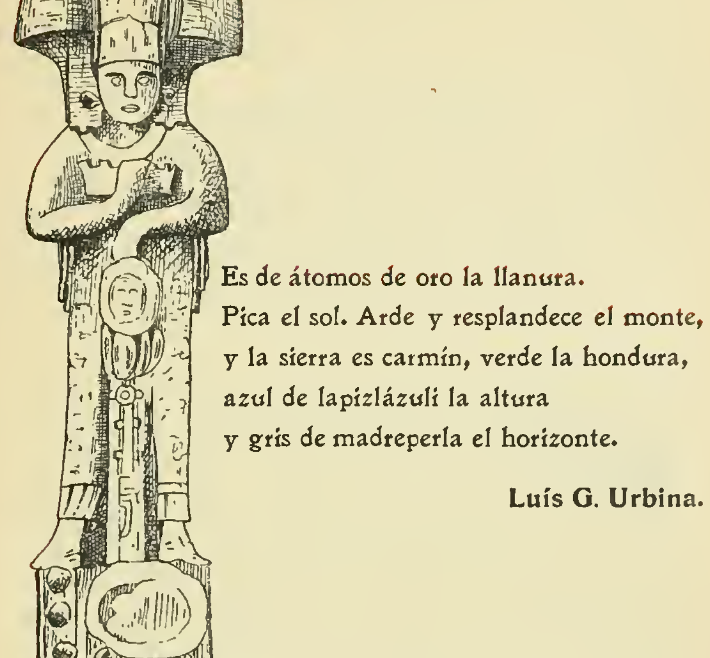
¡Salvad, piadoso, salvad estas ruinas!...

Veinte hombres vinieron con nosotros desde por la mañana, y con machetes, guadañas y sobrada fatiga de muy árdua labor, han estado *trozando* por dos horas para descubrir algo los pobres monumentos que se asfixian y deshacen en polvo entre la lujuriosa maleza de la selva.

¡Oh, qué lastima grande—pudiera ser delito—si esta desolación no logra merecer una mirada benévola, amorosa, de quien puede un remedio poner á esta tristeza!...

Señor: la súplica empeñosa, el respetuoso aviso, van hacia vos en nombre de aquel viejo soldado de la antigua Aventura, que al venir con nosotros en este año de la Magna Fiesta, os ruega redimais—como supremo custodio de estas piedras que consagró y bendijo la mano de la Historia—que redimais, señor, de su total ruina, á estos tres *Cues* de la envuelta en perfumes y en olvido vetusta Cempoala...





Es de átomos de oro la llanura.
Píca el sol. Arde y resplandece el monte,
y la sierra es carmín, verde la hondura,
azul de lapizlázuli la altura
y gris de madreperla el horizonte.

Luís G. Urbina.

Cap. X

CAPÍTVLO DÉCIMO

COMO CON GRANDE CALOR Y MUCHAS FATIGAS,
FUYMOS POR EL VALLE DE ACTOPAN
HASTA SUBIR Á LA ÇIBDAD DE XALAPA, É LO QUE ALLÍ
NOS AVINO

OH, y qué jornadas de dura prueba fueron las jornadas con cuya crónica se pone fin á esta parte del libro!...

Bajo un sol de misericordia, salimos del Agostadero á la hora "deliciosa" de las once de la mañana, amablemente acompañados por los amigos de aquel lugar y por los que vinieron con nosotros desde San Carlos.

En el límite de los municipios de San Carlos y Actopan nos despedimos de los unos y los otros. Y en aquella despedida, hubo una nota que el cronista quiere consignar en estas páginas, aun á riesgo de ganarse el dictado de pueril y „niño" y fácil á la emoción por cualquier cosa—de esas *cosas* que los tiempos „eminentemente prácticos" y la época de "sano positivis-

mo" que alcanzamos estiman de escaso sino nulo valor, ya que tales sensiblerías líricas no resuelven ningún problema que haya relación con el magno problema de llenar el bolsillo y ahitar la panza, ni se cotizan en Bolsa, ni sirven para maldito qué, fuera de enternecer á los ya desacreditados románticos soñadores que, ¡pobres infelices!, entre romanticismos y ensueños é ilusiones suelen morirse de hambre en un rincón.

Va aquí el *apunte:*

••••

La mayor parte, ya que no todos, de aquellos hombres, eran gentes del campo, sin letras, sin cultura; hombres que no saben historia, ni entienden de finuras sociales, ni conocen el uso de ciertas exquisiteces en el trato, ni saben de ese vistoso tejido de formas, conveniencias, „medios tonos", cumplidos, lindas frases, sonrisas según reglas y catálogo y demás gestos, posturas y ademanes de la regocijada y pintoresca pantomima social que suele hacer amable la vida colectiva.

Su historia y su política se nutren, se vinculan, se documentan, y expresan en la vida del rancho, entre los atributos de la ruda labor, en las faenas de la sementera, en las promesas que hay en cada panocha del dorado maizal, en la abundancia ó escasez de los pastos, en el tremendo enigma de si las aguas serán ó no propicias y oportunas, en la amenaza de la *seca* pro-

longándose á veces sin tomar en cuenta la ansiosa espera, los cálculos y el interés del campesino, y en la cría de la vacada, los novillos, las potrancas y el hato de corderos ó de chivos.

Si algo oyeron decir de un tal Hernán Cortés, supieron de un aventurero que cometió cuantas maldades son imputables al hombre más perverso... De España, tal vez habrán oido decir que existe una nación así llamada, que fuera poderosa en épocas remotas cuando sobre otros pueblos tenía puesto el pie de su insaciable codicia de oro y sangre, y que es hoy un solar mitad coso taurino y mitad cementerio... Y de los españoles, saben por vagas referencias que en tiempos ya pasados eran encomenderos, gobernantes ineptos, esbirros prepotentes, frailes glotones é inquisidores con vistoso uniforme y espadín toledano ó con negra sotana y un rosario en el cinto; y en la época nuestra son los *gachupines*, de hablar recio y mirada autoritaria, de los cuales son „casos" típicos el zafio *abarrotero* que juega de dedillo en la balanza y el rapaz *empeñero* cuyo solo nombre produce escalofríos...

(Digamos por paréntesis que son pocos, *allá* y *aquí*, en las clases humildes, iletradas, los que saben algo más acerca de estas cosas; que son muy pocos, entre *propios* y *extraños*, de la mentalidad y condición de estos—no todos, sí los más—buenos amigos que nos acompañan, quienes tengan otra idea más justa y más

benévola de España, de su historia y de sus hijos).

Item mas: este grupo de amigos—casi todos—se compone de hombres que en sus facciones llevan el indeleble sello de su abolengo étnico. La mayor parte de ellos representa á la raza indígena, y su *tipo* denota claramente estar muy próximo á la completa pureza de la sangre...

Otro dato: saben de nuestros nombres y de nuestro viaje, que somos dos fulanos que escriben libros—no conocen sus títulos—y escriben en periódicos—nunca nos han leído. Somos para ellos dos conocidos de la víspera, que han venido „á tomar estos soles de la costa“ para ir á comer ostras á la Mancha é ir á ver „los castillos“: como los *gringos* (norteamericanos) y algún „señor“ de Méjico, que muy de tarde en tarde—por la semana santa—cada seis ú ocho años, suelen llegar al bosque de Cempoala con un libro en la bolsa y un *Kodak* en la mano... Saben, sin detalles precisos, que de reciente hemos navegado en un buque de guerra; que el Presidente nos dió una escolta de soldados y que el Gobernador avisó al Comisario, al Jefe ó al Alcalde la llegada de dos fulanos tales (somos nosotros) á quienes era bueno atender y servir...

Tal vez por todo ello, hay quien supone que somos militares, ó ingenieros de algún ferrocarril, buscadores de minas, ó peritos agrónomos, empleados del fisco, ó compradores de terrenos, almacenistas de

maderas, ó inspectores de bosques, constructores de pozos artesianos, ó—piensan los que más se aproximan á la verdad del caso—un par de locos, más ó menos pacíficos, cuya chifladura consiste en viajar á la busca de una insolación, de unas fiebres palúdicas ó de una *reventada* por estos arenales...

Como se ve por este cuadro documentado de los antecedentes, por este „prólogo“ (¡ojalá los lectores no lo encuentren *latoso!)* la modalidad psíquica de los protagonistas del *apunte* y lo que ellos saben acerca de nosotros y del propósito y fin que inspiran esta „Ruta“, bien poco pesaría en su criterio si alguien pretendiera de estos buenos amigos la casi gollería de que expresasen su opinión acerca de nuestra correría por su tierra.

Y, sin embargo—llegamos ya, por fin, á la anunciada nota:

....

Nos hemos estrechado ya las manos una vez, veinte veces.

Cambiados los saludos, cumplidos y ofrecimientos de rigor en estos casos, la comitiva de los viajeros que vamos rumbo á Actopan y la comitiva de los que regresan al Agostadero, se han separado bastante en sus opuestas respectivas direcciones.

Y cuando—á los dos extremos del tramo recto de la carretera—los dos ya distantes grupos volvemos

ancas un punto para agitar de nuevo al aire los sombreros, de la cabalgata de aquellas buenas gentes se destaca, avanzando hacia nosotros á galope tendido, uno de los ginetes.

Es cosa de un instante:

Detiénese el caballo—en seco, como suele decirse—al promedio del polvoso camino que sirve de pista y de escenario á tan raro espectáculo.

Distinguimos pertecta y claramente quién sea el carrerista:

Es, entre los *rancheros* de aquel grupo de amigos, el que menos ha hablado con nosotros; el que mostróse menos expansivo. Es, el indio „más indio" de toda la partida...

Y entre las voces del uno y otro bando: „¡adiós!", „¡feliz viaje!", „¡hasta la vista!", „¡gracias por todo!", „¡buena salud y suerte!", „¡adiós, amigos!", truena estentóreo el grito de aquel hombre, de aquel *ranchero* inculto, de aquel *indio* arrogante, que, rígido sobre los enormes estribos de su silla *vaquera*, agitando el descomunal jarano que adorna ancho bordado de ramajes dorados, se encara con los otros, y á guisa de invitación y mandato les dice:

—¡Mejicanos!...—y, de frente á nosotros, pone fin á la frase:

—¡Viva España!...

....

No es pueril, no es ridículo, no es cursi, no son sensiblerías infantiles de soñador romántico:

Mucho é intensamente—sin desplantes ni gritos ni alharacas—mucho se ama á la patria cuando por largos años se vive ausente de ella, y muy consoladoras, muy gratas y armoniosas, suenan en los oídos y repercuten en lo más hondo del sér las frases de respeto y de cariño que oís á la intención de vuestra tierra.

De estos goces, algo sabemos los perpétuos errantes...

Pero, nunca—¡por nuestro honor se afirma!—jamás antes de ahora fué tan intensa la chispa de emoción que brotó en nuestras almas, y se hizo corriente eléctrica en la espina dorsal, en los nervios, en arterias y venas, y subió en un sollozo á la garganta, y se hizo en los labios temblor, y fué en los ojos lágrima de inefable dulzura... Nunca sentimos la patria, *toda la patria*, dentro de nosotros, como en aquel solemne, indescriptible instante, cuando, dos vítores por Méjico y España se cruzaron, frenéticos, con la rotundidad de esos gritos que salen de lo hondo—más sinceros cuanto más espontáneos, casi inconscientes: eco de esa voz interior que no ha menester galanas frases que la vistan, adornos de oropel que la disfracen—y que allí, cambiados esos vítores entre un grupo de (¡muy posiblemente!) parientes próximos de los cempoaltecas que fueron subyugados con otros pueblos

cien por el poder hispano y dos biznietos del inmenso Don Hernando Cortés, nos dieron—tales vítores—energías mayores, fuerzas nuevas, para esta pobre pero muy entusiasta y muy leal cruzada que nos hemos impuesto como la principal y más grata finalidad de nuestra vida y de nuestros empeños:

¡TODO, Á TODA HORA Y EN TODOS LOS MOMENTOS, TODO POR LA PATRIA Y LA RAZA!...



La tarde es bochornosa.

Nuestro acompañamiento ha quedado reducido al simpático don Cruz Acosta, un gendarme y el mozo que se cuida de la mula de equipaje.

¡Tipo interesantísimo el del viejo jarocho! Por cierto que, si él llega á saber alguna vez que "en papeles escritos" hemos osado llamarle *viejo*, habrá de tomárnoslo á mal—reconocemos que con razón sobrada, si no hay quien le insinúe la acepción cariñosa de ese adjetivo—pues ya quisieran muchos que alardean de jóvenes, tener el espíritu, la fibra y los arrestos de energía que son característicos en este curiosísimo ejemplar de ranchero costeño.

Expansivo y decidor, leal, de charla pintoresca, camarada insustituible en una caminata de esta índole, insensible al propio cansancio para pensar tan sólo en

la fatiga de sus acompañados, por los cuales se dejaría matar, á buen seguro, y es capaz de cualquier cosa con tal de poder evitarles la menor molestia. (¡Como que son recomendados y amigos del "Señor General»—más que Dios para él—y se los confió el Gobernador del Estado, al cual "los ha de devolver sanos y enteros„).

Y el buen hombre, miente por caridad quitando en sus informes algunas horas y unas cuantas leguas á la distancia; inventa ríos próximos donde mitigaremos la sed que nos devora; procura distraernos de la obsesión del cansancio y de cuántas serán las leguas que faltan hasta Actopan, contándonos sus cuentos é historietas: cuentos é historias que han por protagonistas á todos los labriegos de la comarca y abrazan un período de tres cuartos de siglo en la no escrita crónica de la vida rural de aquellas rancherías...

Y hasta nos sugestiona que la tarde está fresca,... cuando el sol y la tierra, el cielo, las piedras y arenales, el aire y los yerbajos de la inculta llanada, todo es fuego hecho polvo, hecho gas, hecho viento, en la hornera de aquel valle infernal, donde los guijarros de seculares lavas diríais que acaban de ser vomitados del antro plutoniano; donde sólo verdean los dyospirus gigantes, erizados de púas, que semejan manos de mónstruos que surgen de la tierra indicando amenazas; donde los pelados arbustos de tupido ramaje en

dombos esqueléticos, sin hojas y sin vida, fingen de lejos enormes calaveras de esfinges descarnadas; y donde los pocos árboles muertos que interrumpen la gris desolación de los prados quemados, levantan sus troncos retorcidos y blancos, la fosil osamenta de sus ramas, que diríais denotan el espasmo de músculos y miembros torturados, que, de repente, dejaron de moverse y de expresar con gestos su ingente padecer, quedando en actitudes fantásticas de súplica ó blasfemia dirigida á lo alto...

⬩⬩⬩⬩

Con la proximidad de la noche, cambia el paisaje que, casi bruscamente, se torna delicioso.

Corre el camino bajo aromosos túneles de verdor, cruzando arroyos de márgenes alfombradas de esmeraldino césped, y faldeando cerros, desde cuya tupida maleza nos saludan: con oleadas de perfumes, las plantas, y con chillidos—mejor que cantos ó gorgeos ó trinos—los pájaros que, invisibles, se aprestan al reposo en las alcobas de aquel inexplorado palacio de palmeras enanas, floripondios, sarmentosas y cactus.

⬩⬩⬩⬩

Pernoctamos en Actopan, de donde, el recuerdo más grato que tenemos, se refiere al cansancio de la jornada, molesta en demasía, pero cosa de nada—un paseo *post prandium*—comparada con la etapa en programa para el día siguiente.

Por cierto que á uno de los cuentos y chascarrillos del amigo don Cruz, debió uno de nosotros—el más estropeado por la fatiga—el haber pasado aquella noche sobre las mullidas tablas de una mesa.

Acabábamos de acostarnos cuando entró don Cruz en el cuarto, y acompañando el discurso con mímica agorera, dijo al doliente:

—En esa mesma cama jué onde m'acuesté yo una vez que vine á Atopan... Durmiendo, dormido que ni lo sentí, se m'entró por este oydo adrento una cucaracha ansí d'este tamaño... D'esto estoy sordo, pos naide endivinó lo que tinía, jasta que dos años dempués me vido un güen dotor de México, y jurgando jurgando con un jierro lo menos d'este largo, va y me saca de l'oydo la cucaracha, qu'estaba toa seca...

Se comprenderá, sin excesivo esfuerzo, que el ocupante de la cama aquella, de un salto que, ¡ni *el salto de Alvarado!*, fuese á reposar su fatiga sobre la única mesa del comedor de la posada...

····

A las seis de la mañana salíamos del pueblo.

La invisible autoridad municipal nos envió, de repuesto, dos rurales de escolta y los caballejos peores que se pudieron encontrar en el Valle.

En Otates nos detuvimos sólo lo preciso para comer y mudar de bestias.

No decimos nada del calor africano, del camino

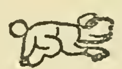


LA MALINCHE

horroroso, de las cuestas de infierno, de las llanadas sin un arbol...

Resumen de la etapa:

Por la Tinaja, el Terrero, Dos Caminos y el Castillo, llegamos á las primeras casas de Jalapa, á las tres y minutos de la tarde. Distancia recorrida, poco menos que de un tirón, muy cerca de cincuenta kilómetros. Y como todas las fatigas y todos los empeños sostenidos tienen segura compensación, nunca inferior á la cuantía de la fuerza empleada, allí, en pleno campo—de aquel campo magnífico que circunda á la ciudad gentil que es *el jardín de Méjico*, no sólo por sus flores que la hacen famosa, sino aun más por sus lindas mujeres: gardenias y jazmines que alientan y sonríen y acarician mirando—allí, en medio del camino, encontramos nosotros—más grande, inmensamente superior á todo merecimiento, si en esta empresa algún mérito hubiera—excesiva, abrumadora compensación al cansancio no ya de esta jornada, sino aunque hubieran sido veinte jornadas de fatiga aun mayor...



Quinientos estudiantes de Jalapa, nos han envuelto en impensado asalto de entusiasmos y afectos...

Y nos han arrollado, textualmente estrujado, en la marea loca de blancos uniformes y uniformes azules

que se empujan, se confunden y apiñan... Y mil brazos en alto que trazan en el aire rúbricas y lazadas de ideales abrazos... Y el revuelo de trémolo—como batir de alas—de quinientos sombreros y kepis y gorras, formando en su conjunto una enorme bandera de cariño, que ondea al viento de esta inefable tempestad de vítores lanzados por quinientas gargantas concurriendo á formar una voz, un solo ensordecedor grito...

Como es verdad que las grandes emociones aplanan, trastornan por completo el funcional sistema en su ordinaria manera de expresarse produciendo fuerza de ideación y fuerza de hechos, no acertamos ni siquiera á narrar aquella escena jamás soñada, aquel recibimiento impensado, estupendo... Y, con mayor razón, nos faltan las palabras para dejar aquí en esta página consignados el hecho en su importancia, la significación que vimos en el mismo, y la gran gratitud, la inmensa deuda de cariño, de fraternal afecto—¡deuda que nunca ni con nada pagar podremos!—contraída aquella tarde con el simpático gremio estudiantil de Jalapa.

Además, la modestia,... las conveniencias y las buenas formas,... —pues que se trata de referirnos á honores y agasajos que á nosotros se hicieron—ello detiene nuestra pluma...

Hay que ser muy prudentes tratándose de que fuimos protagonistas del ruidoso festejo... De modo

que, á lo sumo, sólo cabría transcribir aquí lo que otros dijeron del suceso... Transcribir la crónica, los comentarios, los elogios que publicó la prensa...

¡Basta, basta de pueriles escrúpulos!, ¡Basta ya de rendir homenaje á esas mil cobardías con que se teje la enorme cobardía de una vida social do todo se disfraza de convencionalismos y gestos adamados é insinceras reservas y formulismos vanos y estériles rutinas! ¡Basta de hipocresías so color de humildad y de modestia!...

Lo que se haya de decir del triunfo hermoso de nuestra entrada en Jalapa, lo diremos nosotros.

••••

Y nosotros decimos que aquel recibimiento de aquellos centenares de estudiantes saliendo á nuestro encuentro fuera de la ciudad, y con ellos un grupo numeroso de amigos y curiosos: la colonia española, profesores, abogados, comerciantes, obreros, una banda de música... Decimos, que aquella ovación continuada durante el trayecto hasta la población, aquellos vítores, aplausos y *dianas*... Decimos, que la tarea fraternal de un amigo del alma, Miguel Hernández Jáuregui—un nuestro hermano en ideas, en arte, en sentimiento—iniciador de aquel ruidoso homenaje... Decimos, que la espontánea cooperación del Gobernador del Estado y de los españoles residentes allí... Decimos, que el banquete y los brindis de los repre-

sentantes del Colegio Preparatorio, de la Escuela de Leyes y la Escuela Normal; los agasajos del señor Vice-cónsul, y la soberbia fiesta hispano-mejicana que dió el señor Salmones—el *jefe*, como quien dice, de la Colonia Española de Jalapa... Decimos, pues, nosotros, que todo aquello estuvo bien y en su lugar estuvo. Que quienes recogieron y encauzaron los entusiasmos juveniles por manera que hicieran explosión magnífica vitoreando incansables á nuestra santa España—determinando así que otros respetos, gratitudes y afectos cristalizasen en también entusiastas vivas á Méjico—quienes á tal objeto dirigieron la mira de su prestigio, de su influencia y buena voluntad, cumplieron como buenos; hicieron labor sana y de provecho; ¡con su deber cumplieron!...

····

Podemos así hablar, pues hay razones que plenamente abonan el desenfado con que nos expresamos en anteriores líneas:

Aquellas músicas, los aplausos y vivas, abrazos y saludos de aquella entusiasta acogida, fueron un ramillete de perfumadas flores del espíritu, fueron aromas de un incensario quemando mirras de afecto fraternal ante el ara sagrada de dos patrias gloriosas.

Y de aquel ramillete, nuestras manos—¡hubieran sido veinte veces sacrílegas!—no arrancaron ni un pétalo para con él adornarnos la veste del viaje...

Y de aquellos perfumes, sólo quedó en nuestras personas una ténue bienhechora caricia del aura embalsamada, cuyos efluvios de juventud y vida, de amor y de entusiasmo, orearon nuestros pobres espíritus cansados, nuestros cuerpos rendidos de fatiga, nuestras ropas empapadas en sudor y polvo, y nuestros rostros quemados por el sol...

¡El homenaje, por entero, voló más alto!

Nosotros fuimos, simplemente un *pretexto*, la *ocasión*, el *motivo*...

Nuestras personas nada tomaron para sí de aquel presente de amor y de entusiasmo.

Las flores del aplauso y de cariño tanto, el incienso de aquellos pebeteros—los corazones de la juventud estudiosa y obrera de Jalapa--todo ello, en voladora espiral de aromas y matices, ascendió á la radiosa cumbre do esplende el trono de oro de dos pueblos hermanos mirando al porvenir de sus glorias en la Paz, en la Unión y en el Progreso...

A bordo del trasatlántico *Alfonso XIII*, á la vista de Santander, 31 de Mayo de 1910.



TERCERA PARTE

DONDE SE DIZE

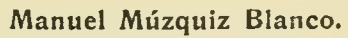
DESTE VIAGE HASTA LA GRAN CIVDAD

DE

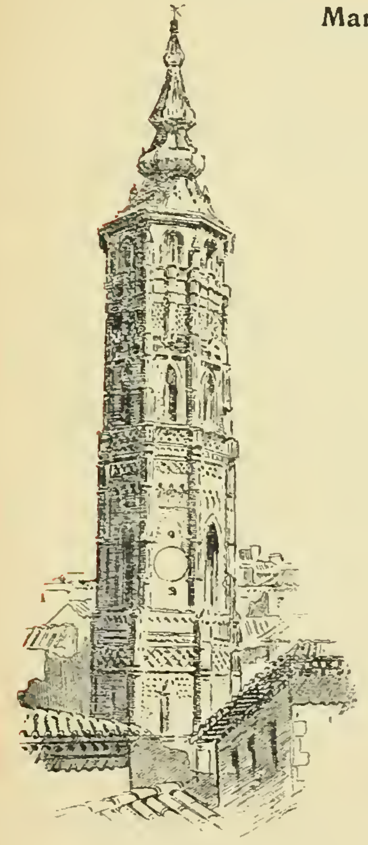
TENOCHTITLÁN



¡Y cuántas de las páginas de la epopeya hispana
En tierra americana
Ha escrito roja sangre de indio y conquistador!



Manuel Múzquiz Blanco.



Cap. XI

CAPÍTVLO VNDÉCIMO

DE LA MUY GRANDE MARAVILLA QUE HUBO EL CAPITÁN DÍAZ EN EL VIAJE HASTA EL LUGAR DE PEROTE, DE DONDE FUIMOS LA VUELTA DE TLAXCALLA



UNCA ni en parte alguna, como en Jalapa, nos sentimos nosotros menos lejos de las huertas natales: de aquella tierra de ensueño que baña el Mediterráneo y cobija y ampara el cielo más azul y luminoso...

Y cuantas veces nos depara la suerte ir al vergel de Méjico, vamos á vivir una hora el recuerdo—que allí casi se torna hermosa realidad—de los jardines valencianos, en ese delicioso rincón de paraíso llamado Coatepec, donde el suelo y el aire, la vida toda, no son sino un perfume: de gardenias, azahares y jazmines, en el verde oleaje de aquellos altozanos en que se ondula y quiebra la campiña, con sus remansos de la blanca espuma que fingen los plantíos, donde las flores de los naranjos y los limoneros, de las rubiáceas y de los jazmíneos se exhiben á montones (vale el prosai-

co símil) en sábanas de aromas y pureza tendidas sobre el acolchado tapíz que alfombra aquellas salas de Pomona gentil...

Pero, esta vez, más que vivir la hora de soledad sedante, del *no pensar* benéfico, allí también nos amargó el reposo la tremenda inquietud con que el programa de la tarea impuesta nos viene atormentando—por lo que se refiere al tiempo disponible—desde que comenzamos el viaje.

Por ventura, nuestra buena estrella que tantas otras veces nos sacó en bien de empeños aun mayores, alumbró las negruras del conflicto, y sonriónos (en ello no veais contrasentido) sonriónos, decimos, en el gesto de espanto con que la *Sombra* del bravo capitán é historiador veraz llamado Bernal Díaz del Castillo, vino de nuevo á nuestro lado, cual si saliese de entre las matas olorosas, campo al través, á su paso azorado tronchando ramas, deshojando flores y haciendo gran destrozo en las matas de un campito fresal. En fín, que hasta el punto donde son concebibles las señales del pánico y del humano espanto en una *sombra*, aquélla presentábase denotando muy grande confusión: demudado el semblante, receloso el mirar y temblona la voz.

····

....

„...—Vive Dios, que llego con el ánima En tan gran

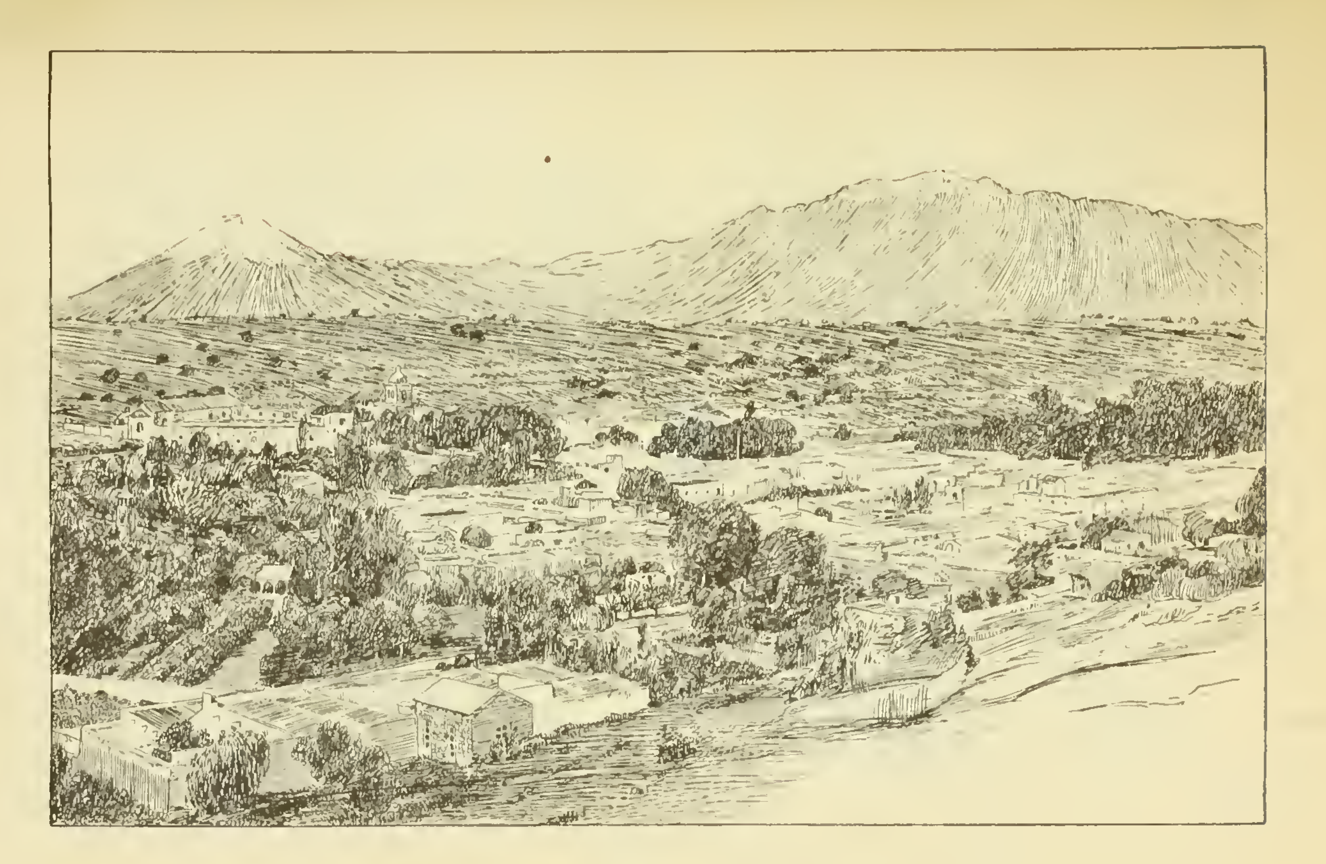
sobresalto Y el sentido con tales descalabraduras que yo no açertaré á deçillo en tanto que no me buelve el sosiego, que van A oyr cómo me avino en esos parages del otro lado destas huertas el más nuevo Contraste, y vengo acuitado de tan gran temor y Espanto y esta tan estremada alteraçión, que me paresçe soy más muerto que vivo. Diré que estaba En aquel lugar haziendo memoria de tan mudados como son estos parages y ansí del tiempo que es pasado de tantos çientos de Años, con el buen deseo de vos dezir por este lado avreis de tomar el camino ó por el otro lado ha de ser. Y mayormente aun que la floxedad de la memoria En cosas que tampoco quando lo de mi Verdadera rrelaçión las puse con la claridad conviniente, sería por que no le dí ninguna Importançia en aquella ocasión ó sería porque se me fué de la Pluma con lo viejo y trabajoso y çiego, teniendo puesta la atençión En materias de mayor Interés. E ansí digo ahora que con fallarme el recuerdo se me estravió la idea de tales pensamientos. Y fué biendo las muchas maravillas destas huertas y sitios Amenos, y assí me avino que teniendo el propósito de esclareçer y aclarar Me hallé yo enredado y sin saber por donde saldría. Y suçede que con el deseo de hallar vuestro Camino estrabié mi vereda, y entre tantas arboledas y matorrales de viçiosas rramas dificoltando el paso por delante E los dos lados, se hizo mayor el labyrinto,

aunque no lo era tanto como aquella otra Espesura del çelebro en la que me pusieron lo que me habíadeis dicho açerca de las confusiones y paresçeres contrarios de los Coronistas. De lo qual digo que no usaré de eçesivo rigor con ellos puesto que En ese punto tampoco estuve yo tan claro como se rrequiere, y ansí me hallava nesçesitado en gran manera de un habil y diestro Piloto que llebase su sonda para dezir nabega por esta parte y saldrás destos baxos de yervas E palos espesíssimos, y en la otra dificoltad Por allí tienes la Canal para salir de ese peligroso y rrevuelto seno de hystorias donde hay tales rrocas y Escollos con tanto borrón y tanto atrevimiento y osadía, para que diga una de ellas Esto pasó negro y la otra fue blanco y venga una terzera A dezir no fue blanco ni negro antes bien, fué colorado. Y luego dixe pesia Mí qüe soy neçio, para qué gasto más palabras y çavilaciones sobrello, pues se me acordó que vosotros no le dais ymportançia al yr siguiendo el camino de la manera esácta E igual sobre los pasos e huellas como lo fuymos haziendo quando lo de Cortés los que con él binimos á estas partes de México y la Nueba España, porque en seguida hize memoria de aquello que haveis Escrito en lo de Coçumel, donde dize el por que deste viage es seguir En sus grandes líneas y trazado general aquella rruta para que sirba al fin de nuestro propóssito y no me-

ternos A rreñir ni armar chirinolas por si pasó á la derecha deste çerro ó fue por la mano izquierda de aquel rrio, y otras rrazones semejantes que allí haveis puesto. E digo ahora tan prolixamente estas cosas, apartándome del camino de mi cuento, puesto que deste modo se me asosiega el Animo antes de rrecordar la temerosa aventura deste dudoso Caso que acaba de me suçeder, y assí tambien porque la plática esta ha sido ocasión de dezir nuebamente con palabras semejantes lo que ya Vosotros habedes dicho, puesto que yo tengo ynspiriencia como hombre prudente que soy En esto de escrevir rrelaçiones, que en estas Enpresas suçede como en las buenas y berdaderas chrónicas que hay nesçesidad que algunas cosas buelvan atrás á se reçitar para que se Entienda bien lo que se ha hecho y lo que se quiere hazer Y lo que se escrive. E ahora bolveré á mi cuento, que fue que estando en aquellas cavilaçiones de haver perdido mi Camino sin hallar el vuestro, llegado que llegué á un çierto sitio del bosque donde me paresçió menos Espeso de yerbazales y marañas, en aquella zazón es Dios servido de permitir que el demonio Enemigo del género humano se entró por aquel parage, y A lo que creo queria derribar abajo las montañas E arboledas con un muy grande y terribilíssimo Estruendo ynfernal, de lo que hobe como cosa segura que allí estaba el Malo con toda su Corte y servidumbre de

condenados y Angeles rrebeldes, por el gran rruydo cada vez mayor, Y todos ellos yban açercándose donde yo estaba con tales bufidos y un temblar E moverse el suelo y rruydo de yerros como de Cadenas y golpes En grandes calderas. Y yo, Santissíma virgen mia de la Victoria que avré buelto ahora al mundo para que me arrebate la Bestia con sus garras. En un mesmo istante que Esto dezía inbocando muy devotamente el ayuda de Dios, más súbito de lo que se tarda En decillo pensé, ánimo pecho mío y braço mío, que somos de aquellos Esforçados varones que en los más grandes peligros no los conosçeríades tener pereza ni volver el rrostro á los mayores ynconvenientes. E fuí á poner mano A la espada, por la costumbre que En llegando la ocasión uno se acuerda de lo que es preçiso hazer, y yo con el peligro de aquel suçeso pensé llevar Espada en el çinto y no traya como bien sabeis, puesto que todos los Capitanes que ahora bolvemos de arriba á esta Comemoraçion de méxico ninguno lleba Espada ni rrodela ni otras armas si no solamente este brotezuelo de olivera sobre del pecho como por galanía de Paz y buena amistad. Y estava diziendo que en aquel punto de hazer ademán por el açero, por poco me caigo muerto acabado, Y fue que se oyó un silbido como de cosa Mágica que no lo açertaré á dezir y tan estraña y nunca jamás vista ni oída En el mundo en todos los días de mi

vida. E con aquel Estruendo que propio se venía Encima de mí, pasar con tales bufidos un descomunal y feísimo Dragón todo negro y tan grande y largo, Y echaba por la boca en alto tales soplidos de humo y chispas, y por otras dos bocas ó nariçes en la parte baxa de la Cabeza que se arrastraba y tocava el suelo otros chorros ó surtidores tambien de humo. E apenas vide aquello que lo tuve por terrible E segura señal de muy mala abusión y Aguero, que en quando sentí que la fiera Ynfernal no me llevaba con Ella torné algo en mi sentido de aquel prodigio, de no creerse si no lo hobiera bisto de mi propia vista, y de Encontrarme con la vida y con todos los huesos y otras partes de la persona sin haver sufrido daño aparente, no me atreví hazer otra cosa, que con todas las ganas y A la buena ventura entrarme corriendo por el bosque Espeso sin arreparar en los peligros de tanta rrama y Espinas y fosos y troncos E demás ynconvenientes, que se me figura haver corrido mill años y uno más. Y loado sea Dios muy prósperamente, vos he açertado A descobrir desde aquel montezuelo y me soy entrado en Esta huerta saltando la Estacada de rramas de la çerca, y no sé los daños que avré hecho, miren tronchado ese arbolito de Naranjas y esas otras matas de Gardenias que todas ellas se han sacudido de las rramas, y aquel otro jazminero que toda la blanca Nieve de sus florecicas está caída ahora En el suelo, y



TLAXCALA

miren quanto destroço en esas pobres y humildes plantas de Fresas, que de todo Ello harto me pesa y soy pesaroso en gran manera. Y por mi santo patrón que habrían de me la hazer pagar esta Maldad... »

....

Y las plantas destrozadas: el fresal pisoteado, las gardenias y jazmines—cual lágrimas de pureza, regadas sobre el tapíz de verdor esmeraldino—pagaron aquel ultraje con oleadas de aromas que envolvieron á la *Sombra* en el invisible manto de un gran beso de perfume...



¡Habíamos resuelto ya el problema!

De un lado, quedábamos neutrales en el pleito de encontrados decires acerca del camino que tomara Cortés para pasar á la otra parte del Cofre de Perote—y ya se ha dicho que en la índole de esta crónica nuestra ningún papel se asigna á tales opiniones en discordia, con lo cual bien quedamos con unos y con otros: con los que dicen fue por Xicochimalco y los que afirman que fue por Naolinco; pues nosotros, para no disputar, ni ponernos en desacuerdo con fulano ni arriesgarnos á suscribir lo dicho por mengano, tomaríamos la ruta del *camino de enmedio*... Y de otra parte—siguiendo tal camino—al ganar, en pocas

horas, dos jornadas del tiempo que habemos disponible (perentorio, angustioso, á plazo fijo) será posible, siempre á costa de una enorme fatiga, llevar á cabo cuanto hemos prometido.

Además, reforzando estas razones que bastarán, creemos, á explicar plenamente la en apariencia absurda y paradójica resolución tomada, considere el lector—muy en serio, sin que le espante lo extraño de la idea—estas preguntas:

¿Quién resiste al deseo de atraer á estos tiempos de adelantos pasmosos á alguien que represente las épocas remotas, estableciendo así el contraste peregrino del alma y de la vida de ambas edades, imaginándose—diremos por ejemplo—resucitar en pleno siglo XX á un hombre que vivió tres, cinco, ocho, ó doce siglos antes?... ¿Quién no ha pensado nunca en los cruzados de Gofredo Bullón yendo á Jerusalem en automóvil, ó en Cervantes escribiendo á máquina el *Quijote*, ó en Nerón en su „baño" con luz, ventilador y estufa eléctricos, ó en Carlos V dictando por telégrafo las órdenes que impone á medio mundo?...

El silbato del tren, su estruendo de progreso, su penacho de humo confundiendo el hálito vigoroso de la ciencia, al perfume—poesía—del jardín cultivado y del salvaje bosque... El pensamiento fijo en los hombres, la época y los usos de cuando la Conquista... Considerar los obstáculos de aquellas caminatas por estos

fragosísimos lugares que hoy cruza la veloz locomotora... La ficción del espanto imaginado en la *Sombra* del héroe que nos guía... ¡Aquí de Arquímedes el jubiloso: *Eureka!*

¡Ya está resuelto el tremendo problema del inseguro itinerario y de ganar dos días en la marcha!

Tomaremos la ruta del *camino de enmedio*:

Este, es... ¡el ferrocarril!

Y en él—no os extrañe la idea—con nosotros tomará su billete y su puesto el bravo Bernal Díaz, para que del „Dragón mostrudo" y otros „encantamentos ynfernales" conozca los prodigios quien cruzó estas montañas, ha casi cuatro siglos, pasando toda suerte de fatigas y peligros muy grandes, sin que el ánimo fuerte desmayase ni el pecho diese abrigo á la pavura...



„...Oh, quan grand assombro y portento nunca visto, ahora que ya se me es ido algo el Temor, puesto que los peligros de çerca no son tan Espantables, y tanta fuerza me habedes fecho que sin rremedio dixe pues que no sientan Estos tales mi flaqueza A tal estremo que digan mentiroso soldado es Este que seguramente no estuvo en descobrimientos ni conquistas, antes bien nunca salió del Corral de su casa donde lo tenian puesto A cuidar las gallinas. E con aquella vio-

lençia, vamos adelante puesto que quien ya se ha muerto una vez sabe la cosa Mayor que le puede acaesçer, pero con todo lo dicho no habrá de negarse que esta máquina es aparato E artefacto notable de mucha Admiración de ver como se mueva y arrastre y corra sin que tiren della mulas ó Dromedarios ni otra clase de açémilas de fuerza, y esto yo nunca me pude ymaginar que fuese, ni soñado lo vide ni lo conprendo luego de haver bisto otras tantas Cosas en grandíssima copia, todas de ver y habiendo pasado tantas Mares y venir de tan lejos tierras. . . „

◆◆◆◆

—Todo eso tiene vida por el fuego y por el agua que producen esa fuerza: aquel vaho silbador que en dos chorros de bufidos se escapaba de las fauces del negro dragón horrible que en la selva os asaltó. . .

De ese *humo*, el vapor, dice un poeta, llamándolo „benéfico portento de la humana invención“, que

dominando á placer el vasto aliento

encerrado en un tubo, con rapidez pasmosa lleva al hombre al través del Océano y de los continentes.

Ese vaho que se escapa—no apreciado—de la vulgar marmita, aprisionado en calderas y en cilindros impulsa naves, arrastra estos convoyes que bien llamaste „sierpe furiosa, enorme“, la cual en sus anillos lleva de unas tierras á otras, riquezas, pobladores, vi-

sitantes, los productos del suelo y de la industria. Y por el facil contracambio de gentes y de cosas, la humanidad ha estrechado sus vínculos, los pueblos más remotos ya son vecinos entre sí, y el trato asíduo, las comunicaciones expeditas y cómodas, la distancia vencida y el tiempo acelerado, han convertido en hecho el pensamiento de que ya el hombre es ciudadano de todo el vasto mundo que habitamos.

Esa fuerza, también, mueve la fábrica que elabora alimentos, vestiduras, cuantos enseres la complicada urdimbre de la vida exige para sernos util y grata, y que así abaratados ya no son privilegio de unos pocos, ya no están reducidos á ofrecerse, rudimentarios, sólo los precisos á las necesidades primitivas; sino que llegan á todos los hogares y todas las esferas, son comunes al grande y al pequeño, y aquella elemental necesidad, tiránica, imperiosa en sus groseras exigencias, se desdobla ahora en mil diversas formas de complemento, despertando otras ansias de otras necesidades secundarias: el deseo de la comodidad, de lo que es bello, de lo que es agradable, de lo que nos invita á erguirnos sobre el suelo, á distender los miembros corrigiendo la postura innoble del simio, según dicen, nuestro remoto abuelo—en la estructura animal, no en el espíritu—y nos constriñe á levantar la cabeza de la gamella del grosero afrecho, haciendo que los ojos *se levanten* también.

Ese "humo", el vapor,...—mas, ¿qué, demudado otra vez y receloso, atendéis al estruendo inofensivo del leviatán rodante del Progreso?...

••••

". .—En Dios y en mi ánima vos aseguro Y os doy mi fe que no açierto A rremediar estos mudamientos de rrostro, y tengo para mí que son á causa de no ser Echo á estas novedades. E por ello se me han puesto aquí en la tapa del çelebro todos estos rruydos y esta Intranquilidad de tan gran movimiento, Y digo que os soplico y rrequiero de ver que se pare y detenga esta máquina de mis pecados, aunque me lo tengan por Cobardía y poco ánimo, que no estoy ya más para estas cosas y no quiero ser más loco, y que ya me tiene rrebuelto el Cuerpo y de seguro que voy A pasarlo más peormente que quando por la mar se adolesçe de aquella fea dolençia que todo son Erutos y sudores frios y otras cosas peores. Y desto no digo más, que ya he dicho las rrazones que convenía dezír, Y es que nos baxaremos deste Endemoniado artefacto, y iremos En gracia de Dios tranquilos y sosegadamente andando A pie sin sobresaltos hasta qualquier parage que lo havrá por estas partes, donde se rrescaten dos buenos Cavallos ó una mala mula y si no lo hay aunque sea medio Asno. Y dale dale que no haya miedo, ya me lo estais diziendo hartas vezes, y veo que desta Condenaçión y martyrio no he de verme libre, Y pues-

to que assí es salgamos á ese balcón delantero desta jaula Encantada. E sea Dios loado con grandes Alabanças puesto que no soy visto desas gentes viaxeras y ansí no harán burla destos trabajos y Tribulaciones que estoy sofriendo, y qué cosa tan linda y graçiosa que me daría de puñadas en el rostro, Es verme á mis Años haziendo pernetas caminando con este movimiento y trompadas del un lado y otro. Y por ventura que aquí En el balcón hay mejor ayre, y cata cata montesinos como dixo aquel, que todo en esta Tierra está mudado En cosas mágicas ó es que ya tengo yo el seso puesto del rrevés, y miren sino esas Estacas como corren en contrario, con esos alambres por arriba como rred, y ahora vean aquella choza grande como Casa con sus astas muy sutiles arriba en la azotea Y digo yo qué príncipes ó Caçiques tendrán tantas vanderas para poner arriba del Palacio. E por vida de sanes y canes, que En esto sí que no dirán que ando desconçertado en mis rrazones, y es que tengan como Cosa segura de que nos vamos A ver en algun rrencuentro de guerra ó rrençillas de pelea, pues oygan por el lado de aquello que paresçe un gran Barranco como se oyen disparos de cañón. E avemaría graçia plena, que será por Escapar del peligro desos tiros, pero arreparen de la manera desaforada que corre esta Máquina, y digo que viéndola como corre con tanta Frenesía por la tierra, después desto que Veo

y no me muero subitáneamente ya no havia de maravillarme que En teniendo la ocurrencia de hazerlo, lo qual plega á Dios tal no permita, que se havia de dar á volar tambien por los Ayres. E déxalo aquí puesto que no curo del Espanto y aun me lo van A tomar por niñerías...„

••••

—En todos los motivos de ese asombro, llega al completo—casi—la suma de prodigios de esta época nuestra:

De esos hilos por el alma metálica, corre invisible—en signos y en sonidos—el pensamiento humano, salvando mares, trasponiendo sierras y llenando el espacio de rúbricas de ideas; con tal velocidad, que compararla de este convoy á la carrera que tanto os maravilla, fuera decir que ahora viajamos sobre el caparachón de una tortuga...

Ya el rayo, dominado por el genio del hombre, ni causa espanto ni males acarrea, cuando, de la tormenta desprendido, lánzase lívido de furor y ansiando destrucción, sobre la tierra: esas astas de acero, sutiles y de nada en su apariencia—y cuya punta brillante semeja argénteo índice anunciando á las nubes que bien pueden cejar en sus enfados pues las saetas de fuego que generan no son ya sino fuegos de artificio, bellos é inofensivos—pescan y cazan en el mar del cielo las centellas que, peces voladores ignicentes, van sumi-

sos á dejarse prender por el anzuelo, á clavarse ellos mismos en la lanza de la gloriosa pértiga de Franklin...

No de guerra el estruendo repercute en las cuencas del valle dilatado. Con cada cañonazo que retumba del monte en las innúmeras gargantas, de la tierra—violentada en el misterio obstinado con que guarda y defiende, resistente, sus inmensas riquezas—avanza un paso el hombre en el camino por donde va al rescate del tesoro de gemas y metales que custodian los gnomos.

Y no os espante de vuestro pensamiento la tímida, inconsciente profecía al suponer convoyes voladores:

La divina chispa que de su esencia omnipotente puso Dios en el cráneo—sacra urna—del hombre, „que es su imágen" y el instrumento de su poder aquí en la tierra, no es luz é impulso cuya expansión creadora tenga asignado límites.

Si en el dominio de fuerzas y elementos la voluntad humana un paso más avanza cada día, y domeñó la furia de los mares y el fuego de las nubes, y exploró en las entrañas del planeta, y venció las distancias, é hizo suya la vibración universal que vive en el recóndito seno de las cosas—transformándola en luz y aprisionando su energía en frágiles vasijas y en sutiles hilos—y hasta se atreve á inquirir en la vida de los astros, ese trasunto de la divinidad, llamado HOMBRE,

no había de ser menos que las aves—señoras del espacio—y ya, osado y mártir y héroe de firmeza y de constancia en el glorioso empeño, ya se lanza del aire en las regiones, seguro—en plazo breve—viajero soberano de los cielos...

••••

En Perote—donde, como dice un romance

> Yo sólo te aseguro, lector mío,
> que allí hay muy buena gente... ¡y mucho frío!

nos esperaba la escolta militar que el señor Presidente de la República tuvo á bien disponer que nos acompañase, dando así honor y prestigio á la empresa nuestra, y siendo, tal distinción inusitada, una prueba ostensible de cómo fué recibido por el Gobierno de Méjico esta humilde pero muy sincera y muy entusiasta iniciativa para asociar el nombre español al regocijo de un pueblo hermano en la celebración del Primer Centenario de su independencia nacional.

Dicha escolta, destacada, por disposición del Ministerio de la Guerra, del 12.° Regimiento Montado, de guarnición en Puebla, llegó á Perote un día antes que nosotros, siendo alojada por nuestro estimado y ya antiguo amigo el General Don Felipe Mier en el soberbio Castillo de San Carlos, cuya inmensa mole cuadrada (fué construída esta fortaleza bajo el plan de que en ella pudiesen maniobrar diez mil hombres),

tiene—en sus enormes, pesadas proporciones y prosaico aspecto—el sello característico del tipo arquitectónico que tanto prodigó Carlos III.

••••

Tres jornadas, nos llevan á Tlaxcala.

Al mismo límite de este Estado con el de Puebla, á la hacienda „Mancera", sale á esperarnos el Gobernador, Coronel Don Próspero Cahuantzi, autoridad de mayor excepción en asuntos históricos de su país, que conoce cual nadie.

De raza pura indígena—es un elogio muy justo y muy debido—de un talento natural digno de todo encomio, de larga vida en constante actividad, conocedor de tres ó cuatro idiomas de los pueblos precortesinos, asíduo estudioso, pudiendo hacer—„á ciegas"—el mapa de su tierra, ginete infatigable, rebuscador constante de datos y noticias en los libros y en los antiguos geroglíficos y en las tradiciones del pueblo y en el sentido de cada palabra de las lenguas indígenas y hasta en las piedras de sus montes natales, el Coronel Cahuantzi es una verdadera viviente crónica, en los anales de la cual—burilados en la broncínea *tabla* de una memoria sencillamente fenomenal—se contiene un inmenso tesoro de historia patria.

••••

...En la Mitra, guardando la frontera de la antigua república, el recuerdo—apenas señalado en las ocro-

sas rocas — de la célebre muralla que defendía á Tlaxcala de sus mortales enemigos los aztecas. Abajo, la llanada donde reverberan al sol los remansos de arena del valle de Huamantla, que diríase un gran río de aguas estancadas en el oblongo dique cerrado entre montañas. Y montañas, paisajes, nombres famosos en cuyo bárbaro enunciado hay vibraciones de un ténue acento de poesía épica, perspectivas, recuerdos, todo mézclase en la retina y en la mente del peregrino:

El cerro Quimichoccan... El lugar probable de la batalla en que los escuadrones aguerridos de Chichimecatehutli arrebataron á los castellanos una bandera — la primera perdida en la Conquista — revés callado piadosamente por cronistas amigos: con lo cual los honores de la historia (con tal piedad negados á una enseña, gloriosa aun en poder del enemigo) correspondieron á la decapitada yegua del soldado Morón... Allá, á lo lejos, el cono eternamente blanco del Pico de Orizaba — el Citlaltepetl ó *cerro de la estrella*... Más cerca, el cerro Tzompantzingo, ora real del tlaxcalteca ejército, ora campo de las tropas ibero-cempoaltecas; y á nuestro frente, azulea, velada por la ténue gasa luminosa de la calina, la elegante silueta de la Malinche, la montaña del poético nombre *matlalicueytl* ó sea „la mujer de la enagua florida" por las campánulas color de violeta que tejen regio manto sobre el cuerpo yacente que visto desde lejos finge el

contorno de la serranía, en cuyo nombre popular nos place ver algo así como un eterno monumento á la memoria de aquella insigne india que se llamó Doña Marina: el mejor apóstol y soldado que Dios y Carlos V pudieron hallar en estas tierras para someterlas á la ley del primero y al cetro del segundo...

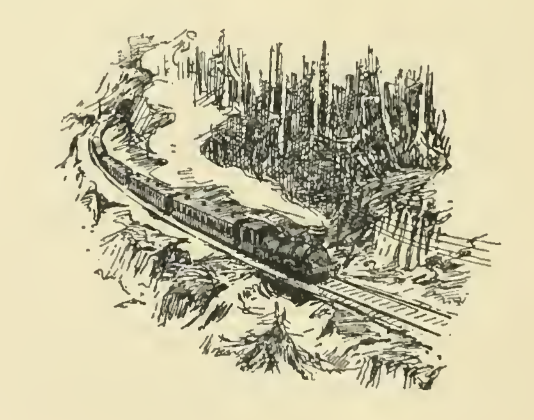
Y en nuestra ruta, al través de arenosos fértiles campos donde abren sus enormes cogollos de pencas arqueadas los magueyes y amarillean en su muerte temprana los maizales que, apenas nacidos, quemaron las heladas, brotan también á cada paso—secos ya por el hielo de los tiempos—los recuerdos de la gran epopeya:

Que aquí, en el *pequeño* solar de la *gran* república tlaxcalteca, fué honrada la aventura de Cortés y su gente con la heróica resistencia de un pueblo fuerte defendiendo su tierra de la invasión extraña. Aquí, se puso á prueba el tesón indomable y el potencial inmenso que en sí llevaban aquel puñado de soldados y la empresa que hubo de confiarles el Destino. Aquí, resplandeció en los pintados cuerpos—„como estandartes"—y en las capas de plumas irisadas, y en las cuchillas de obsidiana de las macanas, y en la insignia de la *garza blanca*, y en los vistosos cascos, y en el bélico son de las bocinas y de los *teponatzles*, y en el águila de oro y esmeraldas, en los arreos y en el denuedo de las bravas milicias del joven Xicotencatl, res-

plandeció, decimos, la valía de aquel pueblo rebelde á todo vasallaje extraño.

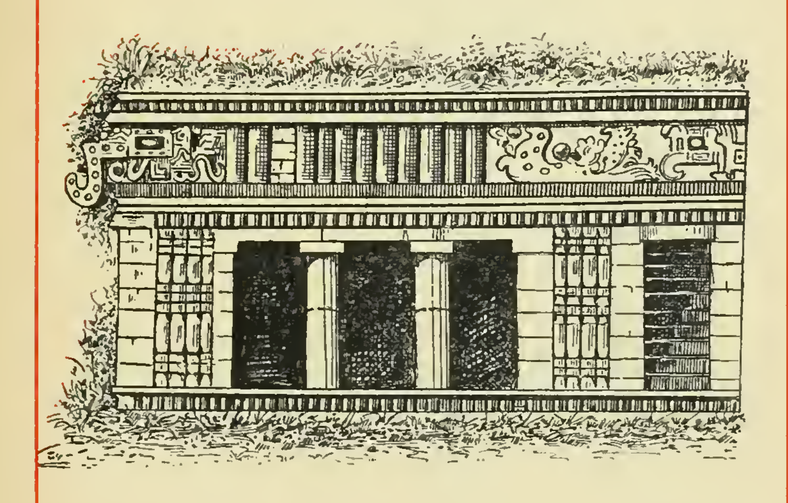
¡Y si el Conquistador mereció de su esfuerzo y de su suerte tener por aliados á gente de tal brío y tal pujanza, doblemos la cabeza con profundo respeto ante el hecho estupendo! Y, desdeñando el riesgo de merecer el mote (no se sabe si denigrante ú honroso en estos tiempos) de *creyentes en cuentos de misterio,* demos aquí un lugar á la sospecha de algunos senadores de la antigua Tlaxcala:

„... Tenemos de nuestra antigüedad cómo han de venir gentes de la parte de donde nace el sol, y que han de emparentar con nosotros, y que hemos de ser todos unos... Estos son y estos nos vienen á buscar, y no son otros".



¡Oh vetusta Ciudad que fuiste un día
"Roma del Anahuác precortesiano!"

G. Fernández de Lara.



Cap. XII

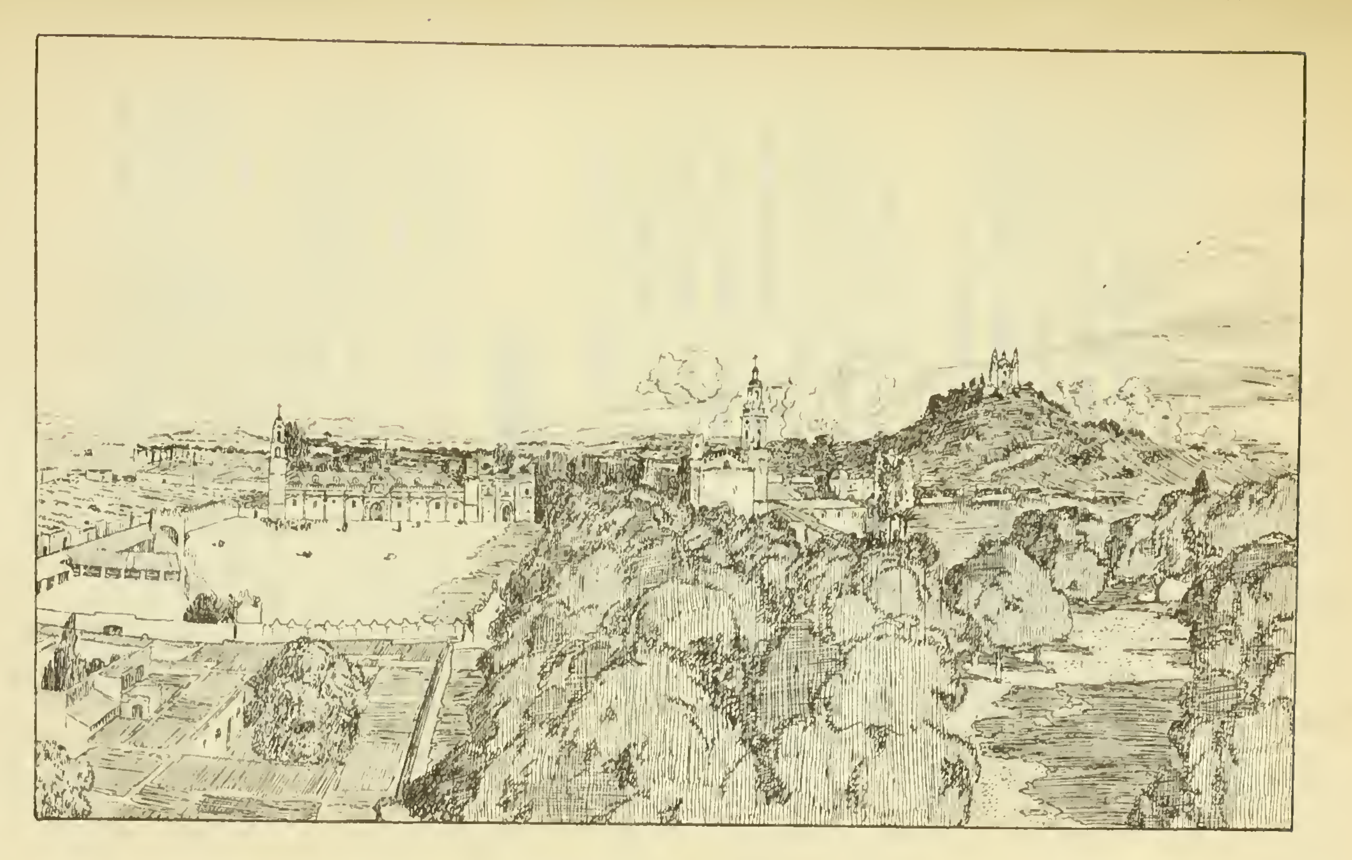
CAPÍTVLO DVODÉCIMO

COMO DE TASCALA NOS FUYMOS EL CAMINO DE CHOLOLLAN, DONDE EN ESTA VEZ NO HOBO MATANÇA Y SÍ UN MUY RREGALADO AGASAJO QUE NOS HIZIERON MUCHAS GENTES MEXICANOS Y ESPAÑOLES

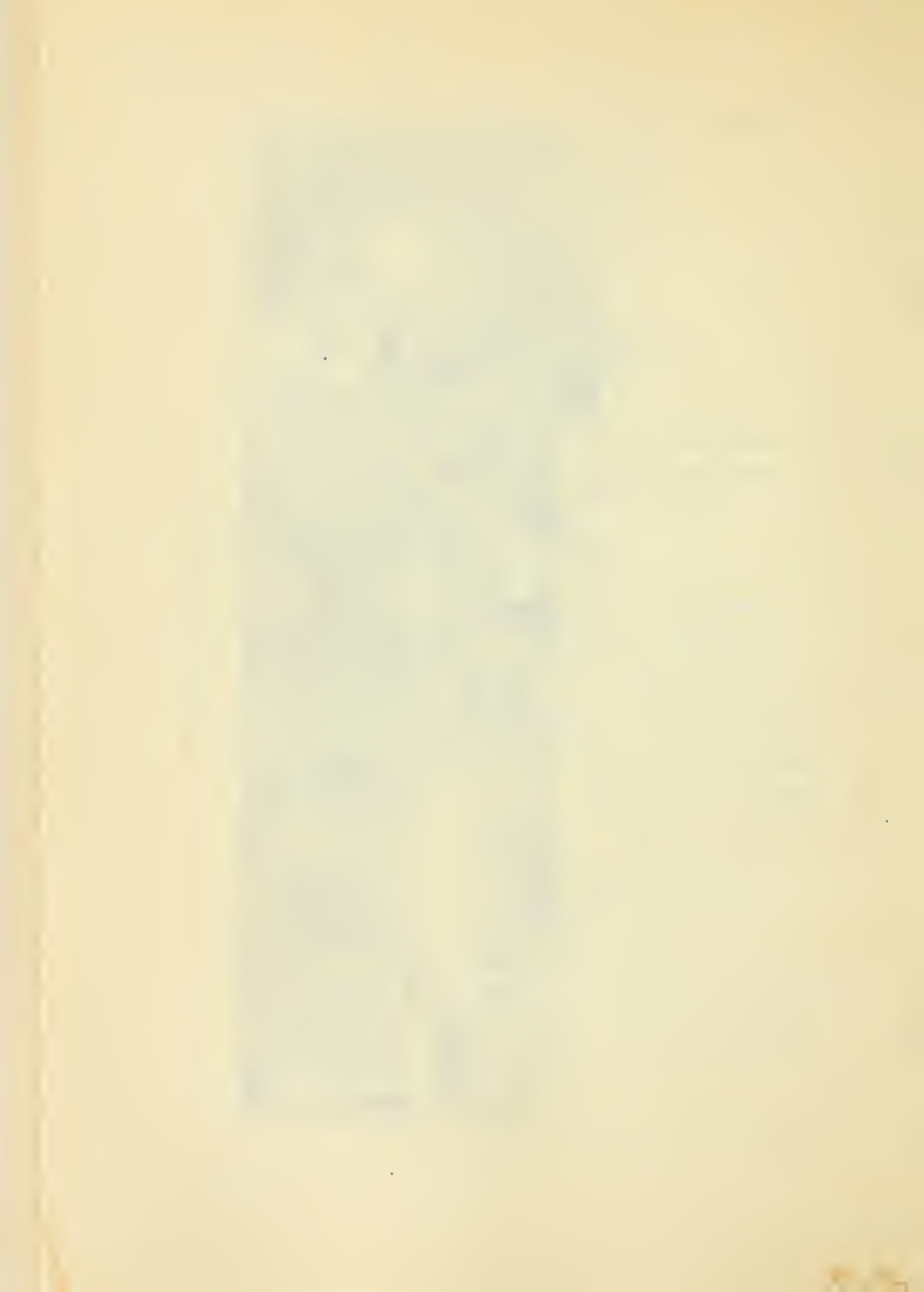


EL Gobernador de Tlaxcala quiere ser nuestro guía en la visita á la ciudad del mismo nombre, capital del Estado.

Donde, independientemente de su interesantísima historia antigua y del papel que desempeñó en la Conquista y de su vida de hoy y del caracter de la población actual é índole característica de sus habitantes, lo que más agrada allí al viajero—al menos, si es de nuestra „cuerda“—son la tranquilidad y delicioso ambiente de familia que se disfrutan en aquello que es un verdadero retiro de todo „mundanal ruído“, una „estación de descanso“. —¿Porqué no citar el caso, cuando tan de moda están las estaciones balnearias, de invierno y de verano, donde, en las más acreditadas, sino la paz para el es-



CHOLULA Y SU PIRÁMIDE



píritu y la salud para el cuerpo suelen encontrarse todos los inconvenientes de la ciudad, en forma de timbas, saraos, fiestas ruidosas y la obligada esclavitud del armario ropero? En cambio, aquí, como descanso, clima agradable y vida sosegada, nadie habría de llamarse á engaño.

Como no entra en el plan de este relato, ni hay tiempo ni lugar para hacerlo, historiar hechos ni siquiera citar fechas en cantidad proporcionada al número de eventos notables de que fueron teatro estos lugares, de la tentadora lista de efemérides tlaxcaltecas, recojemos ésta con los debidos honores:

„En el año de 1524, se estableció aquí la primera escuela del Nuevo Mundo."



Y en la iglesia de San Francisco, ante el célebre púlpito de las primeras prédicas del Evangelio en Méjico y la no menos célebre pila que, según tradición, sirvió para el tan sonado bautizo de los cuatro caciques, senadores ó señores, Xicotencatl, Maxixcatzin, Citlalpopocatzin y Tlehuexolotzin, apadrinados, respectivamente, por Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Andrés Tapia y Gonzalo de Sandoval... Y visitando los informes restos de los cuatro cuarteles ó "cabeceras„ en

que se dividía la antigua ciudad. . . Y en las *casas* de Xicotencatl, donde no cuesta muy grande esfuerzo imaginarse al viejo y achacoso señor esperando en las gradas del patio, rodeado de los otros jefes de la República, para hacer „la ceremonia tan famosa de aquel solemnísimo recibimiento" dispensado á Cortés. . . Y en las umbrías del rio Tzahuapan—que todas las potencias marítimas é institutos navales, arsenales y astilleros del mundo debieran considerar *Monumento de la Marina Universal*, pues allí, en aquel rio y en aquellos bosques, á una altura de dos mil metros sobre el nivel del mar, se llevó á cabo la ocurrencia más genial que podía nacer en la mente de un hombre y ser llevada á efecto por la voluntad de un titán: la construcción de los trece bergantines probados en una presa hecha para el caso, desmontados luego, transportados á lomo de indio hasta el lago de Texcoco y allí vueltos á armar. . .

En esta interesante peregrinación, el Coronel Cahuantzi, con su charla incesante, monorrítmica, reposada y clara, fué desenvolviendo la sugestiva película de su portentosa memoria y de su vasta cultura, con brevísimas frecuentes interrupciones que, si cortaban el hilo del relato, servían en cambio para documentar el estudio que procuramos hacer del personaje, pues aquellos paréntesis en el paseo y en la charla corresponden á lo que es más típico en este gobernante,

como ningún otro en constante y efectivo contacto con sus administrados.

En cada esquina, á cada punto, en medio del camino, subiendo á un cerro, en el rio, en todas partes, se nos acerca un fulano, una mujer del pueblo, un campesino, un *indito*, cualquiera; y allí, al aire libre, sin ceremonias, con llaneza simpática, habla al Gobernador de asuntos que, la inmensa mayoría de las autoridades similares, en todo el mundo, escuchan en días señalados y á horas fijas—prestándoles mayor ó menor atención é interés—en un despacho oficial (con su correspondiente antesala y la paciencia que este nombre supone) y que, casi siempre, son tales asuntos, de esos que puede resolver un subalterno de oficina.

En el caso de este gobernante ideal, hay la circunstancia—el hecho es frecuentísimo—de que en sus audiencias ambulantes las cuestiones que se le plantean refiérense á la vida doméstica de los interesados. Le consultan la compra de un jamelgo, la conveniencia de tal ó cual cultivo, esta rencilla de familia, aquella duda sobre tal lindero; le hablan, en fin de cosas que podrían contarle al médico ó al "licenciado", ó al policía de la esquina, ó al vecino de enfrente.

Pero "Don Próspero"—como familiar y cariñosamente le llaman todos—á todos oye, á todos aconseja y á todos procura complacer. Que es hombre que

entiende de todo cuanto sus conciudadanos y gobernados se les ocurra hablarle:

Hijo del campo y viviendo en una comarca esencialmente agrícola, él sabe como nadie la clase y forma de cultivo más adaptado á las condiciones de las tierras de tal "rumbo". Conocedor del terreno palmo á palmo, lleva en la cabeza, como suele decirse, el registro de la propiedad en sus más nimios y enrevesados detalles, conociendo cada asunto desde sus antecedentes más remotos. De iniciativas y laboriosidad poco comunes, *inventa*—es la palabra, en su acepción de esfuerzo y de constancia en un propósito—inventa empresas beneficiosas al desarrollo de la riqueza del Estado: transformación de los medios de transporte, alumbrado eléctrico, ensanche de operaciones de una agencia bancaria, aprovechamiento industrial de corrientes,...—¡y el señor Cahuantzi dista muchísimo de ser un hombre rico!

Por estudio, por práctica de muchos años y por un don especial que lo hace digno de tal título de consumado zahorí, donde él diga que se excave un pozo, es matemático—no ha fallado una vez tan siquiera—es seguro, que á la profundidad prevista se encuentra el venero de agua.

De una resistencia física, sencillamente fenomenal á sus años, y habida en cuenta su corpulencia y lo agitado de su vida de militar, á las tres ó las cuatro de

la madrugada comienza sus labores, diremos de oficina, preparando minutas que se refieren á todos los ramos de la Administración. El tiempo sobrante hasta el amanecer, lo dedica á su afición favorita, la lectura de libros de Historia. Y con el sol, sale de su casa, caballero en brioso alazán—que muchos jóvenes mirarían con respeto—vistiendo el traje típico de los *rancheros* ó campesinos mejicanos (el vistoso traje *charro*) y va á visitar sus haciendas que dirige él mismo, atendiendo á todos los requisitos y exigencias de las labores.

Ya se ha dicho en estas páginas que el Coronel Cahuantzi es un erudito en toda la extensión de la palabra. Es un estudioso "directo" de las cosas de su tierra, acerca de las cuales "se documenta" en la realidad, en sus propias investigaciones, en antecedentes, no de oídas y de segunda mano, pues los mejores materiales con que ha construído los cimientos de su criterio como prestigiosa autoridad en achaques de historia patria, han sido aportados á su solar mental por la metódica, paciente y escrupulosa labor de quien, como él, investiga sobre el terreno y lo explora con la piqueta del profundo conocimiento que tiene de las lenguas mejicana y otomí.

En tal sentido, la *Historia de Tlaxcala* que está escribiendo desde hace muchos años, habrá de consti-

tuir un verdadero monumento que honrará á Méjico y á las letras castellanas.

Por algo que muy personal é íntimamente nos toca á nosotros como españoles, es asimismo, Don Próspero Cahuantzi, un buen amigo de la nación que en fecha ya remota sojuzgó á su pueblo; y tenemos en cartera apreciaciones suyas, interesantísimas, acerca de algunos hechos de la Conquista que constituyen puntos muy delicados de la historia de aquel gran suceso. Nos las reservamos para otra ocasión, ya que la índole de esta obra no permite extensas divagaciones en tal sentido; adelantando únicamente que, teniendo en cuenta el abolengo étnico del personaje y su indiscutible autoridad en la materia, tales apreciaciones equivalen á un gran consuelo y á una intensísima satisfacción para quienes, sin patrioterías trasnochadas, ni exaltaciones de campanario, ni criterios mezquinos, desean para el buen nombre de su pobre patria una flor de cariño y de justicia que arome las heridas que le infligieron—por rutina ya que no por animadversión deliberada—casi todos los historiadores propios y algunos de los extraños, especialmente en la pasada centuria.

Considérese, pues, un „anticipo" de gratitud esta parrafada un si es no es biográfica acerca del señor

Gobernador del Estado de Tlaxcala, aunque con ella —si bien por excepción—nos salgamos del plan propuesto para este libro, donde faltan tantísimos otros „certificados de agradecimiento" á muchísimas otras personas que, en el curso de la *Ruta*, también tuvieron para con nosotros—y, á pretexto nuestro, para con España—bondades y afectos que nunca podremos pagar debidamente.



Nuestra escolta se reforzó con dos guardias rurales que el Gobernador dispuso nos acompañasen en calidad de guías. Y una mañana, deliciosamente calurosa, proseguimos el viaje rumbo á Cholula, pasando por Acuitlapilco—un paisaje de encanto encuadrando la preciosa laguna del mismo nombre; y luego, Tepeyanco, donde renuévase la impresión de realidad del constante recuerdo de nuestra amada Valencia, al cruzar por entre huertas admirablemente cultivadas y plantíos de alelíes y amapolas de jardín, cuyos simétricos macizos de espuma, de sangre y de amatista tienen por seto rosales de parral, cuyas trepadoras ramas —con más flores que hojas—se escapan de la línea de la valla é invaden el camino; Zacatelco, donde nos resultó simbólica y altamente simpática la circunstancia de que nuestra cabalgata siguiese el verdadero labe-

rinto en zig-zag que allí forma el camino, flanqueado por descomunales magueyes, cada uno de los cuales lucía—seguramente para espantar á los pájaros de los sembrados—una banderola blanca; y después, Zicotzinco en cuyas cercanías se confunden en un beso de linfas el Tzahuapan y el Atoyac...

En Cholula nos esperaba el Presidente del Casino Español de Puebla á la cabeza de una nutrida representación de nuestros paisanos residentes en dicha ciudad.

Poco después de nuestra llegada, vinieron á engrosar el grupo de nuestros compatriotas, los mejores entre los muchos y buenos amigos mejicanos que tenemos la suerte de contar en el seno de la culta sociedad poblana.

Y, aquí, una pequeña observación:

Las banderolas á que antes nos hemos referido, fueron un símbolo casual. El salón donde se sirvió el espléndido banquete con que los españoles obsequiaron á las autoridades de Cholula, comisiones de Puebla y representantes de la prensa, estaba literalmente tapizado de camelias blancas...

Siempre son oportunos y tienen su significación esos detalles en consonancia con el acto que se celebra.

Nada tan elocuente y acertado como aquel adorno, tratándose de una fiesta fraternal entre mejicanos y es-

pañoles, precisamente en el lugar donde se escribió una de las páginas más rojas de la Conquista, precisamente allí, en Cholula, cuyo nombre no puede pronunciarse sin que surja el recuerdo de la horrible matanza que hubo en aquel lugar...

Después de muchos siglos, aquella mañana, seguramente, flotó sobre la *Ciudad Santa* del antiguo Anáhuac el blanco manto del dulce Quetzalcoatl, que, desde lo alto de la hermosa Pirámide que la fe tolteca erigió al dios-apostol, sonrió complacido ante aquel consolador espectáculo de paz y de concordia...



Y es que hay almas ocultas en la sombra
Que esperan impacientes tu llegada.

Francisco A. de Icaza.



Cap. XIII

CAPÍTVLO DÉCIMOTERCERO

RRELAÇIÓN DEL VIAGE HASTA LAS DOS SIERRAS MUY ALTAS Y MUY FRIAS, Y DE LO QUE NOS AVINO EN EL LUGAR LLAMADO DE TLAMACAS



ATIGA y no pequeño espanto señalan por manera excesiva esta jornada.

Ella tiene por meta el poblado de San Nicolás de los Ranchos, en los primeros escalones del Volcán.

Por evitar el sol y porque dicen que la etapa es corta, salimos de Choluca después de las cuatro de la tarde.

Excesivo el calor por la mañana, á aquella hora pronto se siente la necesidad de requerir los guantes y el abrigo y de trocar el sombrero de *metate* por la gorra afelpada.

Los caballos caminan jadeantes, hundiéndose en la arena del camino serpeante en la gris llanada de sedientos barbechos.

Fría la tarde y la hora medrosa, aletea, invisible, en el ambiente un ceño de misterio.

La neblina que precede á las sombras ha ocultado la mole del Iztaccihuatl—*la mujer blanca*—que en su lecho de nieve espera eternamente que el esposo, ¡tan próximo!, derrita con un beso de fuego los perennes hielos de aquel tálamo infecundo y aterido.

Y, también tocada con plomizo albornoz, la *montaña humeante*, el Popocatepetl, esfuma la elegante silueta de su cono tras el creciente remolino del halo de la noche que lo envuelve.

En el llano, ¡también silencio y sombras!...

En la mancha de breves, aisladas arboledas, piérdese á veces, fugaz, la lágrima de fuego de una luz parpadeante en la pupila blanca de una choza encalada que oculta la maleza.

Del perfil indeciso de boscosa colina, sobresalen, en el plano de vaga perspectiva, el contorno de un campanario, ó el rojo diluído en ceniza de una casa ruinosa, ó la nota pardusca de un ermitorio solitario y mudo, ó el brochazo más negro de un árbol, que es un inmóvil gesto, hierático, vigilante, mirando al valle é interrogando á lo alto...

Aulla un can, coreado á lo lejos—en amplio semicírculo de agoreros ladridos—por otros canes que á

distancia se dicen sus alertas, saludos y amenazas.

****

En cada matorral hay un graznido. En cada cerca una carrera de alimañas en fuga. Y en cada terrón del rastrojo agrietado, un chillido de grillo, un gangoso ronquido de asmáticos anuros y una gutural burla de insolentes cuclillos...

****

Con su paso de trote, crúzase con nosotros la pedestre caravana de indígenas que el trabajo del campo devuelve al descanso del mísero poblado de misérrimas chozas.

Vienen por los ribazos que amurallan el camino arenoso.

Ya próximos los unos á los otros, ellos dejan su senda. El trote se suaviza un tanto en su uniforme sucesión de saltitos. Se aclara el grupo brincando al labrantío por entre los magueyes. Adivínase, mejor que vese, un ademán de los hombres quitándose el sombrero, y se presiente que las mujeres, bajando la cabeza, se han vuelto de espaldas al camino...

A poco, si mirais hacia atrás, de nuevo organizada la fila sobre el apisonado caballón del ribazo, la caravana pedestre ha vuelto á su trote uniforme, á su marcha de rítmicos saltitos, que en la penumbra del medroso paisaje da una nota de vagos tonos claros—los calzoncillos, camisas y sombreros—moviéndose en la sombra...

Pasado Calpan, el viaje toma el carácter de una temeraria aventura.

Por si la noche—sin luna y sin estrellas—no fuera asaz oscura, el camino es un tunel abierto en la arboleda espesísima, entre altas paredes contra las cuales, al menor descuido, pasáis rozando el cuerpo; y se hace peor á cada instante, internándose en una angosta garganta de la sierra donde no son escasos los obstáculos.

Enormes peñascos, troncos caidos, matorrales que más ocultan la vereda—ya invisible en la negrura—hacen que los caballos se detengan recelosos á cada paso, protestando con sus relinchos y bufidos de aquel innecesario disparate en que nos aventuran nuestros guías.

La noche negra, la selva impenetrable, el sendero llevándonos al fondo pedregoso de la angosta barranca—para serpear luego por boscosas laderas en cuestas empinadas y rápidas pendientes de precipicio... El prudente caminar lento de los caballos olfateando peligros; el grito del indígena guía que avisa un paso más difícil en la dificultad continuada de aquel camino de infierno; el latigazo en el rostro de las lianas y ramajes pensiles que nos abofetean á trallazos contínuos; y el coro de ruidos que agranda el eco en el estrecho y profundo desfiladero: el crujir de la hoja-

rasca bajo los cascos de las bestias, y el rodar de las piedras al abismo, y el siniestro blandir de los machetes contra los troncos... Todo ello ameniza la marcha, haciéndola fantástica, inverosímil en sus inconvenientes, como adorno de un cuento de terrores...

—¡Por aquí!... ¡No hay peligro!... —grita una voz que suena muy lejana, semejando mejor el acento angustioso de quien demanda ayuda, que voz sosegadora del ánimo intranquilo.

—¡No hay peligro!... ¡Adelante!...

Y un estruendo de metales restregados entre sí y chocando contra piedra, nos dice que un soldado acaba de apearse, involuntariamente, del caballo.

Dura un punto el temor de una desgracia: la carcajada de algunos hombres indica que el caido sigue en disposición de volver á caer...

Y la distancia, que nos dijeron era de tantas leguas, se duplica y triplica, ya nos parece corresponder á una etapa de fijo inacabable... Y así, más familiares con nosotros, posesionados de nosotros, flotan—sensibles—en el mar de negruras de la noche y el bosque, en el piélago de congojas que apretujan el alma amedrentada, flotan allí los manes de los antepasados que por estos lugares anduvieron medrosos, angustiado el espíritu y ojo avizor y cuidadoso el pie y el ánimo en recelo y el oido atento, cuando estas rutas se obstruían por labor enemiga con tranqueras de ramaje y



EL POPOCATEPETL VISTO DESDE TLAMACAS

árboles derribados de propósito para impedir el paso de la temida tropa invasora de los dominios del señor Moctezuma...



Todos los habitantes de San Nicolás de los Ranchos han desfilado por la plaza presenciando los preparativos de la marcha.

Estos, son laboriosos, interminables.

Toda la diligencia y buena voluntad del Presidente Municipal de este lugarejo, se estrellan y fracasan contra la invencible apatía de sus subordinados.

Ellos dicen á todo que sí, que „está bueno, señor", y salen disparados á cumplir lo que se les ordena, á dar el recado que se les confía. Pero son tardos en el regreso, y vuelven lentamente, perezosos, sin haber resuelto el encargo que llevaron. ¿Por qué?: pues, *¡quién sabe!*...

Son curiosos los comentarios y preguntas que, dichos en voz baja, con aire de misterio, sorprendemos entre los grupos de la gente.

Los soldados de la escolta es lo que más preocupado trae al pueblo soberano.

¿A quién van á buscar, ó qué irán á hacer en el Volcán?...

Nosotros, para muchos de aquellos asombrados indígenas—no exentos de malicia, no tan ingénuos é inocentones como piensan muchos—somos los jefes de la tropa aquella que, de fijo (hay más de uno y de dos que así lo han dicho) es una tropa alzada... O somos *gringos* que, con apoyo del Gobierno, vamos á tragarnos de un sorbo la sierra entera con todos sus pinares, caseríos, ganados y habitantes...

Como compensación á tales pareceres, que son un gran insulto aunque inocente—y que, por cierto no deja de darnos cierto prestigio en el ánimo de estos fantaseadores—hay otros que nos toman, nada menos, que por dos generales del Ejército, viajando de incógnito,... „¿para hacer qué cosa?"... Pues, *¡quién sabe, señor!*...

Por fin, ya está la caravana pronta á partir.

Abren la marcha una docena de indiós reclutados entre los prácticos de la montaña.

Calzan todos guaraches—*que son á modo de los alpargates de nuestra tierra, aunque solo de un trozo de suela y unas toscas correuelas, sin cubrir el pie, á manera de sandalias de flayre descalzo*—y visten todos el imprescindible, deshilachado, pardo zarape, á guisa de pequeña casulla. Varios de ellos llevan al hombro, á modo de aijada pastoril, una enorme carabina roñosa que nos da más miedo que todo el armamento de la escolta.

Van al trote; delante de nosotros, y pronto los perdemos de vista entre los altibajos del terreno.

Ellos llevan las provisiones comestibles—de personas y bestias—en fardos y canastas, sobre la espalda.

No es necesario el peso y el volumen de abundantes viandas: sólo el almuerzo. En Tlamacas, donde pernoctaremos, y donde hay una barraca de madera—el último refugio que se encuentra ascendiendo al Volcán, ya casi en la región de las nieves perpétuas—deben estar ya esperándonos, gentes de Amecameca, en la vertiente opuesta de la montaña, con comida bastante para tres días, que contamos nos sea el tiempo necesario de vida montaraz, antes de llegar á lugares poblados.

Por eso hemos rehusado la oferta reiterada de nuestro buen amigo el *presidente* y nuestro huesped en San Nicolás, de aprovisionar en abundancia la „carga" de los indios.

Hemos pensado: ¿para qué, inútilmente, fatigar á estos pobres?, ¿para qué aumentar más el peso y el volúmen de nuestra impedimenta? Es tontería cargar con cacerolas y guisados, con frascos y botellas, cuando en Tlamacas nos espera—pedido por telégrafo desde hace cuatro días y con indicación exacta de la fecha—quien bien sabe que allí debe llevar de todo, porque allí todo falta.

Y emprendemos la marcha, ya relamiéndonos de

gusto, anticipadamente, pensando en los *platillos* sabrosísimos que se preparan en la sierra, á estilo pastoril...

Seguimos por buen trecho, describiendo un zig-zag interminable, el cauce pedregoso de un barranco.

Luego, dos ó tres poblados de otras tantas casucas cada uno y algunas chozas más, desparramadas en la campiña breve que allí caracterizan frondosos, hermosísimos nogales.

Pronto se entra en la sierra, sin grandes transiciones en la subida y en el paisaje, sino de golpe, repentinamente.

Ya en la primera dehesa de encinas y pimpollos, nos anuncia el terreno cuál y cómo va á ser esta jornada.

Cuestas empinadísimas, son una sola cuesta sin solución de continuidad, describiendo curvas fantásticas, serpeando, para salvarlas, por y entre cerros que á veinte varas de distancia no dejan ni suponer siquiera qué trazado y orientación seguirá la vereda por entre aquellas rocas que parecen prontas á desgajarse y rodar al abismo. Este sendero, bueno para las aves, nos lleva á un paraje de nombre amable pero historia trágica:

El Mirador. Desde aquella terraza ó balcón natural, se gozan, en efecto, perspectivas soberbias. Pero aque-

llo, en no remotos tiempos, fué la atalaya preferida de los salteadores que infestaban el país dándole triste fama por la inseguridad de los caminos.

Y, ¡arriba, siempre arriba! Los indios de la carga, aunque avezados á mayores pesos y á caminar, trotando siempre días enteros, aquí sienten los efectos de la rarefacción, del aire lo mismo que nosotros la sentimos, y de trecho en trecho detiénense agobiados, apoyando la espalda en el tronco de un pino.

En La Venta — una choza en ruinas — dicen los guías que no es prudente detenernos á almorzar, como era el propósito, pues allí, ya lo vemos, no hay ni un cobertizo, y es seguro que antes de media hora tendremos encima la tormenta:

Negros nubarrones, en fantásticos remolinos, vienen de lo más alto de la sierra, como humareda de cien volcanes, invadiendo las cuencas y hondonadas, que pronto son un mar tempestuoso de pavesas—ya extintas, después de algún incendio del espacio, en cuya ingente hoguera sopló irritado el genio de los vientos.

Conviene hacer un esfuerzo, espoleando sin lástima á las rendidas bestias, para llegar — es cuestión de media hora escasa — al sitio que se llama Pelagallinas.

¡Marchando, pues, que este nombre es simbólico!: si allí hay gallinas que pelar, bien puede compensarse la fatiga y el sacrificio de aplazar el almuerzo hasta la tarde.

Y, efectivamente: menos afortunados que Cortés que aquí encontrara espléndido aposento, nosotros llegamos al lugar, que—es otra choza en ruinas—sin un mal cobertizo donde refugiarnos, ni indicios de acomodo, ni señal de agua donde abreven las bestias... Y en cambio, sí, repentina, brutal, una furiosa granizada que es pedrea rabiosa de guijarros de hielo, que espanta á los caballos, y á nosotros nos hace preguntar iracundos:—„¿y ahora, dónde vamos?, ¿qué se hace?“ —para que nos contesten, insensibles al tremendo conflicto, aguantando pacientes el pedrisco é imperturbables de frente á nuestro enojo:

—*Pues, ¡quién sabe, señor!...*

¡Adelante!, ¡á Tlamacas! Es cuestión de otra hora de hambre y de cansancio, ahora con el tentador aliciente de perder el sendero cortando el oleaje de las nubes que nos envuelven en turbiones plomizos, empapados en agua y aguantando el peso y el continuo trallazo de los hilos á nudos de aquella espesa cortina de granizo.

El espectáculo es dantesco, es un capítulo de la novela más fantástica que nunca se escribió.

Los pinos de troncos retorcidos, gesticulan abofeteados por la furia del vendaval. Huyendo de la tempestad y protestando de nuestra osada presencia en aquellos lugares, algunas reses bravas que á la busca de pasto remontaron hasta allí su lento paso de errantes de la

sierra, pasan corriendo con siniestro estruendo de ramajes tronchados, piedras que ruedan á los barrancos y mugidos que repite y multiplica el eco en siniestra espiral de trueno desgarrado.

Inevitablemente acude al pensamiento el recuerdo del atrevido Diego de Ordaz y sus acompañantes, desafiando los primeros la miedosa tradición indígena que aseguraba la muerte á quien intentase penetrar el misterio de la montaña humeante.

Y bien merece consignarse aquí un curioso capricho de la casualidad.

Cuando en Pelagallinas vimos que los inconvenientes de la jornada se aumentaban con el furioso temporal que sólo Dios sabía cuándo nos permitiera realizar el propósito de llegar hasta la misma orilla del cráter del Volcán, tuvimos el acierto de disponer que la escolta se fuese á Amecameca, descansadamente, y allí nos esperase.

Con ello evitábamos á los hombres y á los caballos —que más ya no podían con sus cuerpos—la fatiga inutil de la ascensión molesta; y además, si como todo lo anunciaba, debíamos estar en el monte más tiempo del previsto, con tal medida restábamos algunas bocas á los forrajes y á las viandas que pedimos subieran á Tlamacas.

—A ver, muchachos—ordenó el teniente después de formar el pequeño escuadrón—uno de ustedes que

acompañe á estos señores hasta donde ellos vayan.

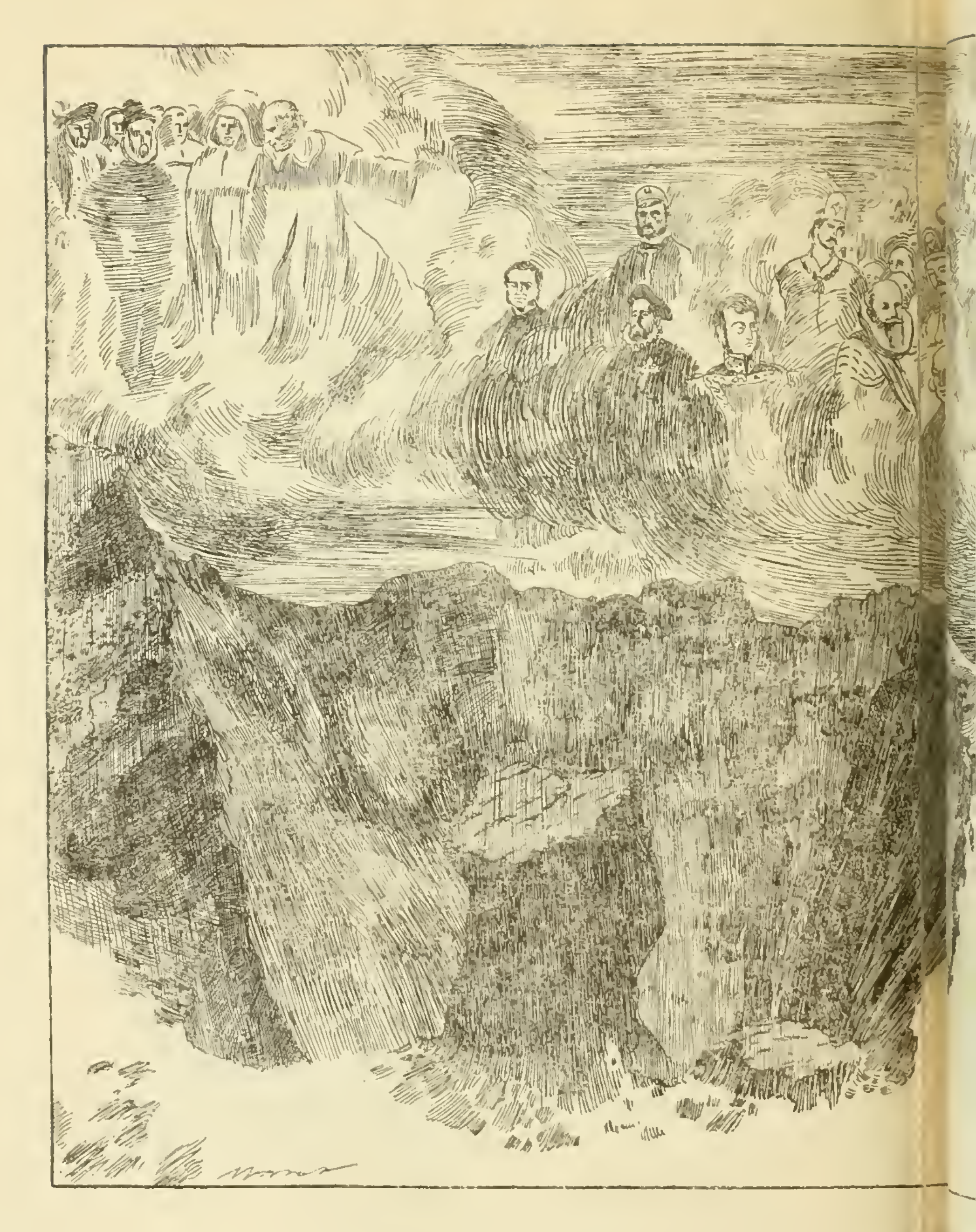
Y diligente, servicial, simpático, en el movimiento que á una hicieron aquellos buenos mozos simpáticos, serviciales y sufridos, se adelantó á los demás el que iba á ser en la aventura del volcán nuestro asistente, eficaz en el servicio y la grata compaña.

Ved la casualidad: aquel soldado, se llamaba Apolinar Ordaz...

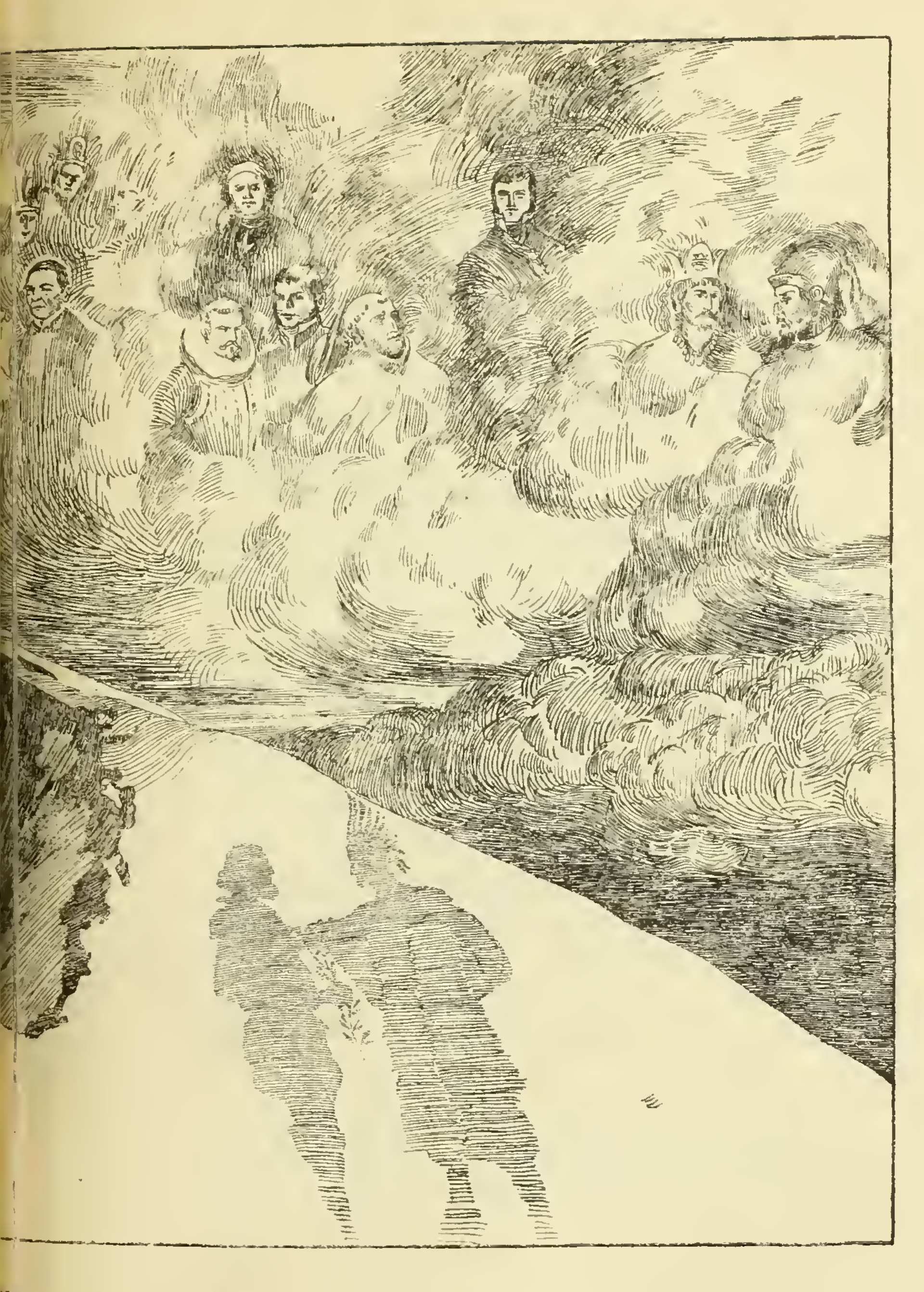
Los cronistas aquí, en mérito á la coincidencia, creen cumplir con un deber de gratitud señalando un paralelo entre el capitán de la tropa cortesina y el soldado de nuestra escolta mejicana:

Diego de Ordaz, en premio y galardón de su denuedo, obtuvo del Emperador para su escudo „una montaña ardiendo". Según dicen las crónicas, ese blasón ha estado alguna vez en la ciudad de Puebla... Y en Puebla vive ahora Apolinar Ordaz, en un cuartel, llevado allí como castigo á alguna falta—tal vez no fuese grave en demasía, pues el buen muchacho es *soldado de primera* lo cual abona su conducta en filas...

Nosotros, pues, si nuestra voz llegase á „quien de derecho" escucharla podría, la ejecutoria que pediríamos para el Ordaz segundo que en nuestra compañía —voluntarioso, trabajador, simpático y leal—subió al Popocatepetl, sería la licencia que le devolviese al amor y al cuidado de los suyos...



"ALTA;CU



...BES.



¡Loado sea Dios, grande y prósperamente, ya estamos en Tlamacas!...

¡Que todos los demonios carguen con el empecatado proveedor de comestibles, del cual no se ve rastro en esta soledad!...

Y la granizada no ceja; y ya el suelo en todo lo que alcanza la vista es un blanco sudario que cubre, en medio palmo de espesor, el negro piso de lavas hechas polvo; y la casa de tablas está cerrada con cuádruple candado; y el frío es horroroso, y personas y bestias tiritamos por manera alarmante, ya próximos, de fijo, á una congestión, chorreando agua por todo el cuerpo, muertos de hambre y de sed... y estamos á 3987 metros sobre el nivel del mar...

Muy fea cosa es causar daño en propiedad ajena; pero también es fea y triste y estúpida la situación en que nos encontramos por culpa ó por capricho de... *¡quién sabe!:* un accidente, una mala inteligencia, un retraso en la transmisión del telegrama; cualquier cosa, tal vez una nonada, nos ponía en aquel apuro, en aquel caso nada divertido.

Y á machetazos, con las culatas de la tercerola de Ordaz y de los fusiles roñosos de los indios, abrimos brecha en una de las paredes á doble tabla de la ba-

rraca, donde, ya dentro—por aquello de que el necesitado de todo, con poco se contenta—nos creemos felices:

Hay allí broza seca en abundancia, que servirá de colchón, hay una chimenea, donde pronto chisporrotea un pino entero; y allí está el fardo del almuerzo: un regular rimero de *tortillas*, una gallina asada de la víspera, frijoles y „arroz blanco" en una servilleta; el todo hecho papilla, pero ¡exquisito, delicioso, digno de la mesa de un rey!...

Para colmo de suerte, á la mitad del almuerzo-merienda, llega nuestro mesías deseado que nos envía el propietario de aquella parte del Volcán, como eco afortunado de nuestro telegrama.

Nos entrega una carta.

Por ella vemos que con exceso se cumple nuestro encargo. Al mensajero se le han dado instrucciones para que nada falte á nuestro sustento y hasta á nuestro regalo: comestibles, abrigos, caballos de refresco...

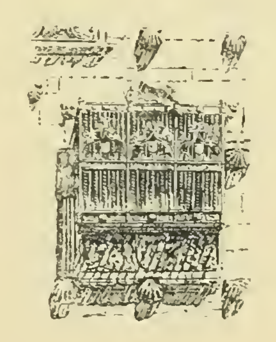
Y, efectivamente: ¡el buen hombre tan sólo trae una botella de cognac... ya expirante, debido, de seguro, al frío de la sierra, que exige combustible para entonar el cuerpo y el espíritu!...

¡Ni un panecillo, ni un sorbo de café, ni caballos, nada!

E dexémolo aquí, como diría el veterano cronista.

Es fuerza refrenar el entusiasmo de nuestra comilona. ¡Aquellas provisiones ya mermadas—el pastel estrambótico de arroz, gallina y judías negras—hemos de hacer que dure para dos días y parte del tercero!

¡Ya que nosotros no podemos hacerlo, que el Señor le perdone á aquel pobre diablo la tragi-cómica situación que nos creó en Tlamacas!... ¡Así sea!



Ante aquella visión que asusta y pasma,
Yo, como Hamlet, mi doliente hermano,
Tuve valor é interrogué al fantasma.

Amado Nervo.



Cap. XIV

CAPÍTVLO DÉCIMOQUARTO

CÓMO ESTANDO TAN ALTOS
EN LO MÁS ALTO Y BLANCO DEL VOLCÁN DE POPOCATEPEC,
ACAESÇIÓ EL SUÇESO DE MAYOR MARAVILLA
DESTA YSTORIA

QUÉ pluma narrará el sublime portento de aquella hora de misterio y de aquel sitio de soberano encanto?...

Roncaban como piara unos bultos que al resplandor rojizo de la hoguera expirante se adivinaban revueltos en el colchón de secas brozas suaves como musgo.

Una sobreexcitación interior que no es posible definir, alejó de nosotros el sueño que parecía reclamar con harto derecho la fatiga de los miembros todos, magullados, deshechos.

Cumpliendo la consigna, un viejo indígena, servicial y discreto más que los otros, el hombre que mejor indicado creímos para el caso, se acercó á la tari-

ma donde, vestidos y envueltos en capotes y mantas nos habíamos echado después de la comida permaneciendo en la misma postura inmóviles y mudos no sabemos decir por cuántas horas, y nos dijo estar todo dispuesto para la marcha.

Salimos de la barraca sigilosos, sin que ninguno de los dormidos advirtiese el caso.

De la pinada inmediata, el viejo y un su hijo sacaron nuestros caballos ya ensillados.

Montamos.

Hay un breve cuchicheo entre los caballeros y los guías. Estos rompen la marcha, y comienza el fantástico viaje.

Nunca ni en parte alguna un silencio mayor, más imponente.

Hemos dejado atrás la última arboleda, que, á modo de gorguera de negro abullonado de maleza, adorna y viste el cuello del coloso.

Y el coloso, á partir de la regia pelliza de seculares frondosísimos pinos que cobijan aquel enorme busto que fuera modelado en lavas ignicentes, exhibe su luciente cabeza de cenizas y nieve que no admite más tocado que el encaje de las nubes con sus sartales de perlas de granizo...

No un ruido en aquella caminata envueltos en la noche.

Los caballos hunden sus cascos en el suelo de arena suelta, negra, en el piso invisible del sendero que su instinto les señala, siguiendo á los dos guías.

Bien pudiera decirse que las bestias, y nosotros sobre ellas, avanzan, cabalgamos, hollando una acolchada pista aérea, hecha de sombras.

De los dos indios, precediendo de pocos pasos nuestra marcha, invisibles, callados, ni se oyen las pisadas—envueltos como llevan en *lanillas* los pies. De que andan cerca, da fe el acompasado resoplido de su respiración asmática, silbante.

El frío tan intenso nos obliga á ir envueltos en los amplios capotes, encasquetado el capuz hasta la boca; y el cierzo que es como un polvillo volador de esmeril que acaricia cortando, y la espesa negrura que nos envuelve el cuerpo y penetra hasta el alma, son motivos bastantes á que no osemos explorar hacia arriba, ó mirando á los lados y mucho menos volver la vista atrás, para ver si aquel océano de sombras tiene una playa, si aquel espacio de negrura tiene un horizonte...

El guía viejo, con voz cascada, de ético, siniestra, de tono ofensivo al oído por el cual penetra llegando hasta la médula—como la vibración chirriante de una hoja de acero rascando un pedernal—dice leer en el reloj del cielo que son pasadas ya las tres de la mañana.

Con instintivo movimiento nos sacudimos de la ca-



AMECAMECA Y LOS VOLCANES

beza el tupido antifaz de la capucha que nos cubre los ojos—órganos que hasta entonces reputamos inútiles en aquella ocasión.

Cambia, mejor diremos surge de repente ante nosotros el glorioso espectáculo de la noche, no en su pavor sino en su augusta majestad imponente.

El firmamento, en el trozo que se muestra—un plomizo tapiz antiguo empolvado de luz—brilla encuadrado en el marco irregular que forman abruptas cresterías de montañas y aborregadas nubes. Enfrente de nosotros, la blanca giba del Popocatepetl, sobre cuyo chal de nieve refléjanse las estrellas, como un bordado hecho con lentejuelas de luz; á nuestra derecha el colmillo rocoso del Pico del Fraile, que es como una muela resistente á la caries que desportilla las encías del cráter; y al otro lado, la mole—también blanca, del Iztaccihuatl, donde en aquel momento tiene lugar el portento mayor, lo más fantástico del caprichoso juego de las sombras:

La luna se ha asomado indiscreta y maliciosa por entre las cortinas de blondas siderales que forman pabellón sobre el inmaculado lecho de la *mujer dormida*... Los querubes de espuma que desde el cielo velan el sueño de la diosa de piedra envuelta en holandas de ampos, se apartan respetuosos formando amplio corro... Y á un punto, luce—como enorme diamante disparado contra una lámina de azulado cristal

por la honda de un David del espacio—surge el Cometa que, si en otros tiempos brilló siniestro en el cielo anunciando á esta tierra tremendo cataclismo, vuelve ahora—brillando cual brillara en Bethlehem—embajador de paz y nuncio de venturas...



En el sitio denominado Las Cruces, dejamos los caballos.

El guía joven regresa con ellos á Tlamacas.

Y comenzamos la ascensión al cono.

Una hora, dos horas, no es posible ni sería del caso—ni la ocasión haría perdonable semejante prosáico cálculo—concretar cuánto tiempo, subimos casi á gatas la pendiente, arañando con manos y con pies en el piso de nieve hecha una inmensa losa de hielo.

De trecho en trecho, grandes peñascos de lava, ponen una nota negra en la inmaculada blancura.

Ellos nos sirven de pretexto y relativo refugio para detenernos un instante á tomar aliento.

No sentimos el frío. La ropa nos oprime el pecho como coraza. La respiración es sibilante, angustiosa, un resuello de asfixia: la amenaza de que el fuelle pectoral va á estallar, reventado, de un momento á otro.

En las sienes, un martilleo acelerado nos produce la sensación de angustia de un mareo indecible.

¡Arriba, más arriba!, un esfuerzo supremo, hasta el peñasco que ya vemos próximo, á cuyo amparo descansaremos, resguardados del sutil vientecillo que nos corta la cara y anquilosa las manos...

Faltan sólo unos pasos,... ¡y parece que el peñasco nos huye! La pendiente se empina en tremolosa espiral de aquella intensísima blancura cegadora... Presentimos el punto en que las piernas se doblen sobre el suelo... Tras el velo acuoso que empaña la retina, el piso finge ondulaciones de sismo, vaivén de olas... El monte gira vertiginosamente sobre su eje. Una garra de acero se nos aferra al cuello... Un torniquete armado de clavos afilados, con la tuerca en la nuca, comprime en su herrado cerquillo la caja craneana... Un gran escapulario de plomo prensa pecho y espalda... ¡Todavía un arranque de voluntad y fuerzas!... El peñasco de lava: nos abrazamos al primer saliente de su masa ferrosa; el instinto nos hace rodearlo, á gatas, arañando la roca y arañando el hielo, para buscar el lado opuesto á la pendiente... Y allí quedamos en posición supina, sobre la nieve endurecida, mecidos por el vértigo, que nos hace creer echados en mullido colchón de suaves lanas blancas hechas de vellones de ampos y vedijas de nubes...

El cronista lo jura por su fe y por su honor:

Voces de acento sobrehumano hablaban claras en

el caótico estruendo de aquel silencio de la montaña.

En los tumbos que en el cerebro daba el paisaje, hubo un tumbo mayor.

Uno de esos titanes que en pago de su genio y de su fuerza, hubieron de los dioses el castigo de ser encadenados en el antro de estas ingentes cumbres del planeta, era seguro que en aquel momento distendía sus músculos gigantes para romper los muros de su carcel.

Y fue mayor la conmoción del monte...

Y de la negra boca que un dia vomitara en fuego y en bramidos todos los odios y las iras todas que de tantas humanidades destrozadas, sangrantes, la tierra ha acumulado en sus entrañas, del crater del volcán, surgió—no visto, mas sensible al alma—un imponente gesto de grandeza, cuyo peso abrumaba á la montaña y cuya talla colosal henchía el aire.

Ante aquella grandeza que llena nuestro sér de pasmo y de respeto, interroga el espíritu en suspenso:

—„Quién sois, señor?... ¿Do vais?... ¿Bastará el suelo de este coloso de lavas á soportar el peso de tan inmensa majestad?... Decid—¡oh monte de titánica fábrica y regia vestidura de pureza, oh nubes que velais la serena región purificada á cuya paz no llegan la terrenal miseria ni la humana injusticia!—decid cuál nombre há esa sombra de luz que se levanta. ¡Con el alma de hinojos se os suplica; asentada la planta sobre la eterna albura de esta cumbre, y con la frente en

alto interrogando á la serena Voz de los espacios!. . .

Y un coro inmenso de acentos sobrehumanos—surgiendo en torbellino de la negra garganta, rodando en la humareda sutíl de luz que finge el oleaje centelleante de la nieve, multiplicándose en las cuencas ignotas de las montañas de vapores sidéreos, llenando el amplísimo ambiente de aquel paisaje de ultraterrenos mundos, seres, sensaciones é ideas, dijo el nombre glorioso del Héroe legendario:

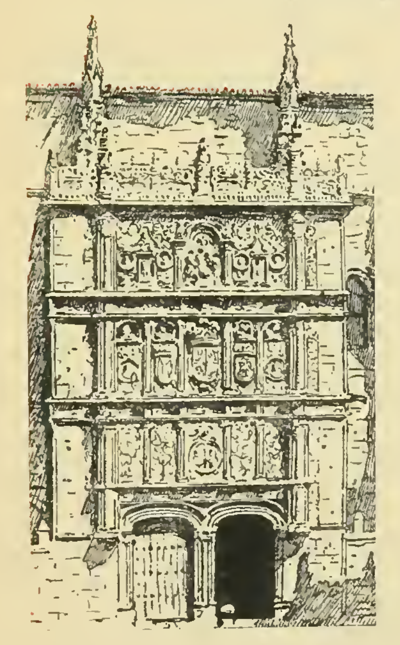
—¡Her...nán... Cor...tés!...¡Hernán Cortés, que llega!...

. . . .



Y va creciendo el resplandor, y crece
El concierto á la vez. Ya los rumores
Y los rayos de luz hinchan el viento,
Hacen temblar el eter, y parece
Que en explosión de notas y colores
Va á inundar la tierra el firmamento.

Manuel J. Othon.



Cap. XV

CAPÍTVLO DECIMOQVINTO

EN QUE SE ACABA EL RRELATO DEL ANTERIOR, CON EL GRAN PORTENTO DE AQUELLA VISIÓN EN EL ÇIELO



RECE el luminoso concierto del magnífico instante.

Creían los cronistas, avezados al glorioso espectáculo de la salida del sol gozada desde la cima de montañas muy altas, que si el cielo y los valles circunstantes no estaban, por fortuna, limpios de niebla, podía reputarse malgastada é inútil la fatiga que es lógico afrontar en estas ascensiones.

Apresurémonos ahora á confesar que es errada tal idea:

Hay belleza, y no escasa, en este amanecer.

Es tan denso y revuelto el oleaje de nubes, que el cono del Popocatepetl diríase una nube más blanca, más compacta que las otras, flotando inmóvil en el mar agitado de tules voladores.

Preceden al Astro soberano las estrías en nimbo de



CALZADA DE TLAHUAC Y LAGUNA DE XOCHIMILCO

oro y de topacio, atravesando las gasas del nublado—debido al cual, no se distingue esa aparente línea que llámase horizonte.

Y sin violentas explosiones de color, suavemente, sin esa conmoción del eter invadido por la púrpura y el zafiro de los cielos reventando en surtidores y en cascadas de grana y esmeralda, surge un globo de fuego, de dulce intensidad, no molesto á mirarlo cara á cara: un circular coágulo de rubís en fusión, que se muestra un instante—desde el dosel de áureo tisú bordado en plata—como para afirmar su dominio en nuestro cielo, y en seguida retírase tras las cortinas cenicientas que cubren cielo y tierra.

Pero hay belleza, y grande, en este para nosotros aspecto nuevo del amanecer contemplado desde la alta cumbre:

Con el beso de vida de la luz diurna, las nubes se estremecen, diríais que gozosas, y forman remolinos fantásticos; y la luz, absorbida por la intensa blancura del cono del volcán, hácenos ver, desde el borde del cráter—mirando la espantable pendiente que hemos subido casi sin darnos cuenta—reflejados en el bruñido apisonado de aquel jaspe de hielo, cuantos caprichos engendran las masas de vapor en su oleaje, y que toman vida en nuestras mente y retina debido á la potencia creadora de la fantasía ébria de la grandiosidad de aquel momento.

Son siluetas de héroes, perfiles de fantasmas que alientan y se agrupan, que viven y se mueven en torno de nosotros.

Y crece, se hace inmenso aquel coro inaudito de voces elocuentes, de figuras egregias, una armonía de gloriosos estruendos que suspenden el ánimo y acarician los oídos del alma, y en espirales de entusiasmo arrebatan á quien se siente henchido de ideales y ensueños generosos y aspiraciones altas.

Del mundo azteca, luminosas siluetas de temple varonil y gestas de leyenda...

De la Conquista, sombras valerosas purificadas del fango de su época y su oficio en el Jordán del sereno juicio de la historia, que no mide ni juzga ni avalora los seres y los actos del pasado con el criterio que es aplicable á los actos y seres del presente...

Del Virreinato, sombras piadosas de elevada mente y hondo sentir benévolo, que de misericordia y de justicia cumplieron su misión, dulcificando con la fe y con la ciencia las asperezas que sembró la espada...

De la gran epopeya constitutiva de la Patria Nueva, sombras de abnegación y sacrificio, sombras ilustres en mezcla de dos ilustres abolengos cristalizando en estirpe ilustrísima que da su sello propio á la Nación creada por su esfuerzo...

Y allá, en un grupo, el príncipe-poeta (se citan al azar de la memoria que aun confunden y velan y

atropellan las emociones violentas resurgiendo al recuerdo de la visión gloriosa) el rey-filósofo que en su retiro de Texcotzingo paseaba nostalgias infinitas de un mundo más sereno, presentido en las amargas horas de este suelo, y allí, entre maravillas de faustos orientales, expresando el concepto que de las cosas humanas le enseñó la desgracia, *componía sus cantos*,

aunque fuera mejor llamarles llantos.

Y el emperador-sacerdote que el primero sintió sobre su testa ungida y coronada el peso del ibero poder...

Y el décimo de los reyes de Méjico, cuyo denuedo borró de la familia la triste nota del apocamiento de su tímido hermano, su antecesor en el bamboleante trono del ya caduco imperio...

Y el David de Nonoalco, cuyas tres pedradas otros tantos Goliath de la Conquista derribaron al suelo...

Y el esforzado tlaltelolca—digno enemigo de la brava gente que sitia la ciudad—apresador de una bandera hispana, entre el asombro, ante tal denuedo, de ambos bandos contrarios...

En otro grupo, los héroes del Evangelio, presididos por el *Apostol Protector de los Indios*, que indica á la Cesárea Invictísima Majestad y al Rey Prudente—en el cuadro ideal de aquella apoteosis de dos razas en paz—cuál fuese el fin y objeto de su constante empe-

ño, que les valió á los tres, como corona, el laurel cuyas hojas son las aúreas páginas de las *Leyes de Indias*...

Y allí, el bravo y prudente Sandoval; el fiero y valeroso Xicotencatl; nuestro maestro y guía Bernal Díaz; Maxixcatzín, el más fiel y el constante aliado de los „teules blancos“; los Ixtlilxochitl, eruditos en antiguas tradiciones y crónicas; Antonio de Mendoza, primer padrino en el nuevo continente del prodigioso invento de Guttenberg...

Y el obispo Zumárraga, cuyo mejor elogio fueron las diatribas de los encomenderos sin conciencia; el primer Velasco, del cual dice la historia (y si más no dijera, ello bastaba) que „al morir fué llorado por los indios y por los españoles, dándole todos el amable título de *Padre de la Patria;* y el segundo Velasco, tan honrado y activo como el padre en la gobernación de la colonia; y Palafox el *Venerable*, el „arzobispo revolucionario“ cuya iracundia é intolerancia se perdonan en mérito á sus reformas saludables en pro de los indígenas...

Y es tan grande la lista, tan numeroso el grupo y tal el espectáculo de la *Magna Asamblea* de genios y de héroes y santos formando jubilosos el portento de esta visión magnífica, que aun los nombres se escapan del recuerdo, y los hechos que esos nombres señalan mézclanse y se confunden, cual las augustas Sombras se confunden y esfúmanse y resurgen en la

oleada de luz moldeando en las nubes—por arte mágico—nuevas figuras de aquel mundo de ilustres, congregados para sumar su gozo á la exultanza del pueblo que ellos contribuyeron á formar, cada uno aportando su talento, su esfuerzo y sus virtudes:

Fray Olmedo, el discreto; Pedro de Gante, fundador de escuelas, de iglesias y talleres; Enríquez de Rivera, el generoso arzobispo-virrey... Y Garcés, y Vasco de Quiroga, y Martín de Valencia, y Revillagigedo, y Margil, Casa-Fuerte, el de Croix, Bucarelli...

Y de la representación numerosa y brillante de la Ciencia y el Arte, citaremos á Sigüenza y Góngora, filósofo y astrónomo; á los sabios León y Gama, Cárdenas, Mociño, el P. Alzate; á los historiadores Camargo, Torquemada, Zapata y Clavigero... Tolsa, escultor y arquitecto: „el Miguel Angel valenciano", que tiene en Méjico su *Duomo* en el magnífico Palacio de Minería, y su *Moisés* en el famoso „Caballito" del que sólo es rival, en el mundo del arte, el de la estátua de Marco Aurelio, en Roma... Y los dos esplendentes astros de la pluma, gloria del cielo de las Letras hispano-mejicanas: Juan Ruíz de Alarcón y la *Décima Musa*...

Otro grupo que avanza en el glorioso desfile.

Lo precede y envuelve un luminoso estruendo.

Abre la triunfal marcha, como heraldo del gran cortejo, un tañido de júbilo.

Y campanas, clarines y atambores suenan á regocijo.

No en concierto de alarma, sino en coro de gozo llenan el aire.

Es el momento de interrogar con el poeta amigo:

> ¿A qué fiesta convoca esa campana
> En el humilde pueblo de Dolores?...

Y llega ya, y forma fila en el puesto de honor, el grupo ilustre de los caudillos y héroes del evento glorioso que dió vida á esta patria.

Y los ecos del cielo y de las nubes, del volcán y del valle, trae á las nuestras almas la voz del *Venerable Cura*, símbolo de la gran epopeya:

—„Nadie habrá de extrañar que un entusiasmo y un mismo gozo nos congreguen unidos en la serena esfera de la paz inmortal... Que en mi tiempo y mi gesto rebelde, antes que oyérase la voz de un „¡muera!“—grito negativo—los vientos perfumados llevaron á las cumbres, al bajío, por pueblos y ciudades, rancherías, cañadas, abruptas sierras y amplísimas llanuras, mil voces de un solo, santo „¡viva!“—que es grito de valor y de esencia positivos: grito de afirmación, grito de vida...“

Y otro acento:

„—...Esa voz pertenece al sonoroso, incomparable idioma, que, don precioso—el más precioso acaso—nos legó con su genio y con su espíritu la madre

Iberia; habla en la cual servimos y loamos á un Dios, al que la Primera Asamblea mejicana hubo de proclamar escudo y árbitro de Méjico-Nación...“

Y aun otro acento:

„—...Al mismo tiempo que idioma y fe, nos dió también España, con nuestros padres, un nombre del cual no renegamos—¿dónde se engendra y vive el quimérico mónstruo capaz de renegar de su sangre y su nombre y su abolengo?; con su savia vital, los elementos que menester había la vital savia azteca para formar un nuevo, más perfecto, compuesto humano, que, ya el tiempo llegado y sonada la hora, diese el paso de avance de que fuimos actores cuantos antes de nosotros, con nosotros, y luego, dimos vida á la patria mejicana; y diónos con sus leyes la base de las leyes de nuestro sér y la soberanía nuestra...“

Y allí, con ellos—con Hidalgo, Morelos, Iturbide, Aldama, Bravo, Guerrero, Allende, Matamoros, y otros héroes mil—los herederos más próximos, sucesores directos, continuadores de la obra gigante á la cual ofrendaron su sangre y sus esfuerzos, su amor y su talento:

Juarez, Ocampo, Lerdo, Zaragoza, Altamirano... Y con ellos también, con todos ellos, otros gestos de luz, otras sombras de inmensa majestad, acusando que la esencia es idéntica en el alma y el genio de ambos pueblos hermanos...

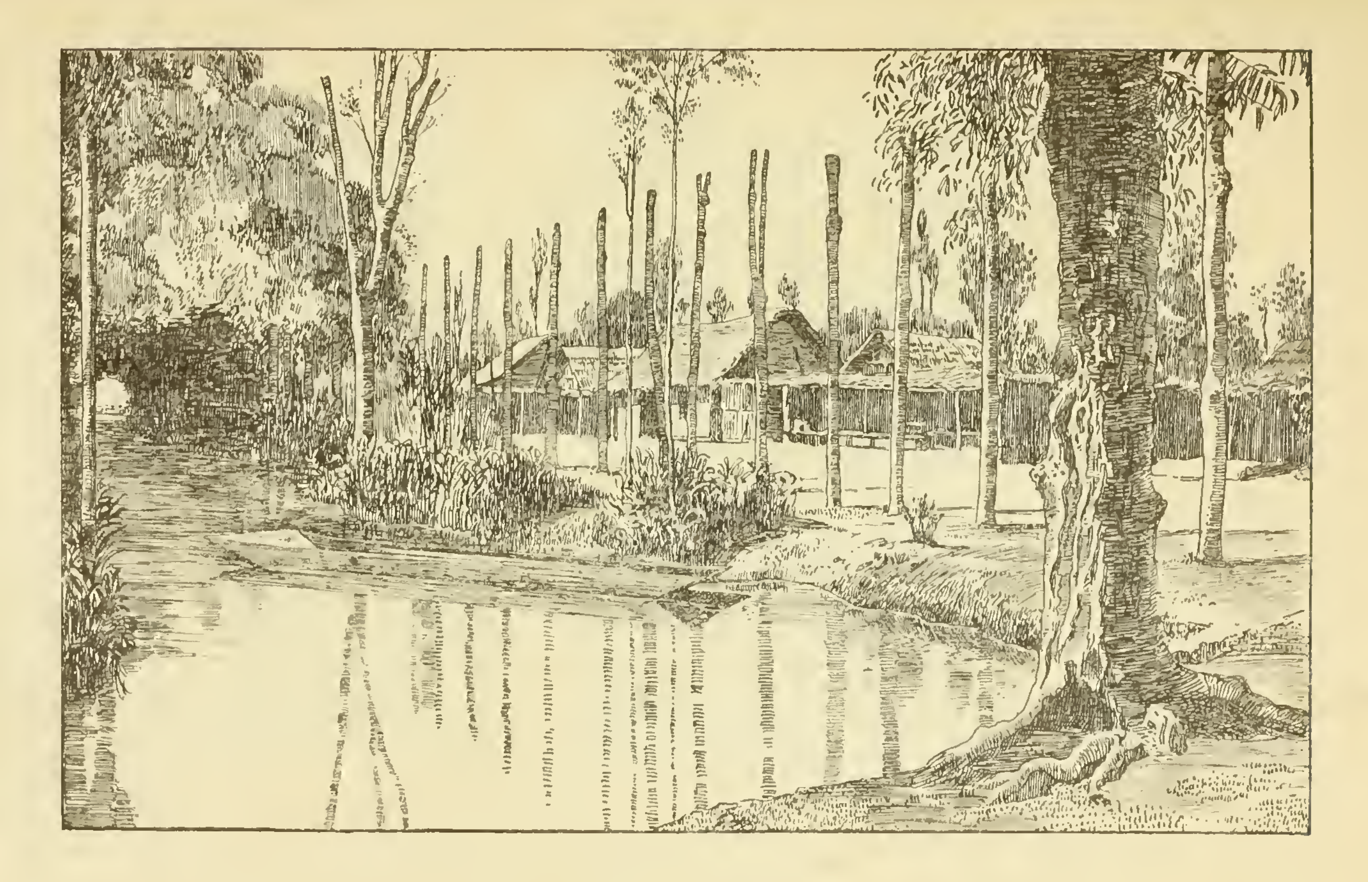
Morelos, se codea con Mina:

El primero, indomable guerrero cuya fe en la empresa que acomete no abjura ni al pie mismo del cadalso; el que la varia fortuna de las armas pudo eclipsar la estrella, pero nunca manchar su brillo ni empañar su gloria; el que supo infundir la pavura mayor al mundo virreinal ya desquiciado por la labor incontrastable, lenta cuanto eficaz, del Tiempo y de la Historia; quien el de Cuautla sitio formidable supo romper en modo que dió á su patria un 2 de Mayo del duodécimo año, digno de ser nombrado junto al del año ocho 2 de Mayo inmortal en la epopeya de la española Independencia:

El otro, que en España vertió su sangre por la libertad santa, al ver que el sacrificio más que á la patria sirvió para hacer fuerte á un monarca perverso, vino aquí á dar la sangre y los alientos que en el cuerpo y el alma le quedaban, ayudando á quienes combatían no contra España sino en pro de su patria...

Y así, Nicolás Bravo, se codea en la gloria de esta visión con otro grande, que fué Nicolás Regules; ambos, hermanos espirituales de Alfonso Perez de Guzmán, *el Bueno:*

El insurgente, cuando—habiendo ofrecido por la vida de su padre trescientos prisioneros españoles que había en su poder—supo que el imbécil virrey sacrificó impiedoso al autor de sus días, fué tan *bravo* que



CANAL DE LA VIGA

dijo á los trescientos prisioneros realistas: „en venganza del horrible suceso que ahora lloro, he resuelto daros no tan sólo la vida, sino la libertad. Podeis marcharos adonde y cuando querais“...

El otro, el español, sirviendo á Méjico contra la Intervención francesa, reprodujo en tierra mejicana el gesto sobrehumano del famoso defensor de Tarifa, y dió la voz de fuego contra el sitio donde los enemigos le dijeron que á poner iban á su esposa é hijos...

Y allí también, coronando el simbólico trofeo de esos vínculos que unen por eterno nuestras almas gemelas, la figura de Prim: del nombre y del recuerdo tanto ó más que en España amados aquí en Méjico, donde supo ganar para el buen nombre de la Madre Patria más prestigio y laureles de los que conquistara en todas sus campañas...

••••

Y una gran nube, más alta que las otras, dió al portento la nota más intensa y más conmovedora, señalando el punto culminante de la visión gloriosa:

Del sol un rayo, perforando el velario de gasas cenicientas, fingió un buril de oro que labró en un instante aquel gran bloque de vapores impregnados de luz. ¡Era un bloque de bronce, dorado en el fusor del astro-rey!

Aquella nube tomó la forma de un *águila cayendo* de los cielos...

Y la ave imperial, majestuosa descendió sobre el cono de la montaña blanca...

De la cual, á su vez, remontóse al encuentro de la dorada insignia de una raza y un trono, aquel gesto de grandeza cuyo peso abrumaba á la ingente mole del Popocatepetl y cuya talla colosal henchía el aire.

Al encontrarse el águila que baja y el león que asciende, toman humana forma, y dos siluetas de imponderable gallardía, erguidas sobre el níveo pedestal enorme, diríase que son, en su conjunto, un Monumento colosal, inmenso, dedicado á gigantes...

Y de nuevo, en inmenso clamor de júbilo y respeto y entusiasmo, aquel coro de acentos sobrehumanos —surgiendo en torbellino de la negra garganta del monte de las vísceras de fuego y clámide purísima de ampos, rodando en la humareda sutil de luz que se levanta del centellante oleaje de la nieve, multiplicándose en las cuencas ignotas de las montañas siderales, llenando con sus ecos el amplísimo ambiente de aquel fantasmagórico paisaje de ultraterrenos mundos, seres, sensaciones é ideas—cantó los nombres de los dos fantasmas que, sonrientes, gozosos, se abrazaban en la Inmortalidad, donde, hermanos en gloria y en grandeza, los envolvía en sus pliegues la bandera PRO PATRIA que del uno amparó las resistencias y del otro cobijó hasta los errores y de ambos sancionó los heroismos.

Aquel coro eran voces del alma ibera y del alma mejicana, hermanadas en esos dos fantasmas, cuyos nombres han menester un Tasso que anuncie su llegada:

> Ecco apparir HERNÁN CORTÉS si vede!
> Ecco apparir CUAUHTEMOTZIN si sente!

. . . .

„—. . . ¡Cuauhtemoc y Cortés!. . . Los hombres-tipo de dos pueblos, creadores de un pueblo ilustre y fuerte. . .

„— . . . ¡Cuauhtemoc!. . . Que de su victimario en el hombro ciclópeo pone la mano en el saludo amigo, al uso de las gentes de su raza. . .

„—. . . ¡Hernán Cortés!. . . Portador en la diestra de una rama de olivo que es la enseña de la *Nueva Conquista*: la reconquista de las almas gemelas. . .

„. . . —¡El héroe azteca, aceptando—símbolo de su pueblo—el gran gozo de España cuando mira los progresos de la Nación un día sometida á su yugo de señora del mundo, y hoy soberana de sus propios destinos!. . .

„. . . —¡El soldado glorioso que en la historia del Méjico cristiano escribió, con la cruz y con la punta de su invencible espada, la página primera!. . .

„. . . —¡El mártir de Teotitlac y el vencedor de Otumba, abrazados en la serena esfera de los genios—

en estas altas cumbres, entre la azul pureza de los cielos y la blanca pureza de las nieves eternas, aquí á do no llegan la miseria y el fango de la hondura donde la humanidad desatentada bulle entre odios, rencores y vergüenzas!...

„... —Ante ellos, pues, quienes por su ventura espectadores son de este portento consolador, ¡una rodilla en tierra, y los brazos abiertos!

„... —¡Llegan los Grandes, entre tantas grandes é ilustres *Sombras*, á presidir la justa de Amor y Sentimiento!...

„... —¡La diestra á la visera, oh hijos y herederos de la inmensa Aventura!...

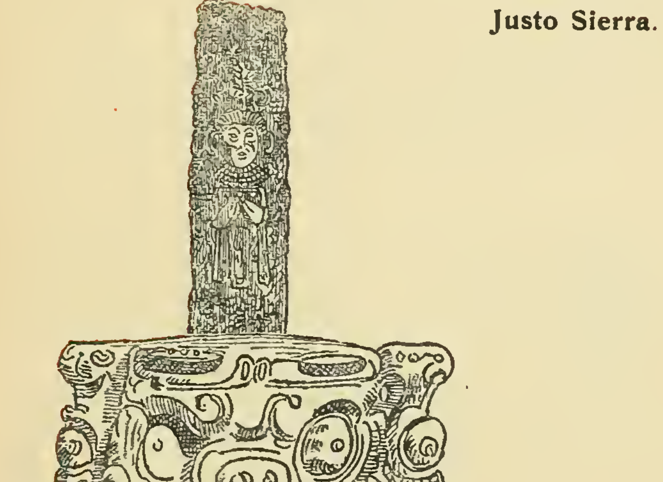
„... —¡Loor eterno á los guerreros y enemigos de ayer, que al volver á esta tierra de sus eternas glorias, vuelven unidos en nombre de la Paz y la Concordia!...

....



¿El genio es por ventura
Un signo de expiación sobre la tierra?

Justo Sierra.



Cap. XVI

CAPÍTVLO DÉCIMOSEXTO Y ÚLTIMO

DE LA LLEGADA Á LA GRAN ÇIBDAD DE MÉXICO, Y LAS COSAS QUE ALLÍ NOS ACAESÇIERON E QUE PONEN FIN Á ESTE LIVRO



AL llegar á este punto de nuestra relación, se impone la necesidad de condensar en las menos páginas posible lo que nos queda por decir del viaje.

También fué dura la jornada bajando del Volcán, y llegamos á Amecameca en estado verdaderamente deplorable, que hizo de todo punto necesario tomarnos un descanso fuera programa.

Y esto nos brinda la ocasión de rectificar en cierto modo algo á que hicimos referencia en páginas pasadas y que nos tiene há rato en la inquietud de un ténue pero efectivo remordimiento:

Entendemos y queremos decir de aquellas quejas sobre la jugarreta de Tlamacas. Y á ella precisamente somos deudores del descanso de Ameca; pues, debido

á la falta de provisiones comestibles, empleamos menos tiempo del previsto para la ascensión al Popocatepetl, pudiendo, en consecuencia, abrir un paréntesis de reposo en el itinerario sin que éste se resintiese en lo más mínimo.

Con lo cual se documenta la verdad que encierra el dicho de „no hay mal que por bien no venga“, y se estimará justo que ante este consuelo atenuemos el rigor de las frases dedicadas al „trastorno“ que sufrió el enviado de Tlamacas. . .

Por Ayapango, Ayotzingo, Tetelco y Tulyehualco, bordeando la llanada que antes era el gran lago de Chalco y es hoy rica campiña, llegamos á Tlahuac, de los alrededores pintorescos, de bellas perspectivas sobre el lago de Xochimilco.

Después, Ixtapalapa, donde el Conquistador viera grandes portentos en jardines y baños de que hoy no queda rastro ni memoria.

Y el día y á la hora prefijados desde hace un mes exacto que comenzamos nuestra *Ruta*, llegábamos á las puertas de Méjico, donde otros dirán los agasajos que harto nos compensaron de la enorme fatiga de la empresa.



Dijo El Heraldo:

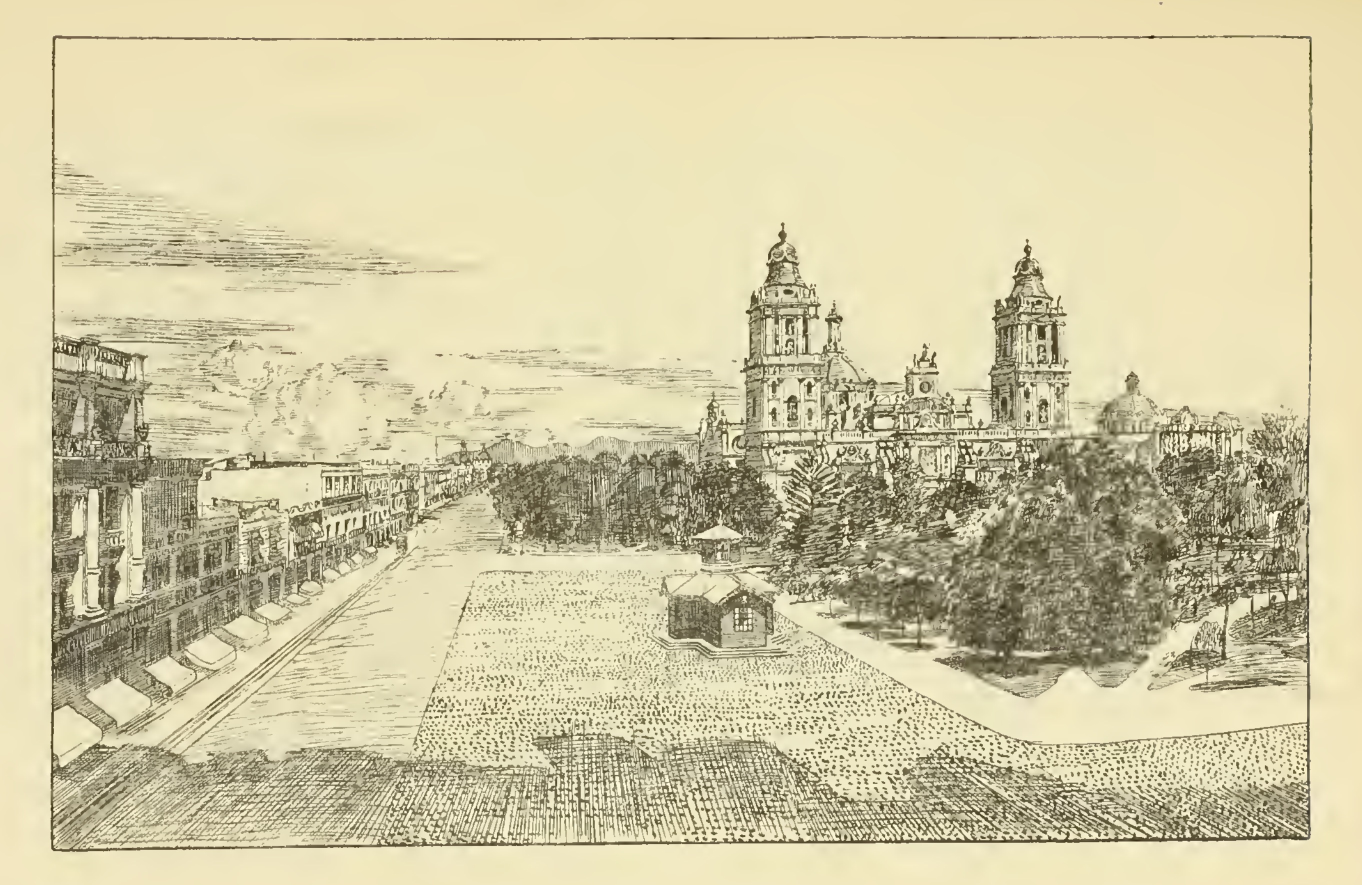
„...Sabíamos por un telegrama puesto en Amecameca, que los dos españoles, después de ascender al Popocatepetl, se encontraban en aquella población de donde tomarían el camino para esta ciudad pasando por Ixtapalapa.

Nos propusimos que *El Heraldo* fuera el primer periódico que diese la bienvenida á los atrevidos iberos que con tanta dificultad y penalidades han atravesado cuatro Estados de la República, por caminos casi inhallados desde la Conquista, como un homenaje de atención y cariño para los mexicanos.

Pensamos ir al encuentro del finado Hernando Cortés, aventurero y caballeresco, que vió centellear el sol de Anáhuac en el pulido metal de los cascos y corazas de sus legiones. La evocación de las proezas legendarias, ya sepultadas por cuatro siglos de progreso y cultura, nos animaba á buscar en la intención de estos bravos muchachos, una renovación de aquellos conquistadores tenaces y valientes que ponían, como el poeta, su fe en Dios y el corazón en las estrellas y que marchaban á la esperanza sin más guía que el valor y sus espadas.

Y nosotros marchamos al encuentro de los dos actuales conquistadores.

Los primeros destellos del alba brillaban en las montañas lejanas con ténues claridades, mientras el



CATEDRAL DE MÉJICO

automóvil corría dando tumbos sobre hoyancos y surcos, por caminos imposibles, más allá de Ixtapalapa, dejando atrás el histórico cerro de la Estrella.

Los últimos informes recogidos nos aseguraban que los dos periodistas no habían llegado á Ixtapalapa y que seguramente venían por el camino de Amecameca.

Corrimos así, á campo atraviesa, tres, cuatro, seis kilómetros, y nuestra vista no alcanzaba á distinguir en el horizonte ilimitado, señales de la caravana triunfal que encabezaban nuestros amigos.

Al fin, desanimados de encontrarlos é imposibilitados de continuar adelante por camino tan atroz, emprendimos el regreso á Ixtapalapa cuando el sol enviaba con sus primeros rayos su cálida caricia á los campos y á las frondas. Pero allí, nuevos informes nos enteraron que los periodistas venían ya camino de la capital.

Entonces principió la persecución ansiosa, desatentada, loca. ¿Llegaríamos los primeros? ¿Daríamos alcance á los misteriosos fugitivos que parece ponían empeño en ocultarse de nosotros?

La máquina, como enloquecida, corría por el camino fangoso, saltando baches y resoplando furiosamente.

¡Ixtacalco! Vertiginosamente atravesamos el pueblo, y á la salida, lejos de nosotros, vimos una cabalgata

que marchaba al trote. Entre los uniformes obscuros de los soldados resaltaba la blancura de los que vestían nuestros dos colegas.

¡Alto! ¡Buenos días! Los periodistas, afectuosos, nos tendieron las manos, y la cámara fotográfica copió el grupo de los atrevidos excursionistas.

Vestían de piqué blanco, con cachuchas de la misma tela y polainas de cuero amarillo.

Seguimos con ellos en animada plática, oyendo los relatos de sus frescas aventuras, de las peripecias del largo viaje.

Y allí, en pleno camino, escribiendo sobre la cabeza de las monturas, nos dieron sus breves impresiones que copiamos... "

....

De El Imparcial:

"... Si amparados, como ellos han fingido imaginarse, vienen por la sombra del Conquistador, éste debe haberse sorprendido de encontrar á las puertas de la ciudad de México una comitiva tan brillante, que buenas muestras de cortesía daba en el recibimiento. Pues allí, en el camino de Tlálpam, estaban los señores licenciado Rafael Rebollar, Procurador de la República; doctor Porfirio Parra, Director de la Escuela Nacional Preparatoria, y D. José Casarín, los tres en representación de la Comisión Nacional del

Centenario; señores Gaspar Rivera, Francisco de la Vega y José A. Larín, en representación de la Junta Central Española del Centenario; señores José Valle Mestas, Pedro Carrandi, Emeterio Celorio, Blas Pahisa y Santos Sobrino, por el Centro Asturiano; don Miguel Varona, por el Centro Vasco; un grupo de estudiantes, por la Escuela Nacional Preparatoria y otros planteles profesionales; una música militar, gente del pueblo y un escuadrón de gendarmería montada.

Ninguna ceremonia: un saludo, y se emprende la caminata por las calles de San Antonio Abad hasta la Plaza de la Constitución, para entrar por la Avenida de San Francisco, al Casino Español.

La gente miraba aquel extraño cortejo, mitad civil y mitad militar, desfilando por las calles...»

....

Dijo El Diario:

«...Para entrar en la ciudad, el desfile se organizó yendo los dos periodistas á la cabeza, después su escolta, á continuación los carruajes con los comisionados, luego la Banda del 20 batallón, y cerrando el cortejo una escolta de la Gendarmería Montada.

Por las calles que recorrieron había mucha gente esperando el paso de los periodistas. Se les aplaudió mucho y ellos contestaban descubriéndose.

En las puertas del Casino Español, esperaban el

Presidente, Don José Sánchez Ramos, su Secretario, el señor Vizoso y un grupo de socios.

En el salón fué servido un *lunch*, habiendo tomado la palabra para darles la bienvenida el señor doctor Don Porfirio Parra, en nombre de la Comisión del Centenario...

El señor Ministro de España contestó, diciendo que aun cuando no quería usurpar los derechos de los dueños de la casa que eran en sí todos los españoles, él quería dar las gracias á la Comisión del Centenario y esperaba que la justicia se iría abriendo paso en la historia para llegar á la completa unión de mexicanos y españoles, como se iba logrando ya.

El señor Sánchez Ramos, tomó en seguida la palabra refiriéndose á lo que acababa de decir el señor Ministro de España: dijo que sentía que el jefe nato de la colonia delegara sus facultades; aludió á los vínculos que tenía contraidos en México, pues fué casado con una india, nada menos que con una hija del Benemérito Juárez, á quien había idolatrado con cariño entrañable, habiendo roto la muerte esos vínculos no há mucho tiempo. Agregó que aquí habían nacido sus hijos, y que, por lo tanto, quería á México como á su país. Propuso para terminar, que se brindara por el señor Presidente de la República, á quien se debía el triunfo de los dos periodistas viajeros... "

....

De El Correo Español:

„...Cuando los dos periodistas españoles concibieron el proyecto de seguir el mismo camino que siguió Hernán Cortés desde Veracruz hasta Méjico, la idea pareció á todos original y simpática y desde luego mereció favorable acogida.

Pero el éxito de ese viaje ha superado á todo lo que pudiera esperarse, pues en todas las poblaciones que los expedicionarios han visitado, se ha desbordado el entusiasmo. Los mejicanos han fraternizado con los españoles para dar públicas muestras de regocijo; la turba estudiantil, por un movimiento espontáneo, ha salido á recibir á los periodistas, aclamándolos ruidosamente; los banquetes se han sucedido sin interrupción; la Prensa ha dedicado columnas y columnas á ponderar la importancia del viaje, y todo de consuno ha formado como una aureola de prestigio, de simpatía, de popularidad al hecho de que dos españoles sigan otra vez el mismo camino que siguió aquel grande hombre que traía nada menos que la civilización cristiana, el idioma, las costumbres, la definitiva personalidad latino-mejicana.

Compréndese fácilmente el gran entusiasmo que nuestros amigos han logrado despertar.

El Pueblo Mejicano, independiente, próspero, grande, respetado en todas partes, vuelve los ojos con júbilo á aquella brillante aurora de su vida. Aquella en

que, sobre las nevadas cimas de los montes, bajo el verde dosel de sus palmeras, lo mismo que en los zaguanes de sus casas y en lo más alto de las cúpulas de sus templos apareció la Cruz Redentora.

Estos dos españoles siguen el mismo camino que siguió Hernán Cortés, ¡pero en qué distintas condiciones! ¡Qué gloria tan inmensa, tan transcendental para este pueblo, resulta de la comparación entre los dos viajes!...

En aquel viaje alboreaba.

En éste se ha llegado al zenit de la grandeza y de la gloria.

Por eso, todos, absolutamente todos, mejicanos y españoles, sentimos algo que nos conmueve muy hondamente, muy fuertemente cuando vemos á nuestros dos compatriotas complaciéndose en hacer á caballo el mismo viaje memorable, el que dió un lugar de honor en la Historia Universal al gran extremeño Hernando Cortés.

....

Ha estado admirablemente escogido el momento de esta expedición, porque cuando se conmemora en una nación el centenario de la Independencia, cuando esa nación está pletórica de vida y de cultura, cuando ni la más ligera nube aparece en el horizonte político, cuando todo sonríe y brilla bañado por el sol de la paz, entonces se puede bien hablar de conquistadores

sin excitar recelos ni molestias, porque la conquista más que tal conquista, parece felice fundación de una nacionalidad, de una nueva raza, resultantes de la sangre indígena y la española fusionadas al calor de la fe cristiana.

Y esa fué la obra de Hernán Cortés.

Ha estado bien escogido el momento histórico de exhumar la gran figura del héroe, porque aún no hace más que unos meses, la erudición de algunos doctos varones mejicanos buscaba cuidadosamente y encontraba los restos del Descubridor extremeño, y los encontraba á la luz de escritos y documentos que prueban el inmenso amor á Méjico que sentía aquel hombre, la sólida piedad de que estaba dotado y la caridad con que se ocupó de fundar un Hospital, que aun hoy mismo es modelo en su género.

Quien traía en su pendón escritas las palabras Amor y Caridad, no era el Atila devastador sino el misionero, el apostol de una obra de paz y de grandeza.

Como el don de la oportunidad es el que adjudica los grandes éxitos humanos, de aquí esas ovaciones estruendosas, esa escolta militar concedida por el señor Presidente, esos públicos agasajos preparados y ofrecidos por las autoridades, esa importancia grandísima del viaje de los dos periodistas españoles.

. . . .

Dijo ARTE Y LETRAS:

„...Por peregrina tengo la idea de resucitar, después de algunos siglos, el itinerario seguido por el osado español, que vino á México para conquistarlo y unirlo á la corona de un rey que por cierto no fué muy agradecido al presente que le hizo el aventurero extremeño.

Los tiempos han pasado; pasó la Conquista, desapareció el virreinato, vino el grito de libertad, la dura lucha de once años, y ahora, dentro de unos meses, celebrará México el centenario de la Independencia que inició un cura en el atrio de su iglesia, en una inolvidable madrugada.

Y dos españoles, rebuscando sin duda en su ingenio la manera de contribuir á la fecha memorable que se acerca, han emprendido una caminata para rehacer, si ello es posible, la ruta seguida por el Conquistador, y digo á ser posible, por no estar determinado ni mucho menos el camino emprendido, habiendo versiones contradictorias, al efecto, que aún permanecen sin aclarar.

....

Si á los que venían de la grande España, en pos de gloria y de laureles, trayendo arrogancias caballerescas y atrevimientos de leyenda, se les hubiera dicho que al cabo de los años, dos españoles también, ostestando el traje sencillo de viajeros del siglo XX, intentaban pisar los sitios en que ellos estuvieron, la



PALACIO NACIONAL

admiración más completa retrataríase en sus atezados rostros, y lo mismo Bernal Díaz del Castillo, que Pedro de Alvarado ó Diego de Ordaz, ó cualquiera de los acompañantes de Cortés, algo dirían en favor de los que idearon caminar por donde antes ellos caminaron en pos de conquista y dominio.

Yo me figuro á los conquistadores de antaño avanzando poco á poco, como en país ignorado, temiendo siempre la emboscada, dispuestos al combate, incansables en las marchas, valientes en la pelea, y llenos de estupor ante la hermosura del paisaje, ante la grandeza de los panoramas, ante el Nuevo Mundo, tan fantaseado en España, que sólo veía en él la riqueza que no se acaba, los galeones llenos de oro y plata. Y luego el triunfo coronando sus sienes con el laurel, la visión de la corte de los Emperadores aztecas, como pesadillas en sus ratos de ocio, y Cuauhtemoc soportando el martirio con estoicismo de dios, y Moctezuma con su palanquín de seda y oro; y bajo rico palio saliendo á recibirles, con pompa riquísima, como ningún monarca de la Casa de Austria la soñara, allá en la vieja España, recluído en su alcázar, y mandando á los aventureros á conquistar mundos.

Yo veo ahora á los periodistas españoles, haciendo el viaje en barco de guerra y escoltados por rurales y soldados de caballería, anhelando descubrir la verdadera senda que llevaron los que al azar la escogie-

ron. Sin miedo á los ataques á su tranquilidad, llevan el propósito de escribir un libro, y vuelven á la madre patria en busca de impresores, de grabadores y de máquinas de imprenta, para regresar con la obra acabada, en los momentos de júbilo del país, que vive al amparo del orden y de la ley.

. . . .

Llegará Setiembre, volverán los dos españoles con su libro editado, serán recibidos en plenas fiestas mexicanas, y entre las páginas de la obra, sentiremos cómo el ambiente español, que desea ser respirado por todos nosotros, y la figura del fundador del Hospital de Jesús, será venerada en unión de las que hicieron libre un pueblo por él conquistado.

Que España fué grande, que la gran Nación tuvo pueblos sujetos á su carro triunfal, que el sol no se ponía en sus dominios; bien está. Ahora todo ha cambiado, y lo que fué realidad es sólo un recuerdo, y lo que vivió con pujanza vigorosa, se ha disipado á los fulgores de nuevos ideales y de nuevos tiempos, y sólo queda el vínculo moral, el cariño que perdura á las edades pretéritas, las remembranzas que llegan á las almas de los que piensan en el pasado, frases del crador ó estrofas del poeta, disquisiciones del viajero, en fin, que al recorrer caminos y al subir á montañas y los cráteres de los volcanes, evocaron la sombra del español Hernando de Cortés...«

Dijo La Semana Ilustrada:

„...Los dos periodistas españoles han realizado, por fin, su interesante y poético viaje desde la isla de Cozumel—guiados por la sombra de Cortés—hasta esta ciudad populosa y de carácter europeo, que antaño fuera la gran Tenoxtitlán.

El domingo pasado, á las primeras horas de la mañana, en la carretera que conduce á Tlalpam, el viandante parábase, entre curioso y sorprendido, al ver un extraño cortejo formado por dos hombres jóvenes con grandes muestras de cansancio en los mustios semblantes y pruebas, en sus blancos vestidos deteriorados, de haber realizado un largo viaje.

Seguíalos un piquete de dragones á paso tardo.

¿Quiénes serían esos hombres originales y qué significaría tal cortejo?

Pues era, viandante curioso, nada menos que el remate de una hermosa reminiscencia histórica.

Era que los dos periodistas españoles, guiados, según ellos, por el alma de Cortés, habían realizado, en la misma forma ruda que él, el primer viaje que el bravo conquistador hizo en tierra mexicana...„



Realmente, fue espléndida la recepción con que me-

jicanos é iberos sellaron la aventura, de cuya génesis la historia se dice en pocas líneas:

Cuando creimos estar en condiciones de poder realizar nuestro proyecto, conversamos de ello con el Presidente del Casino Español, en parecidos términos:

...Nos proponemos que tal viaje dé motivo para la publicación de un libro cuyo lema ideal sea „*Contribuyendo al Primer Centenario de la Independencia mejicana*", y que se inspire en la siempre necesaria y patriótica labor de patentizar la identidad de espíritu, que, por fueros de la comunidad de la sangre y de la raza, debe existir en todos los casos entre la Colonia emancipada y la nación colonizadora... El plan general del libro, motivo y consecuencia lógica de esa excursión, será presentar la ficción literaria de que la Sombra de Cortés, sirviéndonos de cicerone en el recorrido de su primer viaje de conquista, presencie—como si digéramos en representación de la España del siglo XVI—la transformación político-social de Méjico independiente, y los vínculos fraternales existentes entre el antiguo Virreinato y la España de nuestros días, representada por sus hijos que aquí demuestran la vitalidad del alma nacional en empresas de paz y de trabajo...

El señor Sánchez Ramos nos demostró la simpatía que logró merecerle tal proyecto haciendo en modo que éste se llevase á la práctica patrocinado por el

Casino Español, á reserva de que esta prestigiosa entidad ofreciese la idea á la Colonia en masa, á todos los núcleos de compatriotas esparcidos por toda la República.

Y éstos, representados por la Junta Central Española del Centenario de la Independencia, aceptó é hizo suya nuestra pobre pero entusiasta iniciativa, que pasó á ser un HOMENAJE DE LA COLONIA ESPAÑOLA Á MÉJICO EN LAS FIESTAS DEL PRIMER CENTENARIO DE LA NACIÓN HERMANA.

••••

Y allí, en aquella simpática ocasión que á pretexto de nuestra *Entrada* reunió en fraternal festejo á ilustres personalidades mejicanas y españolas—envueltos todos en la nota entusiasta de la juventud estudiosa, siempre dispuesta y pronta á secundar las ideas que en sí llevan una ráfaga de aire nuevo—allí, el primero, dejó oir su voz prestigiosa de sabio y de maestro de aquella juventud, el ilustre Doctor Porfirio Parra, que, tembloroso, emocionado, dijo:

••••

Señores:

La Comisión Nacional del Centenario de la Independencia, á quien en compañía de ilustres colegas tengo la honra de representar, y en cuyo autorizado nombre me atrevo á hablar, ha creído conveniente asociarse á la colonia es-

pañola para dar la bienvenida á los señores Segarra y Juliá, que practicando constantemente el apostolado de la confraternidad latina, regresan de una excursión en que han tratado de reproducir una de las expediciones más osadas que registra la historia, y que fué para estas tierras el advenimiento de la civilización, y significó para la humanidad un paso gigantesco en el camino del adelanto y el progreso.

La Comisión Nacional del Centenario, al proceder así, ha cedido, no sólo al movimiento de entusiasmo que despierta toda empresa arrojada que tiene por móvil un sentimiento noble, sino á la profunda convicción que abriga de que la llegada de Cortés á la antigua Tenoxtitlán, fué un acontecimiento de primer orden en la historia de México, y que de ese acontecimiento, surge, como de rico venero, el limpio manantial que en el espacio y en el tiempo constituye la evolución del pueblo mexicano.

Hace cuarenta años, hubiera parecido contradictorio asociar en una apoteosis común los gloriosos nombres de Hernán Cortés y de Miguel Hidalgo, pues entonces, por una preocupación muy explicable, se creía que la independencia mexicana era la restauración de la monarquía azteca, y por tanto, Hernán Cortés que la sub-

yugó, no podía ser ensalzado al aclamar á Hidalgo por haber quebrantado lo que se llamaba las cadenas de la dominación española.

Mas tal preocupación es á todas luces errónea. La monarquía azteca representa una de las raíces del pueblo mexicano. Los españoles que poblaron estas tierras, representan otra raíz del mismo pueblo.

Entre la venida de Cortés y el grito de Dolores, mediaron tres siglos en que la sangre india se mezcló á la ibérica, produciendo aquella raza mestiza de quien fué glorioso representante el gran Morelos, y de la que es hoy vástago ilustre el insigne presidente de la República mexicana.

Cortés tiene, pues, tanta importancia en la formación del pueblo mexicano, como la que tienen los gloriosos caudillos de la Independencia.

Si Cortés empuñaba en la diestra la espada del conquistador, le acompañaban y seguían los benditos elementos de una civilización superior á la autóctona: las santas doctrinas del Evangelio, la caridad de los misioneros, las maravillas de la ciencia, los esplendores del arte y la rica y sonorosa lengua en que se escribieron las Partidas, el Código de Indias y la vida del Ingenioso Hidalgo.

La Comisión del Centenario se une, pues, á la colonia española para felicitar á los simpáticos valencianos, apóstoles de la confraternidad entre las naciones latinas.

Españoles y mexicanos se unen hoy en alianza estrecha, como el ibero y la india se unieron siglos há para procrear una raza nueva que hace hoy votos entusiastas por la noble nación española, que si antaño fué señora de estas tierras, es hoy amiga leal del pueblo mexicano.



El estruendo de los aplausos y el grato estrujamiento de los abrazos, nos sustrajeron por un instante á la realidad de aquel momento jubiloso:

En una calle de México-Tenoxtitlán, nos encontramos con la Sombra egregia del glorioso Caudillo de la gran Aventura.

A nuestro gesto de estupor, sonriónos la Voz:

„—Aſoſegad el animo, mis ſeñores y hermanos.

„Soy ya reſucitado del ſepolcro ſobre del que en „mayor cantidad aun del peſo de aquel monte donde „viérais el abraço que dí á Guatimucín, peſava la mala „voluntad de los mis adverſarios. Y pueſto que es lle-„gado el tiempo deſta grande justicia ya que dello son „aviſadas las gentes de la tierra y lo serán ſin que el

„vulgo dello partiçipe, ahora voy á bufcar el pueſto „y ſitio conveniente deſta tan mudada y hermoſa „Temixtitan, donde aſiente yo el pie ſobre polida „roca, deſpués de tanto tiempo ençerrado que he „eſtado entre rocas eſcuras e peſtíferas de tanto vili„pendio...

—¿No buscareis, Señor, vuestro lugar en la Corte de España,...

„—A eſo vos interrumpo y vos replico que mi Corte es aquí.

—¡Aquí, donde los vuestros, en tres siglos, no se acordaron de honrar en mármoles y en bronces vuestra grandeza!

„—No era el tiempo llegado, ni eran ellos á quienes más hoviera eſtimado la gratitud...

—¡Comprendemos!: vuestro gesto de luz nos transparenta esa justicia que, eco de la conciencia de todo un pueblo del cual sois *una de las raices*, brilló en los labios trémulos del sabio mejicano que ha acabado de hablar... Sí, proseguid vuestra marcha por la hermosa ciudad... Habreis menester tiempo para ver sus progresos y bellezas... En algún sitio y algún dia encontraréis un poyo de granito ó un escabel de bronce adonde reposar... Vuestros hijos, no ingratos, fabricarán el pedestal en el que asentareis vuestra gloriosa fatigada planta... La fecha jubilosa de este año trae consigo el anuncio de otra fecha insigne...

Los mejicanos cumplen siempre con sus deberes patrióticos... ¡Vagad tranquilo y confiado!...

Desapareció el fantasma.

Y dejó en pos de sí una estela de luz, que condensóse en inmensa aureola, en cuyo núcleo con guarismos de fuego se leía: ¡1919!...

Valencia, en *El Racó*, el día 10 de Julio.



¶ ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN
MADRID, EN LA IMPRENTA ALEMANA,
Á LOS QUINCE DÍAS DEL MES
DE AGOSTO DEL AÑO
DE MCMX

Otras Obras
Publicadas por los Autores

Provenza, 1908 (agotada).
La Ermita, 1905.
Vocación, 1905.
Cuba, 1906 (agotada).
Costa Rica, 1907 (agotada).
Dos Discursos, 1908 (agotada).
Amigos y Conocidos, 1908.
Por la Patria y por la Raza, 1909.



